

JUAN

ESTADO AUTÓNOMO DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECA

A BARCENA

OSCO NUNEZ  
DE BALBOA

LEYENDAS  
MEXICANAS

PQ7297

.R7

V3

W. C.



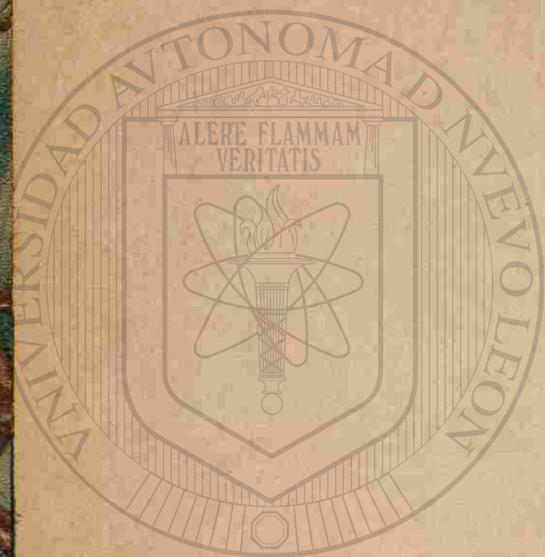
1080013907



Al Señor D.<sup>no</sup>  
Joaquín García Escobedo,  
su affmo amigo  
El autor

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



VASCO NUÑEZ

# DE BALBOA

(1513—1517)

POR

JOSÉ MARÍA ROA BÁRCENA.

1877

EDICIÓN DE 50 EJEMPLARES.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MEXICO

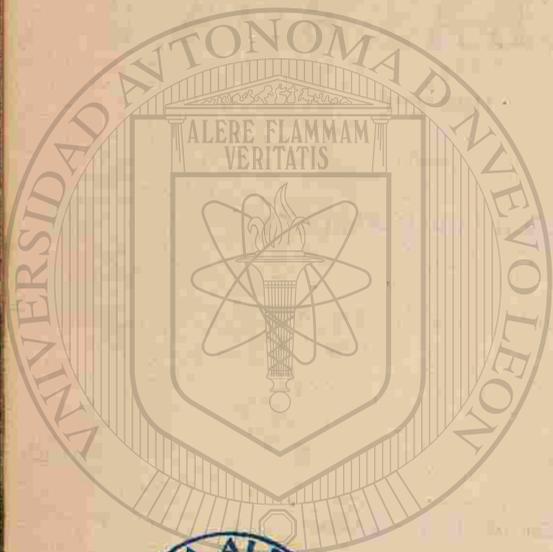
IMPRENTA DE IGNACIO ESCALANTE

Bajos de S. Agustín n. 1

1879

PA 7297

or 7  
v 3



FONDO HISTÓRICO  
R. CARDO COVARRUBIAS

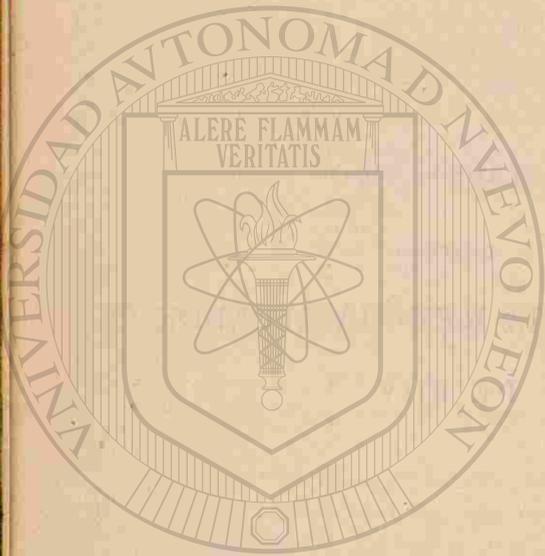
155900

A MI AMADA ESPOSA

LA SEÑORA

DOÑA MARIA REMIGIA ALCALDE

DE ROA.



“; Qué pocas veces el hado  
Que dice desdichas miente,  
Pues es tan cierto en los males  
Cuanto dudoso en los bienes!”

CALDERON DE LA BARCA.  
“La Vida es Sueño.”

I

OH mar del Sud que en sueños siempre veo,  
Aunque á pisar llegué jamás tu orilla!  
Cuando elevas tu voz, hácenme oilla  
Desde aquí mi ilusion y mi deseo.

Cantando estás al ínclito Europeo  
Descubridor de tu onda que al sol brilla,  
Y el primero en sulcarla en frágil quilla,  
Con tu enojo luchando nuevo Anteo.

Y si segar en flor lograron fieras  
Bajeza y ambicion y envidia extrañas  
La vida que tú mismo le consientes,

Ora duermas tranquilo en tus riberas,  
Ora el Olimpo asaltes, sus hazañas  
Te oyen narrar atónitas las gentes.

## II

Ya las nocturnas sombras han subido  
 A la cumbre más alta de los Andes  
 Que erizan el Darien, y allí sus grandes  
 Alas pliega el condor adormecido.  
 De los negros pinares sale á veces  
 Con el rumor del ábrego el aullido  
 Del lobo americano. En la meseta  
 Más cercana á la cumbre, en torno al fuego  
 De agonizante hoguera, grupo humano,  
 Barbado el rostro, la mirada inquieta,  
 La espada al cinto, el arcabuz á mano,  
 Vela ó descansa. El Jefe en pié se pone,  
 Alto, membrudo, jóven todavía;  
 Rojo el cabello, reposado el aire  
 Y benévolo al par, y en labio y frente  
 El valor, la constancia, la energía  
 Y el don de mando: á la callada gente  
 Dice: "Al punto á dormir, que con el alba  
 La cima escalarémos." Y obediente  
 La turba de guerreros se recoge  
 Bajo sus toscas mantas; y así agrega  
 El Jefe, cual consigo hablando: "Alcance  
 A ver el nuevo ponto, y de mis días  
 Dispon, Dios de mis padres!" "Aun te aguardan  
 Vida, combates, gloria, exclama un viejo

Que le acompaña siempre, Micer Codro,  
 El italiano astrólogo. ¿Descubres  
 Junto á Sirio esa estrella que hácia el Norte  
 Brilla con viva luz? Cuando, tras larga  
 Revolucion, llegare á inverso punto  
 Tendrás, si no me engaña la alta ciencia,  
 En peligro la vida; mas no ántes  
 Ni despues, si salvarés." A su acento,  
 Recostado allí cerca, oído atento  
 Presta, al viejo y al Jefe de hito en hito  
 Viendo, ya con sorpresa, ya con odio,  
 Aunque disimulado, Garabito.

## III

Duermen ya todos. La ardorosa mente  
 De Vasco Núñez no descansa empero,  
 Y los varios sucesos de su vida  
 Con claridad le representa el sueño.  
 Pobre el hogar, aunque en blasones rico,  
 En que nació en Jerez miró primero:  
 Las ondas del Atlántico que sulca  
 Viniendo con Bastida al Mundo Nuevo:  
 Las erizadas costas do más tarde  
 Cartagena ofreció seguro puerto:  
 La Española gentil do en Salvatierra  
 Hacienda de labor fundando luego,

Halló desalentado y temeroso  
 Ser mayores sus deudas que sus medros:  
 De la turba fatal de acreedores  
 La dureza, la injuria y el apremio:  
 El congojoso afán con que les huye  
 Pasando en un tonel, cual vino añejo,  
 A las naves de Enciso que partian  
 Hacia el Sur; la sorpresa, el descontento,  
 La ira del Bachiller cuando en mar alta  
 Aquejado de sed, beber queriendo,  
 Ve salir del tonel en vez de vino,  
 Al confuso entumido caballero.  
 Manso y razonador le aplaca éste,  
 Y útil le fué más tarde su consejo  
 Cuando en San Sebastián —nueva colonia  
 Que se debió de Ojeda al noble esfuerzo—  
 La expedición del Bachiller hallóse  
 Sin derrota, ni víveres, ni aliento.  
 “Yo conozco el Darien, Vasco les dijo,  
 Pues le vi con Bastida: en él tendrémos  
 No solo pan, mas oro en abundancia;  
 Os serviré de guía: vámos presto.”  
 Siguenle todos: en combates rudos  
 Con el salvaje audaz que unge en venenos  
 El pedernal de sus temidas flechas  
 Y á quien el español lanza sus perros,  
 Vencieron á Zemaco, el gran cacique  
 Del territorio de Darien, poniendo

A la villa que fué Santa María  
 Entre los bosques lóbregos cimienta.  
 Se alza allí con el mando Vasco Núñez;  
 Pero de Enciso al par deja en el seno  
 La semilla del odio que más tarde  
 Trájole en fruto angustias y tropiezos.

## IV

Capitan general es ya, y domina  
 A émulos y enemigos. Va sediento  
 De oro, á buscarle en Coyba: su cacique  
 A dos exploradores europeos  
 Dando hospitalidad, mostró provistos  
 De su familia y tribu los graneros:  
 Vienen ingratos ambos ante Vasco  
 Y del indio denuncian el secreto.  
 Recibe á Vasco Núñez y su hueste  
 Con amistad, regalos y festejos;  
 Pero se niega á darles provisiones  
 Pretestando lo malo de los tiempos.  
 Vasco del pueblo retirarse finge;  
 Mas vuelve á media noche y en silencio  
 Y al indio, á sus mujeres y á sus hijos  
 Sorprende en su mansion y pone presos.  
 Extraídos mirando sus tesoros,  
 De ira y duelo el cacique llora á un tiempo;

Mas trae á la más jóven de sus hijas,  
 A Careta gentil, indiana Vénus  
 En cuya frente y ojos aparecen  
 La modestia, el recato, el dulce fuego  
 De una alma generosa á amar nacida,  
 De un corazon al par alzado y bueno;  
 Y entregándola á Vasco: "Ésta, le dice,  
 Esposa fiel te seguirá, guerrero,  
 Como rescate de su padre anciano  
 Si aceptas mi amistad."— "Aliado tengo,  
 Que no cautivo en tí," Vasco responde,  
 Y la callosa mano estrecha al viejo.

Para sellar las ajustadas paces  
 Salen juntos en armas sobre Ponca,  
 Mandarin belicoso, y á Comagra  
 Visitan que es amigo del de Coyba.  
 Regía el tal Comagra ancha llanura  
 A cuya extremidad se alza orgullosa  
 En el Darien la principal montaña  
 Señoreando la comarca toda.  
 El cacique con siete de sus hijos,  
 El mayor de los cuales casi asombra  
 Por su audacia y despejo, á los aliados  
 Sale á encontrar con la posible pompa.

Los lleva á su mansion, vasto edificio  
 Que labradas maderas ricas forman  
 Con bajos y altos, y en redor un muro  
 De piedra azul protege. Inmensa copia  
 De la carne de ciervo al humo puesta,  
 Yuca, maíz, bebidas espumosas  
 De los jugos de palmas y raíces  
 En unas piezas vieron: hay en otras,  
 De los antepasados de Comagra,  
 Los suspensos cadáveres ya momias.  
 El cacique y sus hijos al hispano  
 Obsequian á porfia: polvo y joyas  
 De oro le dan, y á los soldados cede  
 Cuanto del apartado quinto sobra.  
 Gárrula vil cuestion trabaron ellos  
 Sobre peso y valor, y aquesto enoja  
 Al mayor de los hijos de Comagra  
 Que al reparto asistió: con mano pronta  
 Da un golpe á la balanza, y esparcidos  
 Por mesa y piso van polvos y joyas.  
 "Si tras esto venís, dice irritado,  
 No así riñais ¡oh gente codiciosa!  
 Mostraros hé comarcas no lejanas  
 En que abunda el metal que os enamora.  
 De esa montaña altiva al lado opuesto  
 Hay un extenso mar de azules ondas  
 Que del árida cumbre á ver se alcanza,  
 Y al que los rios en arenas rojas

Más oro llevarán que plomo y hierro  
 En sus entrañas guarda España toda.”  
 Escúchale asombrado Vasco Núñez,  
 Se le acerca afanoso, le interroga  
 Y noticias le arranca una tras una,  
 Largo espacio pendiente de su boca.  
 El mar existe allí: para tocarle,  
 Para llegar á la anhelada costa  
 Hay que cruzar los Andes, hay que abrirse  
 Paso al través de abetos y de rocas,  
 Hay que lidiar con el feroz canibal  
 Y afrontar el rigor de ardiente zona.  
 ¿A las almas templadas en el fuego  
 De fe y valor, fatiga tal qué importa?  
 Más allá de los montes y peligros  
 Están con ese mar riqueza y gloria.

## VI

A acompañarle el jóven se le ofrece  
 Franco y leal con escogida tropa  
 De los súbditos fieles de su padre:  
 Vasco la oferta admite; á Darien torna;  
 Mas, ántes, que Comagra y su familia  
 El agua baustimal reciban, logra.  
 Reprime en la ciudad nuevas revueltas,  
 Gente y víveres mándale Española,

Y escogiendo á noventa aventureros  
 Sanos y de valor, si de faz torva,  
 Y juntando á los perros en trailla,  
 Apresta un bergantin, nueve canoas,  
 Se embarca audaz al empezar Setiembre,  
 Navega al Noroeste y vuelve á Coyba.  
 Dale el cacique guías y guerreros;  
 Deja allí con sus naves gente poca  
 De la europea; cántase la misa;  
 Pide la hueste en oracion devota  
 Buen éxito, y se lanza á las montañas  
 En marchas desiguales y penosas.  
 Rápida y tierna fué la despedida  
 De Vasco y de Careta, quien se arroja  
 En los brazos del Jefe. Garabito  
 Pérfido inútilmente la enamora;  
 Núñez lo advierte y le amenaza airado,  
 Y él vengar se promete su deshonra.

Van al través de bosques y malezas,  
 Y el pueblo al invadir que rige Ponca,  
 Huye éste con sus hijos; mas le traen  
 De Vasco á la presencia: allí, tras corta  
 Plática en que benévolo el hispano  
 Afecto y voluntad al indio roba,  
 Le confirma el cacique la existencia  
 Del mar, y gente y víveres le apronta.

Mas ¡ay! cuánto de afán y pena y lucha  
 Les reserva su empresa! Aterradoras  
 Les opone el salvaje sus guerrillas,  
 Su limo apresador lagunas hondas,  
 Sus intrincadas lianas y bejuocos  
 Y serpientes las selvas; sus copiosas  
 Aguas los roncós ríos que atraviesan  
 En toscas balsas, faltos de canoas;  
 Sus tormentos el hambre y sed más tarde;  
 Los peñascos sus crestas cortadoras,  
 La noche sus escarchas que entumescen,  
 Su rayo á plomo el sol. Unos se ahogan  
 De la ardiente armadura bajo el peso;  
 Otros, presa de fiebres perniciosas,  
 Abandonados son; mas la columna,  
 El puñado de gente á quien no doma  
 Naturaleza agreste en sus dominios,  
 Siguiendo á Vasco Núñez de Balboa,  
 A la postrer meseta llega al cabo;  
 De la cumbre final queda á la sombra.

## VII

¡Siglo admirable en fe, vigor y arrojo!  
 ¡Siglo á la España de Isabel propicio!  
 Si triunfante la Cruz brilla en Granada,  
 El ibero no cabe en sus dominios.

En carabela frágil sale en busca  
 De otro mundo que en sueños ha entrevisto:  
 Las tempestades lánzanle á sus playas  
 Do no le asusta sed, hambre ó martirio;  
 Do su fuerza en eterna lid no agota;  
 Do á veces inhumano, á veces pío,  
 Con la espada y la Cruz venciendo siempre,  
 A su afán de riqueza inmola al indio,  
 Explora tierra y mar, funda ciudades,  
 Y desde el Bravo helado al Hornos ígneo  
 Congrega tribus, pueblos y naciones  
 Bajo una sola fe y un cetro mismo.  
 Siglo de cuya mezcla de oro y cieno,  
 De codicia y valor, sombras y brillo,  
 Cien y sombras guardando y agotados  
 Valor y fe, se burla nuestro siglo!  
 Si éste, con el esfuerzo de los otros,  
 En medios poderoso, en ciencia rico,  
 Hondas simas salvando, hendiendo cumbres,  
 Talando selvas, subyugando ríos,  
 A la vírgen América ya oprime  
 La cintura gentil, de gracias nido,  
 En ceñidor de hierro que, rivales  
 En poder y extension, riqueza y brío,  
 Besa desde Colon rudo el Atlántico  
 Y desde Panamá besa el Pacífico;  
 Si aquesto la orgullosa edad presente  
 Con los tesoros de las otras hizo,

Qué su empresa valdrá junto á la empresa  
Que entusiasmado cánto en pobre ritmo?

## VIII

Allí está Vasco Núñez, si al cansancio  
Y al sueño el cuerpo lánguido rendido,  
Firmes velando el alma y la memoria  
Que sucesos repasan peregrinos.  
Cuando la blanca luz del alba tiñe  
Con claridad incierta el agrio pico  
A cuyo pié acampó, despierta al Jefe  
Su perro vigilante, Leoncillo,  
En marchas y combates compañero,  
Batallador infatigable él mismo,  
Y en cuya piel, que es de oro y azabache,  
Rastro dejó la flecha de los indios.  
En pié está Vasco. —“¡Sús! ¡La gente arriba!”  
Grita con voz sonora. “Al rayo limpio  
Del sol que va á nacer, á nuestros ojos  
Ha de mostrarse el piélagos no visto.”  
Y trepando por rocas aceradas  
Con manos y con piés, sobre el abismo  
De peñas y de bosques en que muge  
El viento matinal entre los pinos;  
Bañadas en sudor las rojas frentes,  
Sin aliento los pechos no vencidos,

Vertiendo sangre las heridas manos  
Que se adhieren cual pulpos á los riscos,  
Palpa la turba el árida eminencia,  
Y de victoria y júbilo da un grito  
Que hace al condor tender sus grandes alas  
Por el espacio, abandonando el nido.

## IX

Vasco Núñez allí sube el primero,  
Y alto junto á la roca hace su gente:  
Se le anublan los ojos al guerrero,  
Casi le ahoga la emocion que siente.

Del sol al rayo en el ambiente puro,  
Solo de oro y azul ve espacio inmenso;  
Luego á sus piés el peñascal oscuro;  
De abetos más allá círculo denso;

Verdes llanuras, cándidos palmares,  
El lago inmóvil, el undoso río;  
El humo que corona los hogares  
En uno y otro indiano caserío.

Y más allá y al fin. . . . ¡Dios poderoso!  
Vasta pella de plata que se funde

VASCO NÚÑEZ

Al sol y con el cielo esplendoroso  
En lejano horizonte se confunde;

Pielago nunca visto, cuyas ondas  
No agotará la sed de las edades  
Del universo; en cuyas grutas hondas  
Duermen quietas las roncadas tempestades;

De la brillante fábrica celeste  
Bruñido y vasto y digno espejo solo;  
Gigante que á dormir en el Oeste  
Se ha tendido de un polo al otro polo,

El Pacifico surge! En su entusiasmo  
Cae en la roca Núñez de rodillas,  
Con voz interna en reverente pasmo  
Alabando de Dios las maravillas.

Su sueño se ha cumplido; su deseo  
Ve coronado; lo demás ¿qué importa?  
Es el primer intrépido europeo  
Que fija en ese mar la vista absorta!

¡Es su descubridor! Llama á su gente  
Y le señala el pielago lejano,  
Y en arenga, si rápida, elocuente,  
Las creces pinta del poder hispano,

Las creces de la Fe, cuya alba pura  
Brilla sobre magníficas regiones;

18

DE BALBOA

Y allí su gente al abrazarle jura  
Seguir hasta la muerte sus pendones.

De su monarca en nombre y con voz clara  
Núñez de costa y mar se posesiona,  
Y el sacerdote humilde Andrés de Vara  
Himno de gratitud férvido entona.

La turba que los cerca se prosterna  
Acompañando el cántico cristiano  
Que en honda y poderosa voz eterna  
Áun repite al Criador el Océano.

X

Si: desde allá, al Oeste,  
Muestra sus ondas graves  
Tersas cual limpio espejo  
Cuando se aduermen suaves

Las matinales brisas  
Que del Oriente van;  
O en lúgubre cortejo  
Subiendo procelosas  
Hasta anegar las Osas,  
Si con sus alas negras  
Le agita el huracan.

19

VASCO NÚÑEZ

En vasta superficie  
Ya plácido retrata  
De la naciente luna  
La bella luz de plata,  
La púrpura de Tiro  
Que á el alba es arrebol;  
O se ennegrece pronto  
Si nube espesa y bruna  
Tiende entre cielo y ponto  
Sus formas gigantescas,  
La luz robando al sol.  
Cuando tranquilo duerme,  
Miramos en sus grutas  
Y entre sus selvas largas,  
Inmóviles é hirsutas,  
El nácar de la perla  
Y el risco del coral.  
Despierto, en su camino,  
Sus ondas más amargas  
Ver dejan al marino  
Manta redonda, horrible,  
Ballena colosal.  
Solos rivales dignos,  
Fuertes como él y grandes,  
Se ostentan á su lado  
Los ponderosos Andes

20

DE BALBOA

Que en Magallanes surgen  
Y erizan el Darien.  
¿Qué mucho que la espalda  
Celosos le hayan dado,  
Y con su inmensa falda  
Al mar de Atlante opuesto  
El Amazonas den?

El mar del Sud en pago  
A esos gigantes muestra,  
Rugiendo á su pié mismo,  
Su cólera siniestra  
Que al Tequendama asusta  
Que se despeña allá.  
Si altísimo es Sorata,  
Hondísimo es su abismo,  
Y un dia en catarata  
Con aguas de su fondo  
La cumbre anegará.

Mas duérme hora cual niño  
El lidiador gigante  
Sin que áun sus olas rinda  
Del fiero navegante  
Que desde Europa llega  
Al lino y al timon.  
De sus intactos senos

21

VASCO NÚÑEZ

Con la riqueza brinda,  
Con sus espacios llenos  
De luz, á quien desvelen  
La gloria y la ambicion.

Y el cántico repite

De aventurero rudo,  
Y de sus quietas olas  
En el brillante escudo  
Al vencedor ofrece  
Magnífico pavés.  
Alzadas en él fueron  
Las huestes españolas  
Que un Mundo descubrieron

Y al Nuevo y al Antiguo  
Miraron á sus piés.

El cántico repite

Del grupo que acompaña  
A Vasco venturoso:

Repite ¡gloria á España!

Repite ¡gloria al digno

Feliz Descubridor!

Y con su voz potente,

Ya en ira, ya en reposo,

Cantando eternamente,

Del Septentrion al Austro

Repite ¡gloria á Dios!

22

DE BALBOA

XI

Para marcar el sitio desde donde  
El anhelado piélago descubre,  
Vasco manda cortar un alto pino  
Que, ya en forma de cruz, planta en la cumbre.  
Luego desciende hácia la costa; lidia  
Con las tribus que el paso le interrumpen;  
En Cheapes se detiene, guías toma  
Y oro en tributo y dádivas reune.  
Su teniente Pizarro á la ligera,  
Con hueste armada solo de arcabuces,  
A través del bosque se adelanta  
En busca de la playa; y aunque ruge  
El mar de allí no léjos, como el norte  
Entre lóbregas selvas en Octubre,  
Al salir á escampado encuentra inmenso  
Llano de arena, en vez de ondas azules.  
En él en seco yacen dos piraguas  
Cuyo destino al español se encubre.  
Mas, á poco, bramando en la marea  
Cual irritado mónstruo que no sufre  
Cadenas y las rompe, llega el ponto  
Con rapidez insólita; en volubles  
Olas de hirviendo espuma anega el llano.  
Y á los oteros inmediatos sube.

23

Flotan ya las piraguas y las montan  
 Con firme decision y raudo empuje  
 Martín Alonso y luego Blas de Etienza,  
 Los primeros á ser que este mar sulquen.

## XII

De su teniente al recibir las nuevas,  
 Sale de Cheapes Vasco hácia la playa:  
 Síguete el grueso de la hispana gente,  
 Y el cacique y sus indios le acompañan.  
 Halló que el Océano en su descenso  
 Retiróse á dos millas de distancia,  
 Y en toda su extension, que hace horizonte,  
 No alcanza á descubrir vela ó piragua.  
 Bajo los altos árboles que bordan  
 De la eminencia próxima la falda,  
 Inquieto, en peñas áridas sentóse  
 Aguardando la vuelta de las aguas.  
 Como las vió llegar impetuosas  
 Un momento despues, sacó la espada,  
 Empuñó la bandera que en sus pliegues  
 De Castilla y Leon lleva las armas,  
 Y penetró en el mar, dando sonoros  
 Vivas á Don Fernando y Doña Juana.

Recordando la fiesta religiosa  
 Del día, "San Miguel" al golfo llama:  
 Quiere reconocerle ya mediado  
 El tormentoso Octubre que desata  
 Con su aquilon las olas mal dormidas  
 Engendrando, tal vez, negras borrascas;  
 Y el cacique de Cheapes el peligro  
 Le advierte, mas con él audaz se embarca  
 En frágiles canoas, que cual secas  
 Hojas el mar ya abisma, ya levanta,  
 De entre erizadas rocas y arrecifes  
 Por voluntad de Dios saliendo salvas.  
 A isla desierta llegan en la noche  
 Y sus canoas en los bordes atan  
 Y suben á dormir en el seguro  
 De las que pueden ver rocas más altas.  
 Y no bien su vigor en el regazo  
 De benéfico sueño restauraban,  
 Cuando llega invasora la marea  
 Cubriendo la isla toda y á la barba  
 Da á los hombres en pié; morir creían,  
 Pero á muy poco el mar se aquieta y baja.  
 Se hallaron á otro día desolados  
 Sin vestidos ni pan, rotas sus barcas;  
 Infúndeles aliento Vasco Núñez,  
 Con yerbas y resina las reparan,  
 Y en ellas retroceden y del istmo  
 Logran tocar la conocida playa.

Flotan ya las piraguas y las montan  
 Con firme decision y raudo empuje  
 Martín Alonso y luego Blas de Etienza,  
 Los primeros á ser que este mar sulquen.

## XII

De su teniente al recibir las nuevas,  
 Sale de Cheapes Vasco hácia la playa:  
 Síguete el grueso de la hispana gente,  
 Y el cacique y sus indios le acompañan.  
 Halló que el Océano en su descenso  
 Retiróse á dos millas de distancia,  
 Y en toda su extension, que hace horizonte,  
 No alcanza á descubrir vela ó piragua.  
 Bajo los altos árboles que bordan  
 De la eminencia próxima la falda,  
 Inquieto, en peñas áridas sentóse  
 Aguardando la vuelta de las aguas.  
 Como las vió llegar impetuosas  
 Un momento despues, sacó la espada,  
 Empuñó la bandera que en sus pliegues  
 De Castilla y Leon lleva las armas,  
 Y penetró en el mar, dando sonoros  
 Vivas á Don Fernando y Doña Juana.

Recordando la fiesta religiosa  
 Del día, "San Miguel" al golfo llama:  
 Quiere reconocerle ya mediado  
 El tormentoso Octubre que desata  
 Con su aquilon las olas mal dormidas  
 Engendrando, tal vez, negras borrascas;  
 Y el cacique de Cheapes el peligro  
 Le advierte, mas con él audaz se embarca  
 En frágiles canoas, que cual secas  
 Hojas el mar ya abisma, ya levanta,  
 De entre erizadas rocas y arrecifes  
 Por voluntad de Dios saliendo salvas.  
 A isla desierta llegan en la noche  
 Y sus canoas en los bordes atan  
 Y suben á dormir en el seguro  
 De las que pueden ver rocas más altas.  
 Y no bien su vigor en el regazo  
 De benéfico sueño restauraban,  
 Cuando llega invasora la marea  
 Cubriendo la isla toda y á la barba  
 Da á los hombres en pié; morir creían,  
 Pero á muy poco el mar se aquieta y baja.  
 Se hallaron á otro día desolados  
 Sin vestidos ni pan, rotas sus barcas;  
 Infúndeles aliento Vasco Núñez,  
 Con yerbas y resina las reparan,  
 Y en ellas retroceden y del istmo  
 Logran tocar la conocida playa.

Aquejados del hambre invaden luego  
 De Tumaco feroce la comarca:  
 Cuentas de vidrio en hilos, del cacique  
 La mala voluntad quiebran ó ablandan,  
 Y á Vasco entrega las primeras perlas  
 Gruesas y de iris bello y aún mojadas,  
 En que se ve que dista espacio breve  
 El fondo en que se crían. Buzos manda  
 A pescar nuevas ostras el cacique;  
 Presencia el español la pesca rara:  
 Las perlas grandes en los hondos senos,  
 En fondo escaso las menudas cuajan,  
 Y éstas á la ribera cuando agita  
 La tempestad el mar, suele arrojarlas.  
 Ponderando Tumaco las riquezas  
 De la region del Sur, á Núñez habla  
 De un grupo de islas do las conchas sirven  
 De escudos y atesoran en su entraña,  
 Del tamaño de un huevo de paloma  
 Perlas redondas del color del alba.

De sus exploraciones satisfecho,  
 Atraviesa de nuevo las montañas  
 El Jefe, y los caciques danle guías  
 Y guerreros le dan y hombres de carga,  
 Y al despedirse enternecidos lloran,  
 Que tanto así la voluntad les gana.

Torna á Santa María de la Antigua;  
 Recíbenle con vítores y palmas,  
 Y del rico botin que ha recogido  
 Al tesoro real el quinto aparta;  
 Y escrita relacion de los sucesos  
 En alistado buque envia á España  
 Con telas finas de algodón, cautivos,  
 Oro en polvo á granel, perlas y nácar.

## XIII

¡Y ya era tiempo! En la lejana corte  
 El agraviado Enciso no dormía  
 En pasos y cuestiones, demandando  
 Contra Vasco favor á la justicia.  
 A deponer á Núñez y á juzgarle,  
 De nobles con brillante comitiva,  
 Buques y gruesa hueste de soldados,  
 Nuevo gobernador de la Castilla  
 Del Oro — nombre dado á la comarca  
 Del Darien por lo rico de sus minas—  
 Viene Pedrarias Dávila trayendo  
 A su esposa Isabel de Bobadilla  
 Y á Juan Quevedo, fraile franciscano  
 Que ostenta del Darien la nueva mitra.  
 No solo ha de regir á la colonia  
 Dávila; á su valor y á su pericia

Deja el rey Don Fernando encomendada  
De la region suriana la conquista.

## XIV

En tanto Vasco Núñez sin descanso  
Vela en campo y ciudad; casas fabrica;  
A las tribus congrega; forma puerto  
Que abrigo al nauta dé; huertos cultiva,  
E inteligente, recto y generoso  
La colonia gobierna y administra,  
Ligando á naturales y europeos  
El interés comun bajo su egida.

Desde que el mar del Sud descubre, cambia  
La dureza feroz, la vil codicia  
Que impulsáronle un tiempo, en dulce agrado  
Y sed de gloria espléndida. En vigilia  
Como en sueños, el piélagó á su oído  
Y á sus ojos á un tiempo brama y brilla:  
Si en su voz oye música sonora,  
Cáusale arrobó místico su vista:  
Explorar ambiciona sus espacios,  
De sus tormentas afrontar la ira,  
Dormirse á sus arrullos en la calma  
Y hasta su extremidad llevar sus quillas.  
¿Quién dijera á la mísera Careta —  
Del rústico Darien la flor más linda

Que al sol dé Vasco Núñez vive solo—  
Que le hallaran helado sus caricias?  
Mientras ella lamenta los desvíos  
Del guerrero español á quien le quita  
El mar del Sud, en el del Norte Vasco  
Los ojos sin cesar ávidos fija,  
Esperando las naves y la gente  
Con que á su expedicion ha de dar cima.

## XV

Avistanse las naves de Pedrarias  
Y al puerto van llegando entrado Junio:  
Dávila de su arribo y de su cargo  
Aviso á Núñez dar resuelve astuto.  
Mensajero despáchale, que hallóle  
Con traje de algodón holgado y burdo,  
Levantando una choza: oye el recado  
Y corresponde á Dávila el saludo  
Mandándole decir sencillamente  
Que á su obediencia está desde aquel punto,  
Y apagando el ardor de sus soldados  
Que armar en su favor quieren tumulto.  
Pedrarias desembarca y se adelanta  
De la indiana ciudad tomando el rumbo.  
Vienen con él los arriscados nobles,  
La esposa y el obispo al lado suyo;

Cierra la marcha hueste numerosa  
 Brillando con el sol armas y escudos.  
 Núñez con reducida humilde corte  
 De consejeros y soldados brunos  
 Llenos de cicatrices y sin armas,  
 Salióle á recibir y le condujo  
 A su propia mansion, cabaña pobre  
 Aunque amplia y rica en vistas y aires puros.  
 Cortés sirve á sus huéspedes, en mesa  
 En que el blanco mantel es todo el lujo,  
 Aves silvestres, carne de venado  
 Que se conserva de la leña al humo,  
 Tortillas de maíz — pan de la tierra—  
 Frutas y agua sin tasa. Mientras mustios  
 Y desolados y con hambre acaso  
 Los nobles entre sí formando grupos,  
 Se preguntan dó están el oro y perlas  
 Y grandeza sin par del Nuevo Mundo;  
 Dávila á Núñez, amistad fingiendo,  
 Hace hablar del Darien y de sus frutos,  
 Del órden con que rige la colonia,  
 De sus fuerzas en ella y sus recursos,  
 De sus descubrimientos portentosos,  
 De sus planes presentes y futuros.  
 Manda formarle causa á pocos dias,  
 Y de enviarle á España hállase á punto;  
 Mas de su esposa y del obispo el ruego  
 De estos primeros rayos fué conjuro.

Del gobierno ya Núñez alejado,  
 Faltan su prevision y su concurso;  
 Los acosados indios se levantan  
 Negando en oro y víveres tributo:  
 Los soldados que van á reducirlos  
 O despacha hácia el Sur el necio orgullo  
 De Pedrarias queriendo adelantarse  
 A Núñez en hazañas y triunfos,  
 Tras inútiles marchas y fatigas  
 Regresan debelados y confusos.  
 Llega á reinar en la colonia el hambre,  
 Y de ella en pos, bajo el aciago influjo  
 De los pantanos vastos del contorno,  
 La peste á la ciudad llena de luto.

## XVI

Viéndose Vasco detenido en tanto,  
 Blanco del odio y la sospecha injusta,  
 Los marítimos planes en suspenso  
 Anhela ejecutar de cuenta suya,  
 Y juntando la propia hacienda escasa  
 A la de Hernando Argüello que le ayuda,  
 De armas en busca y víveres y gente  
 Al infiel Garabito manda á Cuba.  
 Quiere de nuevo atravesar los montes,  
 Y si en la costa al Sur colonia funda,

Para extender la exploracion más tarde  
Base le habrá de ser firme y segura.

Llegan pliegos de España, do la nueva  
De sus descubrimientos y la suma  
Riqueza de sus dones le han trocado  
La adversidad en próspera fortuna.  
Del mar del Sud Adelantado, á un tiempo  
Bajo su mando las provincias junta  
De Panamá y de Coyba, aunque á Pedrarias  
Sujeto. Obedecer éste repugna  
Lo resuelto en la corte; Garabito  
Llega, y su expedicion, si no le asusta,  
A su envidia y enojo da pretexto  
Para encerrar á Vasco en cárcel dura.  
De nuevo intercedieron el obispo  
Y la esposa de Dávila: atenúa  
De éste la prevencion aquél; le pinta  
El bien que á su interés propio resulta  
De trocar en amigo al enemigo  
Y de dos voluntades hacer una.  
Tras largas entrevistas y empleando  
Ya la razon cristiana, ya la astucia,  
Que á Vasco acepte Dávila de yerno.  
El empeñoso obispo logra en suma.  
La mayor de las hijas de Pedrarias,  
Jóven de prendas altas, bella y culta,

Vendrá á Núñez á dar mano de esposa,  
Y á éste libre y feliz Darien saluda.  
Quizá el contento público no advierte  
El dolor de otra jóven que en oscuras  
Soledades con lágrimas amargas  
El gentil despreciado seno inunda.  
Quizá el Descubridor en sus insomnios  
Oye en torno sonar ayes de angustia,  
Y á Careta ve pálida y llorosa  
Y en nuevo amor le enciende su hermosura.  
Vago pesar, remordimiento acaso  
En su ánimo agitado traban lucha;  
Pero recuerda el mar y su destino  
Tras noble eterno afán y pruebas rudas,  
Y uno y otro disipan su tristeza  
Como la brisa el polvo, el sol las brumas.

## XVII

¡Otra vez el favor! Autorizado  
A armar cuatro veleros bergantines,  
Núñez á fabricarlos se apareja  
De Acla, villa novísima, en los lindes.  
Bañados del Atlántico sus bosques  
Dánle maderas sólidas y firmes  
Que con anclas y jarcias y velámen,  
No sin aprovechar trazas sutiles,

En hombros de indios ruda cordillera  
 Que por su elevacion las nubes ciñen  
 Él hace atravesar hasta do el Balsas  
 Se acerca al mar del Sud que le recibe.  
 Al coronar las crestas el gentío  
 Con los maderos que su espalda oprimen,  
 Vasto cordon de hormigas va imitando  
 Que á la oquedad cercana se dirigen  
 Con hojillas y granos que las cubren  
 Aunque sin estorbar su marcha libre.  
 Del Balsas ya en la márgen las maderas  
 Do secábanse al sol ántes de unirse,  
 Las arrebató el rio en su creciente  
 De brava tempestad en noche horrible,  
 Y estériles así tantos esfuerzos  
 La gente vió desalentada y triste.  
 A las selvas de allí ménos lejanas  
 Vasco el tributo necesario pide:  
 Convierte en arsenal la playa ardiente;  
 En la ruda labor todos compiten:  
 Arman los fuertes cascos y cubiertas  
 Que la onda hace flotar; palos erigen;  
 Atan la jarcia en ellos y el velámen;  
 Hinchén el lino brisas bonancibles,  
 Y ufano, alborozado, altivo Núñez,  
 La fuerte diestra en el timon que él rige,  
 Vivas toda la gente dando á España,  
 Salen al mar del Sud dos bergantines.

## XVIII

Sereno el Océano  
 Al despuntar el día,  
 Laguna parecía  
 Dormida en honda paz.  
 La brisa de Levante  
 Con ráfaga ligera  
 Sólo, soplando á veces,  
 La dulce calma altera,  
 En olas cual escamas  
 Bordando su ancha faz.  
 Son las primeras naves  
 De vela y de tal pompa  
 Cuya alta prora rompa  
 El vasto mar del Sud,  
 Al grupo de las islas  
 Que llaman de las Perlas  
 Avanza Vasco Núñez  
 Y, al cabo, logra verlas  
 Surgiendo de las aguas  
 En blanda tinta azul.  
 Quiere explorarlas Núñez,  
 Y entra en sus altos fines

VASCO NÚÑEZ

Los otros bergantines  
En ellas construir;  
Y, ya cabal su armada,  
Al Austro diligente  
Las ignoradas costas  
Del nuevo continente  
Hasta do hallar consiga  
Su término, seguir.  
Mas tórnale la espalda  
De nuevo la fortuna:  
Ceño en su frente bruna  
Muéstrale pronto el mar.  
Viene á encrespar sus olas  
El ábrego violento,  
Y á unir á la voz de éste  
La tempestad su acento,  
Y el pálido relámpago  
La escena á iluminar.

Núñez creyó ver grupo  
De islotes escarpados  
Que azota en sus costados  
Del piélagos el furor;  
Pero avanzando luego,  
Hallan de espanto llenas  
Sus gentes que las islas  
No son sino ballenas

36

DE BALBOA

De insólita pujanza,  
De colosal grandor.

Solo ellas afrontaron  
Como la enhiesta roca  
Del mar la furia loca,  
Del viento el frenesí.  
La voz de la tormenta  
Que el rayo ardiente fragua

Llegando á sus abismos  
Sacólas á flor de agua,  
A que la horrible lucha  
Miraran desde allí.

Huela el terror la sangre  
A los marinos bravos;  
Júzganse, de él esclavos,  
Presa del leviatan.  
Con diligencia ruda  
Del sitio aquél se alejan,

Y en sus embates luego  
Olas y viento cejan,  
Y al Norte y al Oeste  
Va huyendo el huracan.

Tras la fatiga inútil  
Sin ánimo ni aliento,

37

Siendo contrario el viento,  
Brava la mar aún,  
Torna la prora al istmo  
Núñez con pena fiera,  
Aunque ignorando entónces  
Que esta es la vez postrera  
Que mécele en sus ondas  
El ancho mar del Sud.

## XIX

Del turbulento Balsas en la márgen  
Vuelve el marino audaz á alzar sus tiendas,  
El contrastado esfuerzo no vencido  
De nuevo aparejando á luchas nuevas.  
Mano puso á los otros bergantines;  
Mas cuando á su labor ruda se entrega,  
Vienen de Acla rumores alarmantes:  
Nuevo gobernador allá se espera;  
Lope de Sosa á Dávila sucede  
Segun las de la Corte últimas nuevas.  
Desalentado Vasco teme acaso  
Que sus pasos y planes entorpezca;  
Llama á sus oficiales á consejo  
Y, opiniones pesando, en él se acuerda,  
Si el anunciado cambio se confirma,  
Ejecutar sin dilacion la empresa;

Y despachado en tanto es Garabito  
A que recoja y dé noticias ciertas.  
¡Ay! que con ello Núñez, confiado,  
A su enemigo capital se entrega;  
Que el traidor á Pedrarias dicho tiene  
En recibida ya carta secreta:  
“Finge Núñez estar dispuesto á unirse  
En lazo conyugal con la hija vuestra,  
Para encubrir sus planes y engañaros  
Y hacer su expedicion de propia cuenta.  
Cuando listos, al fin, sus buques halle,  
Ha de partir en ellos con Careta  
A fundar hácia el Sur nuevas colonias,  
A vuestra autoridad rota la rienda.”

Del campamento sale Garabito,  
Y á la ciudad, de noche, no bien llega,  
Oye que al arribar ha muerto Lope,  
Y su propia mision traspirar deja.  
Le prenden los esbirros de Pedrarias,  
Éste de sus papeles se apodera,  
Ávido los registra uno tras otro,  
Hace al preso venir á su presencia,  
Y Garabito allí, terror fingiendo,  
Confirma delaciones y sospechas.  
La enemiga fortuna luego acude  
Por medio inesperado á rendir pruebas.

El Hernando de Argüello que en los planes  
 Del gran Descubridor metió su hacienda,  
 Al saber lo que afirma Garabito,  
 Pliego á Núñez envia con cautela  
 Noticiándole todo, y que al instante  
 Parta al Sur con sus naves le aconseja.  
 Mensajero y papel son detenidos  
 Y á poder del sutil Dávila llegan.  
 Va á la cárcel Argüello; aquél escribe  
 A Vasco así con intencion aviesa:  
 "Antes de que partais, venid conmigo  
 A hablar de cosas públicas y nuestras;"  
 Y á Pizarro previene, que al encuentro  
 De Núñez va con escogida fuerza.

## XX

No léjos de su tienda estaba Núñez  
 De sus gentes cercado, en noche fresca  
 Tras el calor del dia, conversando  
 Con excelente humor que al corro alegra.  
 Y, como hubo de alzar la vista al cielo  
 Y de hallar en atmósfera serena  
 Y en la anunciada posicion temible  
 La que le dijo Codro ser su estrella,  
 Del astrólogo el fallo relatando,  
 "Ved, exclamó, lo que es la humana ciencia:

En este mismo instante inevitable  
 Peligro me circunda segun ella;  
 Y listos ahí están mis bergantines  
 Y mis gentes armadas y resueltas;  
 Gozo el favor del Rey y de Pedrarias  
 Y mi gloriosa fama el orbe llena."  
 Y hablaba todavía Núñez, cuando  
 Los mensajeros de Acla se le acercan,  
 Rendidos le saludan y la carta  
 De su presunto suegro allí le entregan,  
 Sin que le deje el breve contenido  
 Ni temores ni sombra de sospecha.

## XXI

Vasco en marcha se pone al otro dia  
 Y las altas montañas atraviesa.  
 Al verle alegre, ufano y confiado  
 Los mensajeros recorrer la senda  
 A cuya extremidad, cual lobo astuto,  
 Vil enemigo en él ha de hacer presa;  
 Cediendo á irresistible simpatía  
 Que en cuantos le oyen ó le ven despierta,  
 La delacion de Garabito, el caso  
 De Hernando Argüello y la intencion siniestra  
 Con que Pedrarias Dávila le llama,  
 Porque se fugue y salve le revelan.

Un punto Vasco, atónito, pasmado,  
 Dudando estuvo si de allí se vuelva  
 A la orilla del Balsas donde tiene  
 Su gente armada ya, sus naves prestas;  
 Mas, tornando á la ciega confianza  
 Que al acusado inspira su inocencia,  
 Ir resuelve ante Dávila y hablarle  
 Y la calumnia así dejar deshecha.  
 Sigue adelante, pues, y con Pizarro  
 Que en busca suya va, luego se encuentra.  
 "Preso daos, Señor," éste le dice,  
 A tiempo que su tropa á Núñez cerca  
 Y le desarma y cárgale de grillos.  
 "¿Es posible, Pizarro?" en son de queja  
 Vasco sin demudarse le pregunta,  
 Y él le responde: "La consigna es ésta."

## XXII

Con asombro de Acla y sus vecinos  
 De nuevo se halla Núñez en la cárcel.  
 Dávila en ella le visita y habla,  
 No cual gobernador, mas como padre.  
 Que es víctima de ocultos enemigos  
 Dale á entender; que acusaciones graves  
 Pesan sobre él, la autoridad teniendo  
 Obligacion de oírlas y juzgarle.

Causa está ya formándole Espinosa  
 Que en la nueva ciudad funge de alcalde.  
 Que contra el Rey conspira; que en las playas  
 Del Sur nueva colonia ha de fundarse  
 Por él con gente y armas del Estado  
 E independerse en ella entra en sus planes,  
 Dice la acusacion; y le acumulan  
 Cargos —quizá desvanecidos ántes—  
 Por el fin desdichado de Nicuesa,  
 Por las quejas de Enciso y sus parciales.  
 La máscara Pedrarias luego arroja  
 En la prision volviendo á visitarle.  
 "Traidor, le dice, á derrocar me aspiras  
 Pagando mis favores con maldades,  
 Sembrando la anarquía en la colonia,  
 Dishonrando tal vez mi propia sangre;  
 Mas tíenete en sus garras la justicia  
 Y de ellas esta vez no has de salvarte."  
 Altivo é indignado le responde  
 Vasco Núñez: "¿Si fuera yo culpable,  
 Para entregarme á tí venido habria  
 Teniendo enfrente el mar, listas mis naves  
 Y animadas mis gentes y resueltas  
 A seguirme?" Al oír razones tales  
 Pedrarias no su peso desconoce,  
 Mas la luz que le dan llégale tarde.  
 Ha perseguido y ultrajado á Núñez,  
 Y aunque noble le estima y de alma grande,

VASCO NÚÑEZ

Recela, y con razon, que, absuelto y libre,  
Ha de vengar persecucion y ultrajes.  
La causa ya de sentenciarse á punto,  
A Dávila Espinosa envia, en balde  
Pidiendo que los méritos del reo  
A la justicia en su favor ablanden.  
Inútiles los ruegos de Isabela  
Y del obispo son en aquél trance:  
Pedrarias el oído cierra á todos,  
No ciego ó rencoroso, mas cobarde.  
Débil el juez, á su pesar, condena  
A Núñez á sufrir muerte infamante  
Con su cómplice el rico Hernando Argüello  
Y algunos de sus mismos oficiales.

XXIII

Mientras de Acla en la plaza es erigido  
Aquella noche en fuerte maderámen  
El cadalso en que, al hierro del verdugo,  
Los sentenciados su delito paguen;  
Y en torno los soldados plantan picas  
En que habrán de quedar al sol y al aire  
Las segadas cabezas de los reos  
Hasta que todas lleguen á secarse;  
En la prision oscura Vasco Núñez  
Sin ira ni temor, imperturbable,

44

DE BALBOA

Ve de frente á la muerte y se dispone  
A pisar del sepulcro los umbrales.  
Alza á Dios el espíritu piadoso;  
La absolucion recibe en dulces frases  
De Andrés de Vara, el sacerdote humilde  
Que himno de gratitud alzó en los Andes  
Al descubrirse un mar; el Pan Sagrado  
En que Dios á los hombres quiso darse  
Enternecido gusta: óra de nuevo,  
Y momentos despues dormido yace.

XXIV

En sueños el Pacífico  
Mira de nuevo en calma:  
Su ronca voz oyendo  
Alégrasele el alma:  
Rompiendo van sus buques  
Las olas de cristal.  
No ya cerrarle intenta  
El paso pez horrendo  
Ni equinoccial tormenta;  
Que en cielo despejado  
Brilla la Cruz Austral.  
Dormido está cual niño  
El lidiador gigante

45

VASCO NÚÑEZ

Recela, y con razon, que, absuelto y libre,  
Ha de vengar persecucion y ultrajes.  
La causa ya de sentenciarse á punto,  
A Dávila Espinosa envia, en balde  
Pidiendo que los méritos del reo  
A la justicia en su favor ablanden.  
Inútiles los ruegos de Isabela  
Y del obispo son en aquél trance:  
Pedrarias el oído cierra á todos,  
No ciego ó rencoroso, mas cobarde.  
Débil el juez, á su pesar, condena  
A Núñez á sufrir muerte infamante  
Con su cómplice el rico Hernando Argüello  
Y algunos de sus mismos oficiales.

XXIII

Mientras de Acla en la plaza es erigido  
Aquella noche en fuerte maderámen  
El cadalso en que, al hierro del verdugo,  
Los sentenciados su delito paguen;  
Y en torno los soldados plantan picas  
En que habrán de quedar al sol y al aire  
Las segadas cabezas de los reos  
Hasta que todas lleguen á secarse;  
En la prision oscura Vasco Núñez  
Sin ira ni temor, imperturbable,

44

DE BALBOA

Ve de frente á la muerte y se dispone  
A pisar del sepulcro los umbrales.  
Alza á Dios el espíritu piadoso;  
La absolucion recibe en dulces frases  
De Andrés de Vara, el sacerdote humilde  
Que himno de gratitud alzó en los Andes  
Al descubrirse un mar; el Pan Sagrado  
En que Dios á los hombres quiso darse  
Enternecido gusta: óra de nuevo,  
Y momentos despues dormido yace.

XXIV

En sueños el Pacífico  
Mira de nuevo en calma:  
Su ronca voz oyendo  
Alégrasele el alma:  
Rompiendo van sus buques  
Las olas de cristal.  
No ya cerrarle intenta  
El paso pez horrendo  
Ni equinoccial tormenta;  
Que en cielo despejado  
Brilla la Cruz Austral.  
Dormido está cual niño  
El lidiador gigante

45

VASCO NÚÑEZ

Que ya rindió sus olas  
Del fiero navegante  
Que vino de muy léjos,  
Al lino y al timon.  
Domaron ya su orgullo  
Las naves españolas;  
Y es su gemido arrullo  
A Vasco, á quien desvelan  
La gloria y la ambicion.

Dormido está, y sereno  
Muestra en sus claras ondas  
Moviendo sus aletas  
El pez de escamas blondas,  
No manta horrible ó ruda  
Ballena colosal.  
Sus grutas al marino  
Más hondas y secretas  
Ver hace cristalino,

Y en ellas sus tesoros  
De perlas y coral.

Y el cántico repite  
Del grupo que acompaña  
A Núñez en los Andes  
Vivas alzando á España  
Cuando por vez primera  
Sus olas contempló.

DE BALBOA

Y en calma, en voz potente,  
Como en sus iras grandes,  
Cantando eternamente,  
De un polo al otro polo  
Repite ¡gloria á Dios!

XXV

Del alba tarda y perezosa el frío,  
Del gallo y la campana la distante  
Voz clara, á Núñez súbito despiertan  
Haciendo estremecer su cuerpo frágil.  
Aun escucha el rumor del Océano. . . .  
¿En su tienda despiértase á la margen  
Del Balsas? ¿Le rodean sus marinos?  
¿Las velas á soltar van ya sus naves?  
Se palpa y se incorpora, y el funesto  
Enlutado cadalso ve delante,  
Y al verdugo que pálida cuchilla  
Sobre su propio cuello feroz blande.  
El hogar en Jerez recuerda luego,  
Su infancia y el cariño de sus padres,  
Su inquieta juventud al bien estéril,  
Con la pobreza en lucha sus afanes:  
Despues, en el Darien, selvas y cumbres,  
Fatigas, emboscadas y combates,  
Mando, riqueza, gloria inmarcesible. . . .  
¡Y de todo ello al fin, suplicio infame!

A la materia vil dando tributo,  
 Sulca su rostro lágrima brillante,  
 Mientras, puestas en Dios fe y esperanza,  
 Del humano dolor apura el cáliz.

XXVI

Fué el día aquél en Acla aciago día,  
 Y al descender el sol triste á su ocaso,  
 La víctima al patíbulo subía  
 Grave y sereno el rostro, firme el paso.

“Este —reza el pregon— es el castigo  
 Que á Núñez dan el Rey y su Teniente  
 Porque traidor les fué; porque, enemigo  
 De la paz, quiso alzarse delincuente.”

Con clara y fuerte voz, la frente irguiendo,  
 Replica Vasco Núñez: “Eso es falso;  
 Sirvo á mi Rey y su dominio extendiendo;  
 No me trajo tal crimen al cadalso.”

Su indignacion el sacerdote calma,  
 Dale á besar devoto el Crucifijo,  
 Y, en Dios queriendo concentrar su alma,  
 Con llanto y mal segura voz le dijo:

“¿Cómo con este mundo así te enojas  
 Ante la eternidad y el cielo abierto?  
 A él aspira, y recuerda las congojas  
 Que el Hombre-Dios por tí sufrió en el Huerto.”

Cuando la frente casi al tajo inclina,  
 Ve Núñez del Darien lejana cumbre  
 Que sobre oscuro fondo se ilumina  
 Del sol bañada en la postrera lumbre;

Y exclama: “¡El mar! ¡Dios mio!” Golpe horrendo  
 Se oye, y la muchedumbre absorta queda:  
 Y en la mesa al caer, con sordo estruendo  
 La segada cabeza un punto rueda.

Llora entónces de lástima la gente  
 O su enojo y horror oculta y doma:  
 Tiende los brazos del cadalso enfrente  
 Una mujer, é inerte se desploma.—

En vecino solar, por el resquicio  
 Abierto de su coto entre las cañas,  
 Dávila vió de Núñez el suplicio  
 Con avidez y convulsion extrañas;

Y al apartarse, júbilo de hiena  
 En la pálida faz llevando impreso,  
 Sin compasion á la desdicha ajena  
 De su infame temor soltado el peso;

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA

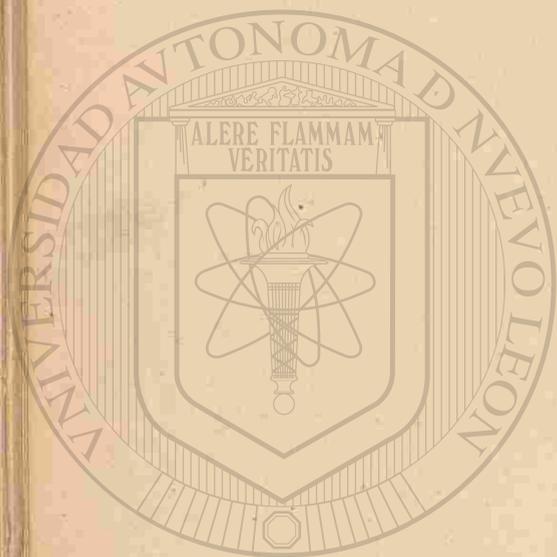
Micer Codro que adusto le observaba,  
No sin causar en él ira y asombro,  
Dijole en voz que de dolor temblaba,  
Diestra ruda poniéndole en el hombro:

“Por más que injusto y ciego te desmandes,  
No infamarás de Vasco la memoria;  
Su pedestal eterno son los Andes,  
Y canta el Mar Pacífico su gloria.

“Ciencia y humanidad fallo severo  
Te reservan del tiempo en los arcanos,  
Y llevarás al tribunal postrero  
La cabeza de Núñez en tus manos!”



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



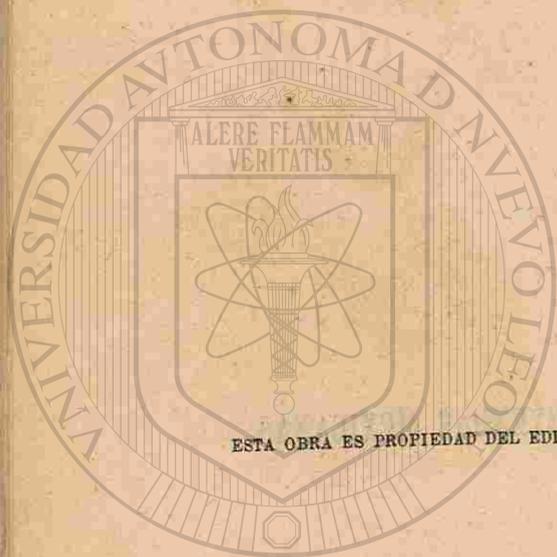
UANL

LEYENDAS MEXICANAS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





ESTA OBRA ES PROPIEDAD DEL EDITOR.



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

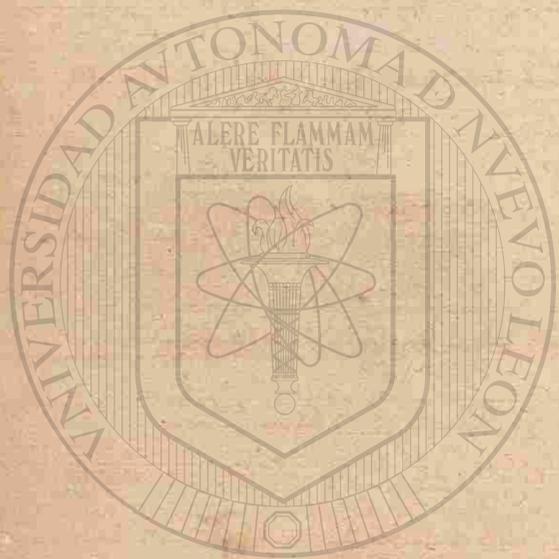
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

*J. M. Roa Bércena*

®

IMP. DE ANDRADE Y ESCALANTE,  
Tiburcio núm. 19.

Lit. de la V. de



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MÉXICO.

EDITOR, AGUSTIN MASSE.—LIBRERÍA MEXICANA.

ESQUINA DE LOS PORTALES DE MERCADERES Y AGUSTINOS.

1862.

LEYENDAS MEXICANAS,

CUENTOS Y BALADAS DEL NORTE DE EUROPA,

Y

ALGUNOS OTROS ENSAYOS POÉTICOS

DE

DON JOSÉ MARÍA ROA BÁRCENA.



®



FONDO HISTÓRICO  
RICARDO GOVARRUBIA

## PRÓLOGO.

Siempre he creído que mucha parte de la indiferencia con que, por lo comun, acoge el público un libro de versos, proviene de los asuntos en él tratados. El entusiasmo de una oda, la delicadeza ó el chiste de un epigrama conmueven y agradan al lector; pero la terrible sucesion de algunas decenas de composiciones de este género y del llamado sentimental en que, no sin emplear variedad de metros y desleir bajo formas muy parecidas iguales pensamientos é imágenes, enarra el coplero la historia de sus cuitas privadas y personalísimas, da al traste con la paciencia mejor templada; y piezas literarias que aisladamente vistas arrancarían aplausos, se perjudican unas á otras bajo la misma pasta de un libro cuya condicion es la del dulce; que empalaga si se le toma en abundancia.

No es esto una crítica de lo que otros hacen, sino la explicacion de lo que yo me propuse hacer en los ensayos que hoy ofrezco al público. Sospechando, por lo que á mí me pasa, que lo que

mas le interesa es la esposicion y la accion de las costumbres, tradiciones y pasiones humanas, cuando del conjunto del cuadro y á vueltas del solaz que proporciona, se desprende alguna enseñanza histórica, moral ó religiosa, he consagrado mis pocas fuerzas á este género, y, sin faltar á la modestia, creo poder lisonjearme de que la calidad de los asuntos salvará á mi libro del naufragio á que pudiera arrastrarlo el modo con que han sido desempeñados.

La obra á que sirven de introduccion estas líneas, consta de tres partes: primera, LEYENDAS MEXICANAS; segunda, CUENTOS Y BALADAS DEL NORTE DE EUROPA; tercera, COMPOSICIONES DIVERSAS. Nada tengo que decir respecto de esta última parte; mas aventuraré breves reflexiones en cuanto á las otras dos.

En el estado actual de comunicacion y relaciones de los principales pueblos, y cuando el cristianismo y la civilizacion han difundido unas mismas ideas y establecido casi idénticas costumbres en ellos, es muy difícil que su literatura tenga otro carácter distintivo que el que llevan unas respecto de otras las razas septentrionales y meridionales, ó asiáticas y europeas y americanas; y para darla algun color local no queda mas arbitrio que recurrir á la historia y las tradiciones especiales de cada país. Aplicando esta regla, halléme una mina, abandonada hoy de casi todos los que cultivan aquí las bellas letras, no obstante haber abierto el tiro, Ortega y Rodriguez Galvan, y estar patentes las muestras de su riqueza en *Las Aztecas* de Pesado.

Mi leyenda de *Xóchitl* da idea de la destruccion de la monarquía tolteca, que precedió á las demas establecidas en el Anáhuac. Despues de consignar las tradiciones relativas á la emigracion, el viaje, la llegada, esclavitud y emancipacion de los aztecas y á la fundacion de México, trazo algunas de sus costumbres domésticas y sociales en el *Casamiento de Nezahualcoyotl*; paso á describir en *La princesa Papántzin* los presagios de

la venida de los europeos y los primeros síntomas del gran cambio efectuado con la conquista española; y no tomo del periodo colonial mas episodio que el de *La Cuesta del Muerto*, que no puede llamarse histórico por mas que, salvo cortas diferencias de tiempo y lugar, sea verdadero el suceso horrible en tal composicion relatado.

Fuera de los poquísimos asuntos por mí escogidos, quedan en nuestra historia ofreciéndose á los aficionados al romance y la novela, los altos hechos de Moctezuma I á quien daban el sobrenombre de *Flechador del cielo*; la lucha de Nezahualcoyotl para recobrar el trono usurpado á su familia; la defensa de México contra Cortés; la mediacion evangélica de los misioneros católicos en favor de los vencidos; la anarquía que siguió de pronto al triunfo de los conquistadores; la formacion gradual de nuestra sociedad; y, en suma, multitud de caracteres y situaciones en las dos grandes épocas anterior y posterior á la conquista; no faltando en dias mas recientes glorias militares como la de Morelos, ni actos de heroismo como el de Bravo, ni ejemplos de enaltecimiento y desdicha como el que nos ofrece Iturbide.

Pero el deseo de dar algun color propio á mis versos no me ha impedido estraer de los tesoros literarios de la Europa Septentrional cuanto forma la segunda parte de este volúmen. La nobleza de ideas, la ternura y profundidad de afectos, lo grandioso, lo patético, no pertenecen esclusivamente á determinados tiempos y latitudes, ni la estética inquiere edad ni origen para dar acogida á cuanto lleva consigo el sello de la belleza en las producciones de la naturaleza y el arte.—Bien puedo decir que llenan tal condicion las composiciones á que me refiero, cuando críticos eminentes lo han declarado y yo no he hecho otra cosa que tratar de ponerlas en nuestro idioma, valiéndome casi siempre para ello de la version francesa de X. Marmier, inteligente traductor de Goëthe, de Schiller y de los cantos populares mas notables de Suecia, Islandia, Dinamarca y Finlandia.

A estos pueblos pertenecen *El arpa maravillosa*, *La vuelta de una madre*, *La restitucion*, *el Poder de la música*, *La paz del alma*, *El Epitafio* y *El canto del ave del paraíso*, baladas y apólogos y cuentos que por su asunto andan con mas ó menos variantes en boca de todo el mundo, y algunos de los cuales hemos oído á nuestros abuelos en los alegres días de la niñez. En cuanto al *Guante* y al *Conde de Hapsburgo*, basta con decir que son de Schiller, y en elogio del *Cántico de la Campana* solo indicaré que es acaso la mejor de las obras líricas del poeta alemán.

Una prueba de que á nuestro público no disgustan las joyas de la corona literaria del Norte de Europa, tengo ya en los deseos á cuya manifestacion deben el reaparecer aquí dos de las expresadas poesías de Schiller y el *Canto del ave* (tomado de la obra de Schubert *Lo antiguo y lo moderno*) que forman parte de la coleccion de mis versos impresa en 1859.

No daré de mano á mis humildes tareas si acoge el público estos nuevos ensayos con la indulgencia y el favor que los precedentes.

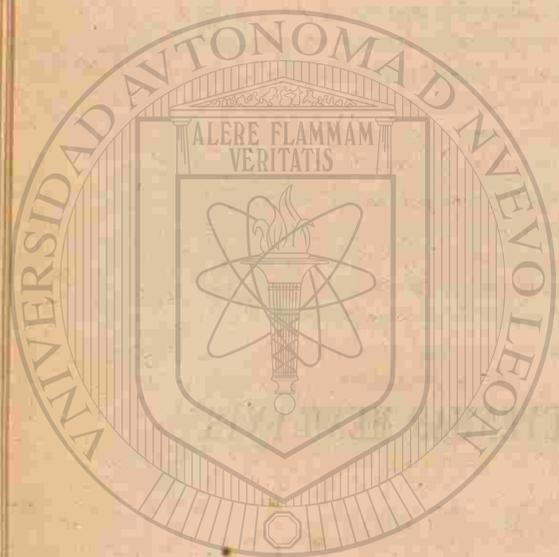
J. M. Poca Bárcena.

México.—1862.

LEYENDAS MEXICANAS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

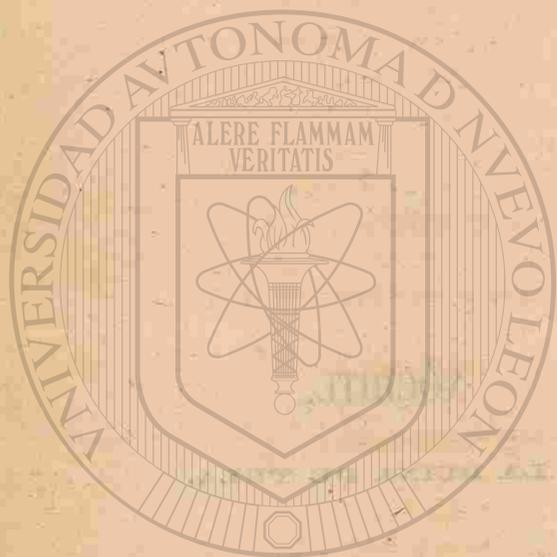


XÓCHITL,  
Ó LA RUINA DE TULA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XÓCHITL,

Ó LA RUINA DE TULA.

INTRODUCCION.

Si en las tranquilas siestas  
Del abrasado estío  
Llegais, en las florestas  
O en el asilo umbrío  
De rica ó pobre alcoba,  
Mis cantos á leer,  
Os impondrá el primero  
De la azarosa historia  
De Xóchitl, verdadero  
Cuadro en que luz y gloria  
Contrastan con bajezas  
Y crímenes tal vez.

Voy á evocar los dias  
 En que de Tula el trono,  
 Tras las virtudes pías  
 Con que le dan abono  
 Sus siete antecesores,  
 Mancha Tecpancaltzin.  
 De altísima doncella  
 Haciendo impura esclava,  
 Su despotismo sella;  
 Vierte la ardiente lava  
 Del vicio sobre el pueblo  
 Y arrástrale á su fin.

Terrible es la enseñanza  
 De tan remoto caso;  
 Vemos que sin tardanza  
 Sigue al delito el paso,  
 Por ley que al mundo rige,  
 Castigo vengador.

Tras goces lisonjeros  
 Él impelió al abismo  
 A reyes y guerreros,  
 Al trono, al pueblo mismo  
 Regido por el fruto  
 De tan culpable amor.

## PRIMERA PARTE.

## I

*Descubre un noble el aguamiel del maguey, y lleva  
 regalos á Tecpancaltzin.*

De larga paz al influjo  
 La feliz nacion tolteca  
 Que rigen costumbres puras  
 Y leyes pocas y buenas;  
 Fértil país ocupando,  
 Paraíso de la tierra,  
 Avanza más cada dia  
 En virtud, artes y ciencias.

Papántzin, noble ilustrado,  
 Dióse á agrícolas faenas,  
 Y cultivando el maguey  
 Que siembra en largas hileras,  
 Estrajo á fuerza de industria  
 El aguamiel de sus pencas;  
 Luego á pasta la redujo  
 Y con ella hizo conservas,  
 Si agradables á la vista,  
 Al paladar lisonjeras.

Voy á evocar los dias  
 En que de Tula el trono,  
 Tras las virtudes pías  
 Con que le dan abono  
 Sus siete antecesores,  
 Mancha Tecpancaltzin.  
 De altísima doncella  
 Haciendo impura esclava,  
 Su despotismo sella;  
 Vierte la ardiente lava  
 Del vicio sobre el pueblo  
 Y arrástrale á su fin.

Terrible es la enseñanza  
 De tan remoto caso;  
 Vemos que sin tardanza  
 Sigue al delito el paso,  
 Por ley que al mundo rige,  
 Castigo vengador.

Tras goces lisonjeros  
 Él impelió al abismo  
 A reyes y guerreros,  
 Al trono, al pueblo mismo  
 Regido por el fruto  
 De tan culpable amor.

## PRIMERA PARTE.

## I

*Descubre un noble el aguamiel del maguey, y lleva  
 regalos á Tecpancaltzin.*

De larga paz al influjo  
 La feliz nacion tolteca  
 Que rigen costumbres puras  
 Y leyes pocas y buenas;  
 Fértil país ocupando,  
 Paraíso de la tierra,  
 Avanza más cada dia  
 En virtud, artes y ciencias.

Papántzin, noble ilustrado,  
 Dióse á agrícolas faenas,  
 Y cultivando el maguey  
 Que siembra en largas hileras,  
 Estrajo á fuerza de industria  
 El aguamiel de sus pencas;  
 Luego á pasta la redujo  
 Y con ella hizo conservas,  
 Si agradables á la vista,  
 Al paladar lisonjeras.

Quiso de todo un presente  
 Que pule, adorna y apresta,  
 Llevar al rey, esperando  
 Que su alabanza merezca;  
 Que ha sido en épocas todas  
 Y latitudes estremas,  
 Cuando no el oro, la fama  
 Cebo de humanas empresas.

Porque tenga más realce  
 El paso que dar intenta,  
 Ir quiere con su familia  
 Ante el monarca; y si cuerda  
 Su resolucion estimo  
 En lo demas, aquí necia.  
 Que Xóchitl, su única hija  
 (Flor significa en su lengua)  
 Es rica flor codiciada  
 De cuantos llegan á verla;  
 Y es el amor de los reyes  
 Sol que á las plantas modestas  
 Que necesitan de sombra  
 Con rayo fúlgido quema.

Al recibir el presente  
 Más que en él en la doncella,  
 A quien el rubor temprano  
 De ser mirada hermosa,

Fija la vista el monarca  
 De llama súbita presa,  
 Y al desacordado padre  
 Dice, con faz halagüeña:

—“Mucho tu afan ha logrado  
 En lo que el regalo encierra;  
 Mas si en fruto delicado  
 El precio tiene pagado  
 De tus sudores la tierra,

“Yo te cedo el señorío  
 De cuatro pueblos, que es bien  
 Con recompensas á quien  
 Ilustra el reinado mío,  
 Dar estímulo y sosten.

“Porque tu invencion más sea  
 Acá en la corte aplaudida,  
 De nuevo sus frutos vea,  
 Y á tu prenda mas querida  
 En tal embajada emplea.

“Tráígalos Xóchitl, pues sabe  
 Que el valor que tiene agora  
 Tu don, por más que lo alabe,  
 Ha de crecer, si esto cabe,  
 Siendo ella la conductora.

“Y ya que al padre mi agrado  
Y mi gratitud prolija  
Con dádivas he probado,  
Quisiera ver si me es dado  
Labrar el bien de la hija.”

En ilusiones mecido  
De ilustre fama y grandeza,  
Después de oír tal discurso  
Vuélvese el noble á sus tierras.  
Que está labrada de Xóchitl  
La suerte futura piensa,  
Que va el monarca á dotarla,  
Tal vez á elevarla á reina....!  
¡Oh imaginación que rompes  
Del juicio las cadenas,  
Sin advertir que volando  
Así, á lo mejor te estrellas!  
¡Mal labrador que descuidas,  
Cuidando plantas groseras,  
La planta más delicada  
De cuantas hay en tus huertas!

## II

*Predicción del astrólogo Huemántzin.*

Junto al libro divino ó teoamoxtli  
Que guarda el templo principal de Tula,  
Están los vaticinios que Huemántzin  
Hizo al morir y es fuerza que se cumplan.

Al pueblo congregado en aquel sitio  
Son leídos tres veces cada luna,  
Y del gran sacerdote interpretados  
Esto dicen los signos y figuras:

“Cuando haya cuatro siglos que su antigua  
Patria dejó el tolteca, y á la angusta  
Silla un jóven de crespa cabellera,  
No sin hallar contradicciones, suba;

“La prudencia y justicia con que rija  
Sus pueblos al principio, índole dura  
Mas tarde hará desaparecer, y al cabo  
Fuente será de iniquidad profunda.

“De su mismo linaje dos señores  
Disputaránle el cetro en guerra cruda,

Y en la sangre y la peste y la miseria  
Su corona y nacion rodarán juntas.

“Al acercarse el tiempo que predigo  
Señal será de tales desventuras  
Mostrarse el colibrí con espolones,  
Llevar la liebre cornamenta aguda;

“Y que la corrupcion al santuario  
Y á las mujeres principales cunda,  
Provocando la cólera celeste  
Que ha de cebarse en toda criatura.”

Estos son de Huemántzin los avisos  
Que oye el pueblo tres veces cada luna;  
Y, aunque de haber dejado las antiguas  
Regiones presto hará cuatro centurias,

Que se aproxime tan funesto caso  
Al comenzar mi historia nada anuncia;  
Nada hay raro en las liebres ni en las aves,  
Justo es el rey y las costumbres puras.

## III

*Inventa Papántzin el pulque.—Xóchitl lo lleva al rey  
y es detenida.*

En Papántzin, por su mal,  
Redobla industrioso empeño  
El ya comenzado sueño  
De la privanza real.

Y, tras conservas mejores  
Que con la miel condimenta  
Y cuyo mérito aumenta  
En transparencia y sabores;

Queriendo agradar al rey  
Más y más, con nuevo ardor  
Estudia, y hace licor  
Con el jugo del maguey.

Es cual leche alabastrina  
El líquido fermentado,  
Y al débil y desganado  
Fortaleza y medicina.

Tal fué del pulque el invento,  
Y así la historia lo dice  
De la doncella infelice  
Que da materia á mi cuento.

En una y otra vasija  
Y con aseo y primor  
Puestos dulces y licor,  
Sale á llevarlos la hija.

Partió Xóchitl de mañana  
Con ricos traje y pendientes,  
Seguida de sus sirvientes  
Y Tepenenetl la anciana.

Y atravesando el espacio  
Que media, rumbo hácia el Norte,  
Desde su feudo á la corte,  
Llega á otro dia al palacio.

Allí, no sin que detenga  
Sus palabras el rubor,  
Sirviendo al rey el licor  
Dice la estudiada arenga.

Como el fruto de la zarza  
Negros los rasgados ojos,  
Tez rosada, lábios rojos,

Esbelto el cuello de garza;

Con flores entretejida  
La cabellera abundante  
Y en broche de oro brillante  
La capa al hombro prendida;

Mal los contornos recata  
Del seno alzado y gentil  
El blanquísimo huepil  
Con campanillas de plata.

A sus gracias femeniles  
Unen regalada esencia  
El candor y la inocencia  
De escasos diez y ocho abriles.

Tan conmovida y hermosa  
Estaba en aquel momento  
Como al halago del viento  
Sobre su tallo la rosa.

Del rico invento admirada  
Del noble sabio, la corte  
Queda, y no menos del porte  
De quien llevó la embajada.

Y el rey, perdiendo en mal hora

La probidad y el sosiego,  
Con ojos como de fuego  
Sus atractivos devora.

A la comitiva llama  
Y entrega valiosos dones,  
Encargando estas razones  
Para Papántzin al ama:

—“Mucho tu saber abarca;  
Las nuevas señales dello  
A la amistad ponen sello  
Que te dispensa el monarca.

“Para cumplir la promesa  
Que en la efusion de su agrado  
A tí le dejó ligado  
Y está en su memoria impresa,

“Hará que ilustres señoras  
De Xóchitl, que allá se queda,  
Porque más honrarte pueda,  
Se encarguen cual preceptoras.

“Rara ocasion la fortuna  
Así de adquirir la ofrece  
La educacion que merece  
Por su beldad y su cuna.”

Tal discurso al escuchar  
Contúrbase la doncella,  
Vacila el ama y de aquella  
Va la opinion á explorar.

Mas á lo que el rey dispone,  
Aunque asaz inoportuno  
Sea, vasallo ninguno  
En su presencia se opone.

Con inquietud inaudita  
Que en mil temores se inflama,  
De allí á poco partió el ama;  
Xóchitl en palacio habita.

¿Qué será del lirio ufano  
Si la tempestad asoma?  
¿Qué va á ser de la paloma  
En las garras del milano?

## IV

*Angustia de los padres de Xóchitl.—Nacimiento  
de Meconétzin.*

Solos viendo á sus criados  
De allí á tres dias volver

Y oyendo cuanto le dice  
 Turbada Tepenenetl,  
 Una y mil veces maldijo  
 Papántzin la candidez  
 Con que de prestarse acaba  
 A los caprichos del rey;  
 Y en duda y sospecha horrible  
 En union de su mujer  
 Que la inesperada ausencia  
 Lloro del amado bien,  
 Aguarda que luz el tiempo  
 Y desengaño le dé  
 Acerca de aquello mismo  
 Que se resiste á creer.

Rico presente de oro,  
 Perlas, corales, carey  
 Y lienzos finos que esmaltan  
 Mezclados colores cien,  
 Recibe y este recado  
 De su monarca, á la vez:  
 "De salud goza en la corte  
 Xóchitl, y en ella está bien,  
 Como en los aires el ave,  
 Como en las ondas el pez;  
 Mas quiere tener al ama  
 Consigo; ya lo sabeis."

Partió con los mensajeros  
 A Tula Tepenenetl  
 Y, no bien llega al palacio  
 Y abraza á Xóchitl, el rey  
 Hízolas llevar á Pálpan  
 Con sigilo y rapidez  
 Y de noche porque nadie  
 Su traslacion pueda ver.  
 Pálpan era pueblecillo  
 De un cerro tendido al pié,  
 Y en la cima, en vasta casa  
 Con gusto y esplendidez  
 Adornada, y que parece  
 Por sus jardines eden;  
 Al pensamiento servida,  
 Su voluntad siendo ley,  
 Queda Xóchitl sin mas traba  
 (Aunque insoportable á fé)  
 Que la de no pasar nunca  
 De su mansion el dintel.  
 Manda el señor que las puertas  
 A los estraños estén  
 Cerradas y que se abran  
 Solamente para él.  
 Pone guardias en contorno  
 Que el paso atajen á quien  
 El interior desde afuera  
 Pretenda observar tal vez.

Y á la hermosa que al monarca  
Rendido á sus plantas ve,  
Romper un punto no es dable  
De su aislamiento la red.

¡Qué de veces silenciosa  
Sin mas compañero fiel  
Que el lucero de la tarde,  
La noche estando al caer,  
Pensó en los serenos días  
De su dichosa niñez,  
Y en el hogar á que faltan  
Con ella luz y joyel,  
Y en los ancianos llorosos  
A quienes ya no ha de ver!  
O con los ojos siguiendo  
Del ancho cielo al traves  
O del musgo en la esmeralda  
Ave ó fuente, quiso ser,  
Su libre curso envidiando,  
Ave y arroyo tambien!

De haber arribado á Pálpan  
Como diez lunas despues,  
Tuvo un niño que en sus brazos  
Ufano recibe el rey.  
Como el vellon del cordero  
Crespo su cabello es;

Si al verle recuerda el padre  
Las predicciones, no sé.  
Y solo dice la historia  
Que halló su traslado en él  
Y Meconétzin llamóle,  
"Tierno fruto del maguey."

## V

*Papántzin tiene una entrevista con su hija.*

Tres años contaban de dudas y angustia  
Los padres de Xóchitl que ignoran dó está:  
La madre en su casa consúmese mustia;  
Papántzin inquiera, ya viene, ya va.

Por dicha descubre que en Pálpan su hija  
Del cerro en la cumbre fastosa mansion  
Habita, y discurre su astucia prolija  
Disfraz que le traiga de hablarla ocasion.

Rapóse el cabello, pintóse la cara  
Y en traje grosero, cual de un labrador,  
Fingiéndose cojo, se apoya en su vara;  
Vendiendo unas flores al pueblo llegó.

Comprar otras quiere, y al viejo hortelano  
Que cuida de Xóchitl el mismo jardín,  
Acude á pedir las resuelto, y no en vano;  
Las puertas guardadas abriéronle al fin.

Sudábale el rostro, su pecho latía  
Con fuerza; no puede tenerse ya en pié;  
Mas pronto recobra vigor y osadía  
Con un niño en brazos á Xóchitl al ver.

El niño, su imágen mirando en la fuente,  
Las palmas batía con gozo infantil:  
Con gracias y halagos en vano es que intente  
Hacer á la jóven callada reír;

Pues ella los ojos clavó distraída  
Del agua en el lecho de arena y coral:  
Tal vez la entristece llevar esa vida;  
Pensando en sus padres se abisma quizá!

Un punto se aleja de allí el jardinero,  
Y entonces Papántzin, que aquesto aguardó,  
Acércase á Xóchitl con paso ligero;  
La jóven se asusta.—“No temas; soy yo.

“¡Oh dicha anhelada! Mas dime, hija mía,  
El rey en su odioso capricho fatal  
¿Te trajo, á educarte según ofrecía,

O niños ajenos te puso á cuidar?”

Esclama así el padre, y en vivos colores  
El rostro de Xóchitl tiñendo el rubor,  
Responden sus labios:—“No es justo que ignores  
Que el rey hace tiempo mi afrenta selló.”

—“¿Qué dices? ¿Es cierto...? ¿Y así en mi presencia  
Tú misma te acusas?”—“Culpable no fui:  
Sin armas ni escudo, candor é inocencia  
Vencidos quedaron.”—“¡Ah padre infeliz!

“¡Tal cieno en mi sangre! ¡Tal mancha en mi nombre!  
¡Tal dolo y tan negra perfidia en el rey!  
El mal que nos hizo tirano, si es hombre  
Que en algo se estima, repare tal vez.

“Hablarle pretendo: si fui su vasallo,  
Su falta le humilla y es hoy mi deudor.  
Temblar ha de hacerle mi enojo; mas callo,  
Que el mozo ya vuelve.... Prudencia, y adios!”

Las flores recibe Papántzin, las paga,  
De nuevo cojea, se aleja hácia el Sur:  
Al par que le aflige su afrenta, le halaga  
Que Xóchitl aun tenga decoro y virtud.

Da cuenta á su esposa del fruto del viaje,

Descanso á sus miembros, de mano al disfraz:  
De noble á otro dia ciñéndose el traje,  
A Tula sin mozos ni obsequios irá.

## VI

*Papántzin pide reparacion al rey, y no la obtiene.*

Ante el rey al mirarse el ofendido  
Padre, su faz anubla ceño adusto,  
Y Teepancéltzin, que le presta oído,  
Encubre mal de su conciencia el susto.  
—“Contigo hablar á solas he querido,  
Dícele el noble al fin, monarca injusto,  
Porque de publicar es bien que huya  
Mi propio deshonor la infamia tuya.

“De los reyes de Tula tú el primero,  
Arrastrando á tu pueblo al precipicio,  
Del alto solio el lustre verdadero  
Empañas con la mácula del vicio.  
Con cetro y amistad, tirano, artero,  
A honesto matrimonio á quien propicio  
El cielo se mostró, robaste el fruto,  
Su bienestar así trocando en luto.

“Marchitaste la mas fragante rosa  
De la heredad de tu mejor vasallo,  
Y al cortarla tu mano codiciosa  
Tembló el arbusto y lastimóse el tallo.  
Contra tí mismo el oprimido osa  
A tu alteza pedir severo fallo,  
Que es, aunque el cetro tuerza la malicia,  
Superior á los reyes la Justicia.

“Si de nuestra nacion sencilla y pura  
No quieres que tu nombre espanto sea,  
Limpia el borron que en mancha mas obscura  
Al ofensor que al ofendido afea.  
A Xóchitl, infeliz por su hermosura,  
Hoy devuelve el honor, que es su presea;  
Y si te niegas á llamarla esposa  
Fin á mi vida pon que hiciste odiosa.”

Trémulo á un tiempo de vergüenza é ira  
El turbado monarca le contesta:  
—“El pueblo en otro rey, si bien se mira,  
Nunca flaqueza halló tan manifiesta;  
(Así al hablar el déspota suspira.)  
Mas tampoco insolencia como ésta  
Con que mi enojo escitas importuno,  
Antes mostró jamas vasallo alguno.

“Viendo que honor y probidad la fuente

Son y la causa de tu ciego encono,  
 Olvido tu lenguaje irreverente  
 Que mereció castigo, y te perdono.  
 Por no ser al Estado conveniente  
 Xóchitl no subirá conmigo al trono.  
 Vuélveme tu amistad; yo te prometo  
 Que habrá de ser mi sucesor tu nieto.

“Con esposa y amigos, si prudentes  
 Júzgales tú, ve á Palpan cuando quieras,  
 Y allí, en union de Xóchitl, sus parientes  
 Permanecer podeis horas enteras.  
 Aumentaré tus feudos y las gentes  
 De mi favor señales verdaderas  
 En tí verán sin tasa cada día,  
 Sosten de la tolteca monarquía.”

No al padre halagan, no, promesas tales;  
 Mas, trocado su enojo en desaliento  
 Remedio por no hallar para sus males,  
 Dióse á la soledad y á su tormento.  
 Que si en pechos mezquinos ó venales,  
 Caro lector, allá en tu pensamiento  
 La deshonra y la dicha acaso ayuntas,  
 En noble corazón no caben juntas.

## SEGUNDA PARTE.

## I

*Mueren los padres de Xóchitl.—El mal ejemplo del rey  
 inficiona al pueblo.*

Desde que al lado de Xóchitl  
 En gracias y edad el niño  
 Fué creciendo, el rey dejóla  
 Señora de su albedrío.  
 Mas si rompió en apariencia  
 La prisionera sus grillos,  
 Quedó cerrada su cárcel  
 Con el candado del hijo.  
 Y en vano sus padres quieren  
 Que vuelva al hogar tranquilo  
 Donde la vieron dichosa  
 Limpia el alma, el honor limpio.  
 Ella sus consejos oye  
 Sin resolverse á seguirlos  
 Porque llevar no la es dado  
 A Meconétzin consigo.  
 Acusáronla de ingrata

Son y la causa de tu ciego encono,  
 Olvido tu lenguaje irreverente  
 Que mereció castigo, y te perdono.  
 Por no ser al Estado conveniente  
 Xóchitl no subirá conmigo al trono.  
 Vuélveme tu amistad; yo te prometo  
 Que habrá de ser mi sucesor tu nieto.

“Con esposa y amigos, si prudentes  
 Júzgales tú, ve á Palpan cuando quieras,  
 Y allí, en union de Xóchitl, sus parientes  
 Permanecer podeis horas enteras.  
 Aumentaré tus feudos y las gentes  
 De mi favor señales verdaderas  
 En tí verán sin tasa cada día,  
 Sostén de la tolteca monarquía.”

No al padre halagan, no, promesas tales;  
 Mas, trocado su enojo en desaliento  
 Remedio por no hallar para sus males,  
 Dióse á la soledad y á su tormento.  
 Que si en pechos mezquinos ó venales,  
 Caro lector, allá en tu pensamiento  
 La deshonra y la dicha acaso ayuntas,  
 En noble corazón no caben juntas.

## SEGUNDA PARTE.

## I

*Mueren los padres de Xóchitl.—El mal ejemplo del rey  
 inficiona al pueblo.*

Desde que al lado de Xóchitl  
 En gracias y edad el niño  
 Fué creciendo, el rey dejóla  
 Señora de su albedrío.  
 Mas si rompió en apariencia  
 La prisionera sus grillos,  
 Quedó cerrada su cárcel  
 Con el candado del hijo.  
 Y en vano sus padres quieren  
 Que vuelva al hogar tranquilo  
 Donde la vieron dichosa  
 Limpia el alma, el honor limpio.  
 Ella sus consejos oye  
 Sin resolverse á seguirlos  
 Porque llevar no la es dado  
 A Meconétzin consigo.  
 Acusáronla de ingrata

En el postrimer suspiro  
 La desconsolada madre  
 Y el noble honrado y altivo.  
 Ella, al saberlo, clavado  
 Sintió en el alma un cuchillo  
 Que es de irreparable culpa  
 Remordimiento infinito.  
 Y, no hallando ya del mundo  
 En el inmenso vacío  
 Quien cultive para ella  
 La dulce flor del cariño,  
 Al seductor apegóse  
 Su infamia echando en olvido,  
 Cual con el tiempo se apegó  
 Al carcelero el cautivo.

Fuése á vivir de la corte  
 En la opulencia y el brillo  
 Poniendo fin al misterio  
 De su deshonor asilo.  
 Y como acrecen los años,  
 Si cabe, sus atractivos,  
 Más y más al rey impone  
 El yugo de sus caprichos.  
 Dió feudos en abundancia  
 A sus parientes y amigos;  
 Dispuso de las riquezas  
 De la corona á su arbitrio,

Con larga mano impartiendo  
 Al necesitado alivio.  
 Empero de su privanza  
 El ejemplo fué nocivo  
 A la nobleza tolteca  
 Y al pueblo recto y sencillo  
 Que hasta allí culto en el trono  
 A la virtud ha rendido.  
 Y cuanto perdió el monarca  
 Veneracion y prestigio  
 Haciendo á la faz de todos  
 Patentes sus estravíos,  
 Tanto así ganan y cunden  
 En los súbditos sumisos  
 Antes á sus leyes sábias,  
 Los reprobados instintos  
 Del lujo y la inobediencia  
 Y los placeres y el vicio.—  
 Más fuerza traen si bajan  
 De las montañas los ríos,  
 Y abrasa la luz del sol  
 Si en el zenit está el disco.  
 Quien de la social esfera  
 Alcanza elevado sitio,  
 Lleva ejemplo y enseñanza  
 Del bien ó el mal en sí mismo.

## II

*Sube Meconétzin al trono.—Sus cualidades.*

Al terminar Tecpancáltzin  
De su gobierno el periodo,  
Que hacen leyes y costumbre  
Improrogable y forzoso;  
Como aversion desde jóven  
Tuvo siempre al matrimonio,  
Carece de hijos legítimos  
Y, cual antes ofreciólo  
Al noble irritado, sienta  
Al natural en el trono.

A éste alegan su derecho  
Dos parientes no remotos  
Quauhtli y Maxtlatin llamados,  
Sabios, valientes y mozos.  
Que entrambos en la nobleza  
Cuentan partido es notorio:  
Rigen Estados pequeños,  
Arman ejércitos propios:  
Si desairados se estiman,  
Con pretenderlo tan solo

Pueden causar en el reino  
Inapagable alboroto.  
Es preciso complacerles  
Y obrar con ellos de modo  
Que su interes sigan viendo  
En su adhesion, no en su odio.  
Pensando así Tecpancáltzin  
Halla de su fin el logro  
Trayéndoles junto al hijo  
A que le sirvan de apoyo.  
Los tres á Tula gobiernan:  
Empuña el cetro de oro  
Meconétzin y le imparten  
Consejo y luces los otros.

Aquel tomó de Topiltzin  
El nombre, y la causa ignoro.  
Es de apacible semblante  
Con muy espresivos ojos,  
Aunque le afea el cabello  
Crespo y apretado y toscos.  
Su gentil cuerpo en altura  
Y fortaleza es un olmo:  
Tiene el carácter afable,  
Noble el ánimo y brioso.  
Si manda es sin despotismo,  
Si castiga es sin enojo;  
En él amparo halla el bueno

Y, al par, la injusticia coto.  
Y así en los primeros días  
De haber ascendido al solio  
Fué de sus padres orgullo,  
Fué la esperanza de todos.

## III

*Se acercan los tiempos anunciados por el astrólogo.—Vision  
del rey en sus jardines.*

Mas ¡qué de esperanzas dulces  
El viento menor abate  
Cual árboles sin raíces,  
Cual edificios sin base!  
Tuercen el paso mancebos  
Que solo ejemplos constantes  
De honestidad y decoro  
Contemplan desde que nacen.  
¡Qué mucho, sí, que lo tuerza  
Quien advirtió desde infante  
Que en ir por senda torcida  
Son los primeros sus padres!  
¡Y más si debe á su origen  
Ser combustible su sangre

En tiempo en que del contagio  
La chispa cunde en los aires!

Tras años de marcha recta  
Y de gobierno admirable  
Que amor y alabanza escita  
En su pueblo y los distantes,  
Topiltzin de los placeres  
Dióse á la corriente fácil  
En cuyas ondas naufragan  
Sus mejores cualidades.  
No presta oído al consejo  
De sus colegas cual antes,  
Y da á sus reconvenciones  
Por toda réplica ultrajes.  
Con el poder absoluto  
Se alzó por completo y hace  
Dél eficaz instrumento  
De sus pasiones vulgares.  
Honra á cubierto no hubo  
Ni hacienda ó virtud que alcancen  
De su codicia ó torpeza  
Con buena estrella á librarse.—  
No de otro modo sin freno  
Corriendo el potro salvaje  
Malogra en las rubias mieses  
Del labrador los afanes;  
Enturbia del manso rio

Los transparentes cristales;  
Huella y destroza las flores  
Más esquisitas del valle.

Si aquesto debió Topiltzin  
A cuanto mira delante  
En palacio en su familia  
Y afuera en todas las clases,  
Dél estas imitan luego  
En proporciones mas grandes  
La corrupcion de que al cabo  
El reino entero hace alarde.  
Ni asilo contra ella fueron  
Los venerados teocalis  
Donde el fuego apagar dejan  
De su pudor las vestales.  
¡ Oh ceguedad inaudita!  
¡ Pueblo infeliz, rey infame  
Que así corréis al abismo  
Abierto á vuestras maldades!

El corazon de Topiltzin  
Disgusto mortal invade,  
Y distraccion halla solo  
En sus jardines y parques.  
En ellos, cabe una fuente  
Cuyo murmurio le place,  
Quedó un dia, si dormido

O si despierto, no sabe.  
A su inmediacion, del bosque  
Llega en giros espirales  
Sobre las alas del viento  
Y con las suyas de esmalte,  
Buscando las florecillas  
Que guardan miel en el cáliz,  
Bello colibrí, del fris  
En sus colores imágen;  
Pero mostrando espolones  
Que en él hasta allí vió nadie.  
Consigo mismo irritado,  
Pues piensa en aquel instante  
Que su loca fantasía  
Engendra caprichos tales,  
Cierra sus ojos el rey,  
O bien los lleva á otra parte  
A la sazon que se allega  
Del limpio caño á la margen  
Con grandes astas de ciervo  
Liebre espantadiza y ágil;  
Y que del bosque á la entrada,  
Con blancas ropas talaras,  
Se le aparece la sombra  
Del astrólogo Huemántzin.

Privóse el rey de sentido,  
Sin que al recobrarlo aclare

Si fueron estas visiones  
Hijas del sueño ó reales.

## IV

*El hambre y la peste.—Quauhili y Maztlatin  
se rebelan.*

En Tula por entonces de las aguas  
Regia la estacion :  
Sin tregua en el espacio de cien dias  
Con sus noches llovió.

Tempestad y huracanes y granizo  
Crecido y destructor,

A la lluvia tenaz su horrible furia  
Mezclan en confusion.

Todo anegado fué, menos las cumbres  
Que el pueblo coronó.  
Arboles y animales flotar viendo  
Desde allí con pavor.

Dique á sus cataratas pone el cielo  
Al cabo, y el crespon

De las espesas nubes se desgarran  
Y limpio brilla el sol.

Cuando la tierra en sus profundos senos  
Las aguas absorbió,  
Se hallaron sin hogar ni sementeras  
Magnate y labrador.

Este en vano en las húmedas montañas  
Sulcos sin dilacion  
Apresta del maíz al amarillo  
Grano que preservó.

Cual si hubiese agotado los tesoros  
De rios y vapor,  
De sus lluvias el cielo más de un año  
Niega á la tierra el dón.

Suele oirse del trueno allá á lo lejos  
La retumbante voz,  
Y á esperar el chubasco alegres suben  
Las gentes al peñol;

Mas la nube se aleja y, si de día  
Insólito calor  
Reina, noche con noche sus escarchas  
Esparce el aquilon.

Secas las fuentes y la mies sin jugo  
 Y el árbol sin verdor  
 Quedan, y emigran á remotos campos  
 El águila y coyotl.

En vano el pueblo en numerosos grupos,  
 De víveres en pos,  
 En los semblantes retratada el hambre,  
 Acude á su señor.

¿Qué puede el rey más alto de la tierra  
 Hacer por su nación  
 Si ésta las plagas sufre que la envía  
 La cólera de Dios?

Del trono mismo al pié la débil madre  
 El cándido licor  
 De sus pechos al niño dar no pudo  
 Que en ellos espiró.

Tras el hambre, la peste las ciudades  
 Convierte en panteon.

¡Cuán pocas vidas en el reino deja  
 Su infatigable hoz!

¡Dichosos ¡ay! los que murieron antes  
 De estos días de horror  
 En que se pega al paladar la lengua

Y estalla el corazón!

.....

Contra el rey, sus torpezas señalando,  
 Su irreligion y horrible tiranía  
 Cual causa de los males que sufría  
 El pueblo, alzóse grita general.  
 Y Maxtlátin y Quauhtli, que se han visto  
 Casi arrojados con baldon del trono,  
 Salen de Tula huyendo del encono  
 De su enemigo y de la peste al par.

A Xalisco sus pasos enderezan  
 Y en armas, al llegar, ponen su gente:  
 Unen á sus dominios prontamente  
 Varias provincias que de Tula son.  
 De guerra el grito resonó en los campos,  
 Y al arder las fogatas en la cumbre,  
 De escuálidos labriegos muchedumbre  
 Cerca de los rebeldes el pendon.

Topiltzin se acobarda, conociendo  
 Que le será funesta la pelea;  
 Pero con rico dón se lisonjea  
 De mantener la necesaria paz.  
 Y, por esfera una esmeralda enorme  
 Y la mesa y pared de oro macizo,  
 Un juego de balon al punto hizo

A sus diestros artifices labrar.

Con máquinas y mozos á millares  
 Cuando acabada fué tal maravilla  
 La envia á sus contrarios, y se humilla  
 El rey hasta pedirles su amistad.  
 "¿A qué á Tula venis si larga seca  
 Y el hambre y pestilencia asoladora  
 Tienen mi reino convertido agora  
 En asiento de muerte y soledad?"

Aquesta arenga al emisario enseña;  
 Mas, del regalo viendo la valía  
 Y el miedo femeníl de quien lo envía,  
 La audacia del rebelde se aumentó.  
 Jamás el oro la codicia apaga,  
 Y antes bien la estimula y acrecienta;  
 Ni la desdicha ni el peligro ahuyenta  
 Quien acercarse viéndolos tembló.

Sin dón alguno y con respuesta ambigua  
 A la corte regresa el emisario:  
 De Tula á poco el llano solitario  
 Vió al enemigo ejército llegar.  
 Y aunque éste, con salvajes alaridos  
 Que amedrentada la ciudad escueha,  
 A todo morador provoca á lucha:  
 El débil rey le recibió de paz.

Plazo pidió para medir sus armas  
 Con aquella irritada muchedumbre,  
 Y se le concedió, por ser costumbre  
 De improviso jamás acometer.  
 Y hácia Xalisco Quauhtli con su gente  
 La vuelta al punto da, pues allí en vano  
 Buscara de maiz un solo grano  
 Y fuente ó pozo en que abreviar la sed.

Así del mar las encrespadas olas  
 Su límite al besar playas adentro,  
 Vuelven con rapidez al hondo centro  
 Cuyos negros abismos nadie vió;  
 Mas, al influjo de los astros, tornan  
 A invadir la ribera al otro día.—  
 Se han de llevar el cetro y monarquía  
 Cual la olvidada red de un pescador.

*Topiltzin organiza su ejército.*

El plazo concedido al rey de Tula  
 Fué, segun averiguo, de diez años,  
 Y la ruda invasion de los rebeldes  
 Causó de pronto en él plausible cambio.

El golpe de la afrenta que recibe  
A despertarle fué de su letargo,  
Y, conjurar queriendo los peligros,  
Al ocio y los placeres dió de mano.

Y no bien de sus tierras assoladas  
Aléjase el ejército contrario  
Cual nube espesa de langosta en busca  
De más fértil región y nuevos pastos;

Celoso de su reino y honra propia,  
En la aplazada lid para salvarlos  
Se apareja con sábias providencias  
Y promulga decretos acertados.

De la ajustada tregua al pueblo impone  
Y habilita á los pobres de su erario  
Porque sesenta lunas de seguida  
Labren todos la tierra sin descanso.

Cedióles la mitad de las cosechas  
Y con el resto dellas hizo abasto  
Para dar á sus tropas en los días  
De la lucha el sustento necesario.

Y cuando vió provistos sus graneros  
Y nueva mies en los alegres campos,  
Y de tal bien al favorable influjo

Robustos y animosos sus vasallos;

Les llama el rey sin distincion de sexo  
Y les hace labrar flexibles arcos,  
La fuerte clava y lanza cimbradora,  
El ancho escudo y penetrante dardo.

Acopiadas las armas, al servicio  
Todo varon en Tula es convocado,  
Y en el hogar se quedan solamente  
Los enfermos, los niños, los ancianos.

De flecheros y honderos el monarca  
Forma y adiestra numerosos cuadros;  
Manda alzar parapetos y trincheras  
Y él mismo en la labor pone la mano.

De los rebeldes con la inmensa hueste  
Al acercarse el término del plazo,  
En dos cuerpos su ejército divide  
Y da á Huehuetnucátl del uno el mando.

Le hace avanzar con él hasta Tlahuica  
A que dispute al invasor el paso,  
Y con los nobles y el segundo cuerpo  
El rey en Toltitlan queda á esperarlo.

Al aspecto marcial de las legiones

Renacer en su pecho el entusiasmo  
Sintió Tecpancaltzin, que las arenga  
Con débil voz, en Xóchitl apoyado.

Nuevo brío á la flor de los guerreros  
Con saludo gentil y gesto blando  
Infunde la arrogante favorita,  
De belleza sin par, sol sin ocaso.

De vencer ó morir el noble intento  
Abrigan en comun pechos bizarros,  
Y en las nubes y entrañas de las aves  
Todos del triunfo ven feliz presagio.

¡Ay! Así brilla lánguida bujía  
Agonizante ya, con vivo lampo,  
Y nunca luce más que al extinguirse  
En la lóbrega noche el fuego fátuo!

## VI

*La campaña.—Derrota y dispersion de los toltecas.—Topiltzin logra salvar su vida.*

Vienen á despertar de sueños tales  
Al rey de su nobleza rodeado,

Veloz el paso, el rostro demudado  
Y en el solo ademan nuevas fatales,

Del avanzado cuerpo fugitivos;  
Y Huetnucétl y algunos capitanes  
El malogro á contar de sus afanes  
Llegan á poco, tristes aunque altivos.

Del rey la hueste al verles se alborota  
De ira sintiendo al par vagos temores,  
Y agrúpase á escuchar los pormenores  
Del rudo encuentro y la sangrienta rota.

Empuje aterrador hizo el contrario  
Y en el tolteca halló firme muralla,  
Y dióse cada día una batalla  
Con ardor siempre igual y éxito vario;

Hasta que, al fin, del número vencidos  
Del invasor que cual serpiente ondula  
Y les cerca y constriñe, los de Tula  
Quedaron prisioneros ó tendidos.

¡Mas no fué sin honor! Terrible estrago  
Hicieron al caer como alta encina;  
De ambas huestes al pié de la colina  
Forma la roja sangre un mismo lago.

En vano Huetnucátl, sereno y fuerte  
Mientras del triunfo alienta la esperanza,  
Solo viéndose ya, rota su lanza,  
Con despecho y afán buscó la muerte.

Su estrella, más adversa que propicia,  
Tan noble anhelo á coronar se niega  
Porque del triste fin de la refriega  
Él mismo á su señor lleve noticia.

Dábala como actor y fiel testigo,  
Dábala aún, cuando del monte enhiesto  
Guerrero anciano en atalaya puesto  
Grita con ronca voz: "¡El enemigo!"

Y la desordenada muchedumbre  
Se agita á un solo impulso, á la manera  
Que al aquilon la rubia sementera  
Desde el tendido llano hasta la cumbre.

Fórmase en cuadros la legion valiente,  
En alas estendidos los honderos,  
Y avanzan los de clava los primeros  
Al rey y á Huetnucátl llevando al frente.

Choque de dos corrientes encontradas  
Dió principio á la insólita contienda;  
Vuelan doquier en confusion horrenda

El penacho y carcax, miembros y espadas.

¡Oh rey! ¡Oh pueblo! Si del mundo escoria  
Os hizo aparecer el vicio un día,  
Ha sido de leon vuestra agonía  
Y os ha sobrevivido vuestra gloria!

Veces cuarenta el sol el rudo embate  
Del invasor os vió sufrir serenos  
Siendo, aunque cada vez érais ya menos,  
Reñido más y más cada combate.

Los jóvenes, cediendo á la fatiga,  
Caen; pero las armas de sus manos  
Reciben las mujeres, los ancianos;  
Teepancáltzin lidió junto á su amiga.

¡Valor que en vano en resistir se empeña!  
Cuando el postrero sol bajó al ocaso,  
Vencedor el contrario, abrióse paso  
Como el alud que al valle se despeña.

Y á su venganza y gritería infandas  
Se alzan del sueño de la tumba fría  
Para ver acabar su monarquía  
De los reyes las sombras venerandas.

Su descendiente, aquel en cuyas manos

Se desbarata el cetro antes glorioso,  
 Busca su salvacion, ora en el foso,  
 Ora yendo por bosques y pantanos.

Escasa turba de vasallos fieles  
 En la azarosa fuga le acompaña;  
 Mas le persigue el vencedor con saña  
 Cual van tras el venado los lebreles.

Para darle una vez tiempo á que huya,  
 Con poca, sí, pero animosa gente  
 Huetnuatl al contrario haciendo frente,  
 Salvó la vida al rey, perdió la suya.

De Topiltzin no lejos, con innoble  
 Furor brutal apresan á su infante  
 Que con el ama huía, y al instante  
 Los bárbaros le estrellan contra un roble.

¡Padre infeliz! ¡Monarca sin ventura!  
 ¡Mejor que conservar la inútil vida  
 Te fuera en la campaña enrojecida  
 Hallar entre los muertos sepultura!

De cansancio y terror la sangre yerta  
 Miras desde honda cueva cómo parte  
 El vencedor ufano, su estandarte  
 A enarbolar en la ciudad desierta;

Mientras por sendas áridas y angostas,  
 Para no presenciar nuevos horrores,  
 Dispersos los antiguos moradores  
 Van del distante mar hácia las costas.

## VII

*Conclusion.*

Su gente vencida viendo  
 Xóchitl, fiada en su sino,  
 Entre el desórden horrendo  
 Al rey padre conduciendo,  
 Toma escusado camino.

Del puesto sol la luz clara  
 Aun brilla en el horizonte;  
 Del vencedor la algazara  
 Oyendo, al entrar al monte  
 Con susto vuelven la cara.

Mas nadie les ha seguido,  
 Y por quiebras ó pantanos  
 Marchan sin hacer ruido,  
 Atento siempre el oído,  
 Sin desasirse las manos.

Dudando si en su temor  
 La imaginacion lo fragua,  
 De un bosque en el interior  
 Oyen á poco el rumor  
 Que forma corriendo el agua.

Atravesando de frente  
 El bosque, en aromas rico,  
 Hallaron súbitamente  
 El borde tajado á pico  
 De un espumoso torrente.

De maleza y espadañas,  
 Arboles, juncos y cañas  
 Entrambas márgenes llenas,  
 Dejan ver el agua apenas  
 Del abismo en las entrañas.

Brinda á su través con paso  
 No de peligros escaso  
 Al viandante campesino,  
 A la accion del tiempo acaso  
 Caído, el tronco de un pino.

Salvo se juzgó el monarca  
 Cuando con la vista abarea  
 El sitio y sus accidentes,  
 Que en toda aquella comarca

No es fácil que haya dos puentes.

Piensa con Xóchitl pasar  
 Y ese tronco secular,  
 Con su bordon por palanca,  
 De la otra orilla empujar  
 Al fondo de la barranca.

Si el contrario le ha seguido  
 Burlado está sin remedio,  
 Pues se verá detenido,  
 El tronco una vez caído,  
 Quedando el abismo en medio.

En este plan confiando  
 Y á la fatiga cediendo,  
 Fuerzas cobrar esperando,  
 Siéntase en el césped blando,  
 Xóchitl otro tanto haciendo.

Y de peligro inminente  
 Sin hallar leve barrunto,  
 Teniendo á la mano el puente,  
 Al són de la honda corriente  
 Así se hablaron un punto:

Hablaba aún, su mejilla  
 Sulcando lágrima ardiente,  
 Y extraño rumor creciente  
 Creyó escuchar en la orilla  
 Que no es el son del torrente.

De hojas secas el crugido,  
 Como cuando el pié las quiebra,  
 De entrambos llega al oído.  
 ¿Ráfaga de viento ha sido?  
 ¿Se acerca astuta culebra?

Del agonizante día  
 En la espesura sombría  
 La claridad entra apenas:  
 De miedo Xóchitl sentía  
 Su sangre helarse en las venas.

Al anciano á huir conjura  
 En sus movimientos tardo,  
 Y levantarle procura  
 Cuando, de su hombro á la altura,  
 Silbando atraviesa un dardo.

Súbite espanto la embarga,  
 Mas darle imperio rehusa;  
 Al rey atónito carga,  
 Y oye á distancia no larga.

De voces mezela confusa.

Gana con paso ligero  
 El atravesado pino  
 Y en equilibrio certero  
 Avanza; mas de contino  
 Se está cimbrando el madero.

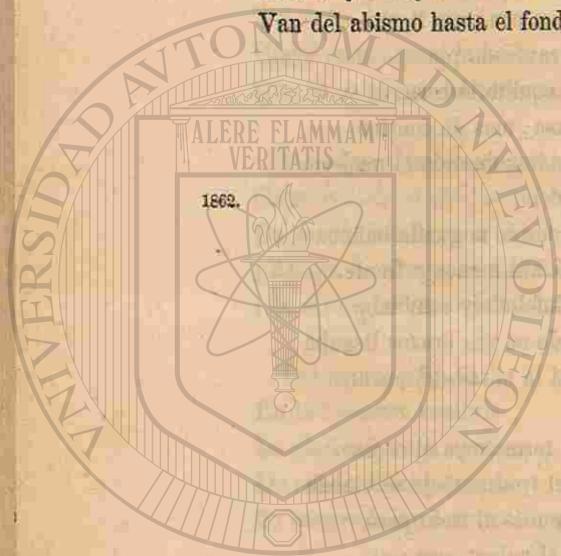
Sudor de angustia bañaba  
 A Xóchitl manos y frente,  
 Y el infeliz rey temblaba  
 Cuando en sus brazos llegaba  
 Casi á la mitad del puente.

Su terror toca al exceso,  
 Que el tronco añejo se blande  
 Más y más al rudo peso,  
 Y va el peligro con eso  
 Cada vez siendo mas grande.

A la orilla abandonada  
 Salió la turba enemiga  
 Tras el prófugo lanzada:  
 Fué tardía su llegada,  
 Inútil fué su fatiga.

Depone flechas y mazos,  
 Que, con estrépito hondo

Roto el pino en dos pedazos,  
Xóchitl y el rey en sus brazos  
Van del abismo hasta el fondo.

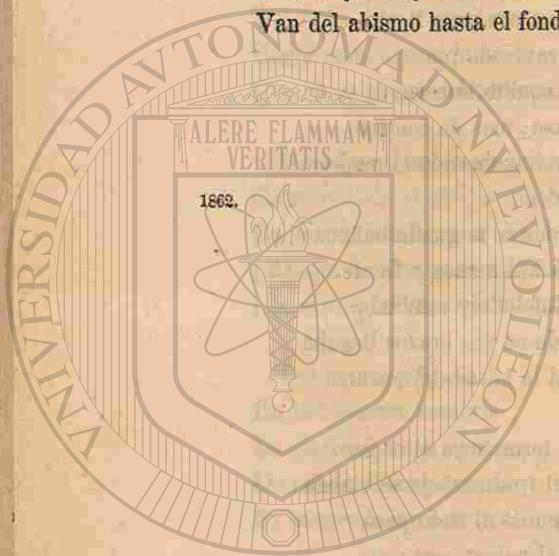


## EMIGRACION DE LOS AZTECAS

HACIA EL ANAHUAC.

Por quebras y llanura  
Que arena ingrata alfombra;  
Sin fuentes ni verdura  
Ni árbol de amiga sombra,  
Habita pueblo innúmero  
En el país de Aztlan.  
Las tumbas veneradas  
Tiene de sus mayores,  
Y en sólidas moradas  
Arrostra los rigores

Roto el pino en dos pedazos,  
Xóchitl y el rey en sus brazos  
Van del abismo hasta el fondo.



## EMIGRACION DE LOS AZTECAS

HACIA EL ANAHUAC.

Por quebras y llanura  
Que arena ingrata alfombra;  
Sin fuentes ni verdura  
Ni árbol de amiga sombra,  
Habita pueblo innúmero  
En el país de Aztlan.  
Las tumbas veneradas  
Tiene de sus mayores,  
Y en sólidas moradas  
Arrostra los rigores

De ardiente sol y el ímpetu  
También del huracán.

Mas á las veces sueña  
Con fértiles campiñas  
En que de parda peña  
Brotó el riego á las viñas;  
Donde hay templados céfiros  
Y lagos de cristal;  
Y en el sagrado asilo  
Del bosque las palomas  
Cantan su amor tranquilo,  
Y en transparentes gomas  
Vierten nudosos árboles  
El ámbar y el copal.

Sueña y vivaz deseo  
De ir á esos campos siente  
Que en tan vistoso arreo  
Suele pintarle enfrente  
Con sus colores fúlgidos  
La mágica ilusion.

Y teme, si abandona  
Sus tumbas y sus lares  
Por la distante zona  
De mirtos y palmares,  
De la deidad colérica  
Llevar la maldicion.

Con inefable gusto  
Un día vió el caudillo  
En espinoso arbusto  
Posarse un pajarillo  
De azul plumaje, prófugo  
De su natal region;  
Y oyó que así decia  
En los desnudos ramos  
Cantando: "Al Mediodía  
Vamos aprisa, vamos;"  
Y al pueblo con voz trémula  
Convoca Huitziton.

Llega, de asombro llena,  
La muchedumbre vária  
A oír la cantilena  
Del ave solitaria,  
Sin que del gefe crédito  
A los relatos dé.

Y el ave entre los ramos  
Con dulce melodía  
Canta y repite: "Vamos,  
Vamos al Mediodía;"  
Y el pueblo entonces póstrase  
Del rudo espino al pié.

—" Si órden del alto cielo  
A divulgar aciertas,

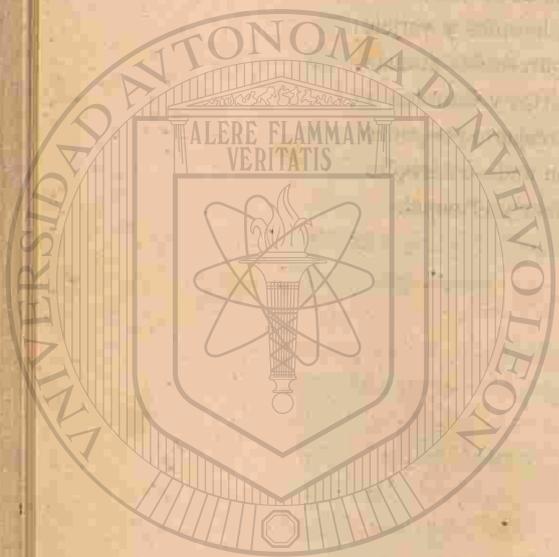
No alces agora el vuelo  
Sin dar señales ciertas,"  
Ante el gentío atónito  
La dice Huitziton.  
Y ella, al dejar los ramos,  
Mientras sus alas tiende,  
"Vamos aprisa, vamos,"  
Grita y los aires hiende  
Perdiéndose en la límpida  
Meridional region.

—"La voluntad patente  
Del Númeron hoy se muestra,"  
El gefe reverente  
Dijo, y alzó la diestra  
Que reforzado báculo  
Asido enseña ya.

Al niño el jóven fuerte  
Carga y al padre anciano,  
Y hácia el hogar convierte  
Sus ojos; por el llano,  
Cual gigantesca víbora,  
En marcha el pueblo va.

Ante la alzada sierra  
Su planta no vacila;  
El cance no le aterra  
Del espumoso Gila;

Sueña con tibios céfiros  
Y lagos de cristal;  
Con bosques y verjeles  
Do esparcen sus aromas.  
Los mirtos y laureles,  
Y en transparentes gomas  
Vierten nudosos árboles  
El ámbar y el copal.



DIVISION DE LOS AZTECAS

DURANTE SU PEREGRINACION.

A MI AMIGO EL SR. LIC. D. MANUEL RAMIREZ APARICIO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Tras años de marcha lenta  
Por espaciosos desiertos  
Do grandes fábricas alzan  
Parada en ellas haciendo,

Los hijos de Aztlan llegaron  
A fértil valle risueño  
Ce rca de Tula estendido  
Sin m as límite que el cielo.

Hasta allí fueron acordes  
En voluntad y deseos,  
Al imperioso mandato  
Del alto Númer sujetos.

Pero la insomne codicia,  
De la discordia venero,  
Resuelve entonces tentarles  
Con peregrino suceso.

Hallan, al nacer el día,  
Dos bultos del campo en medio:  
El uno rica esmeralda  
Tiene y el otro dos leños.

Que es regalo de los dioses  
La joya pensaron luego,  
Y della en reñida lucha  
Los mas fuertes se hacen dueños.

Miran el segundo bulto  
Los vencidos con desprecio;  
Mas Huitziton lo levanta  
Queriendo ilustrar al pueblo.

Restrega un leño con otro  
Y, coronando su esfuerzo,  
Las secas fibras se inflaman,

Brillante aparece el fuego.

La plebe, que carecia  
De tan útil elemento,  
A su caudillo bendice  
Alegre y pasmada á un tiempo.

El da suelta á sus palabras,  
A que prestan mayor peso  
La austeridad del semblante,  
La blancura del cabello.

—“No son las riquezas, dice,  
El don mejor de los cielos,  
Ni vence en todas las luchas  
La fuerza brutal sin freno.

Que han destinado los dioses  
En sus designios secretos  
La primacía al trabajo  
Y á la inteligencia el cetro.”—

Unidas en marcha á Tula  
Ambas facciones siguieron;  
Mas para el gérmen del odio  
Siempre es fecundo el terreno.

Años despues y ya echados

De México los cimientos,  
De sus hermanos se apartan  
Los de la esmeralda dueños.

A Tlatelolco fundaron,  
De sus monarcas asiento:  
La historia da testimonio  
De sus arrojados hechos.

Mas los tenochques humildes  
Que, de su constancia en premio,  
Ven sus cabañas trocadas  
En edificios soberbios,

La corte de sus contrarios  
Unen, al fin, á su imperio,  
Y así la verdad confirman  
De los axiomas del viejo.

1862.

## ESCLAVITUD Y EMANCIPACION DE LOS AZTECAS

EN COLHUACAN.

I

En Zumpango y Tizayuca  
Y el Tepeyac, hoy sagrado,  
Y Chapultepec, que ha sido  
De hechos bélicos teatro,

Los emigrados aztecas  
Tomaron breve descanso,  
Y de Acocolco en las islas  
Establecieron al cabo.

De México los cimientos,  
De sus hermanos se apartan  
Los de la esmeralda dueños.

A Tlatelolco fundaron,  
De sus monarcas asiento:  
La historia da testimonio  
De sus arrojados hechos.

Mas los tenochques humildes  
Que, de su constancia en premio,  
Ven sus cabañas trocadas  
En edificios soberbios,

La corte de sus contrarios  
Unen, al fin, á su imperio,  
Y así la verdad confirman  
De los axiomas del viejo.

1862.

## ESCLAVITUD Y EMANCIPACION DE LOS AZTECAS

EN COLHUACAN.

I

En Zumpango y Tizayuca  
Y el Tepeyac, hoy sagrado,  
Y Chapultepec, que ha sido  
De hechos bélicos teatro,

Los emigrados aztecas  
Tomaron breve descanso,  
Y de Acocolco en las islas  
Estableciéronse al cabo.

Su vida allí medio siglo  
 Fué de miseria dechado,  
 Sin mas ropa ni alimento  
 Que hojas y peces del lago.

La libertad, su bien solo,  
 Si serlo puede en tal caso,  
 Les arrebatan los cólhuis  
 Y destos quedan esclavos.

Con suerte tan ominosa  
 A Tizapan trasladados,  
 De Aztlan las áridas tierras  
 Echaron menos acaso.

## II

Por agravios que no es mucho  
 Que la historia no consigne,  
 A sus tiranos la guerra  
 Declaran los xochimilques.

Y es adelante llevada  
 Con signo tan infelice  
 Para aquellos, que contaron  
 Por sus derrotas sus lides.

A los esclavos acuden,

Que del terror en los lindes  
 Se vuelven blandas las rocas  
 Y halagadores los tigres.

Resueltos ya los aztecas  
 En tal sazón á lucirse,  
 Construyen largos bastones  
 De fuertes puntas sutiles.

Llevan un cesto en el brazo,  
 Llevan rodela de mimbres,  
 Y en la diestra encallecida  
 Sendos puñales de iztli.

Trábase la lucha y ellos,  
 Mientras sus amos compiten  
 En apresar mas contrarios  
 Que su valor atestigüen,

De los palos con ayuda  
 Asaltan islas y esquifes,  
 Páran de la maza el golpe  
 Con ingeniosos ardidés;

Abrazan al enemigo,  
 Luchan un punto, le rinden,  
 Ambas orejas le cortan  
 Qué el hondo cesto recibe;

Y en pos de víctimas nuevas  
Se arrastran como reptiles,  
Y á su aspecto huyen al monte  
Vencidos los xochimilques.

## III

Grande ha sido la victoria  
De Colhuacan, y el monarca,  
Sentado en rústico trono,  
A sus combatientes llama.

Allí engreídos los cólhuis  
Muestran en hileras largas  
Sus prisioneros y, al verles,  
El rey su valor alaba.

Cuatro los aztecas tienen  
Ocultos, con fuerte guardia;  
Mas no lo saben sus amos  
Ni su designio se alcanza.

Preséntanse al pié del trono  
Sin cautivos, y en voz agria  
El imperante les echa  
Su miedo ó torpeza en cara.

Y el pueblo que les pedía

Ayuda en horas aciagas,  
Viendo alejado el peligro,  
Dellos se burla á sus anchas.

Por toda respuesta, al punto  
Los cestos cubiertos sacan  
Y vuelcan, formando pilas  
De orejas ensangrentadas.

—Por estas señales, dicen,  
Inferid si en la batalla  
Ociosas en nuestras manos  
Permanecieron las armas.

Si, en vez de obrar deste modo,  
Hemos hecho inútil carga  
De vencidos, todavía  
La tremenda lid durara.”

Asaz inquietos los cólhuis  
Quedaron esa mañana,  
Que esclavos que así se portan  
El yugo en romper no tardan.

## IV

Alzando en Huitzilopocheo  
A su deidad los aztecas

Altar, para dedicarlo,  
Pidieron al rey ofrenda.

Con los sacerdotes cólhuis  
En costal de burda tela,  
Por demostrarles desprecio,  
Les envía un ave muerta.

El agravio disimulan  
Y en las nuevas aras dejan  
Largo puñal de obsidiana  
Entre aromáticas yerbas.

Y cuando el sol en su curso  
Trajo el día de la fiesta,  
Presentes monarca y nobles  
Que intentan burlarse della;

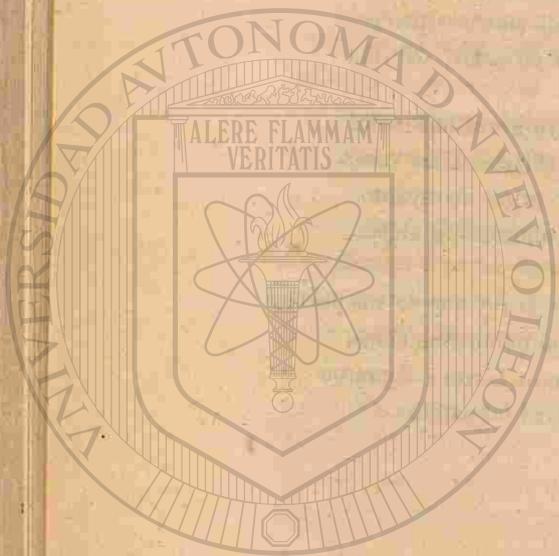
Sacan los cuatro cautivos,  
Hácenles bailar en rueda;  
Oblíganles á tenderse  
Del ara en el ancha piedra;

Con el cuchillo les abren  
El pecho en ruda faena,  
Y el corazón les arrancan  
Que al pié del ídolo humea.

Tales fueron los humanos  
Sacrificios en mi tierra,  
Que desde entonces parece  
Que está de sangre sedienta.

La suya los cólhuis todos  
Sienten helarse en las venas,  
Y dando gritos de espanto  
Hacia Colhuacan se alejan.

Manda el rey que de sus pueblos  
Salgan al punto esas fieras,  
Y á peso de horror compraron  
Su libertad los aztecas.



FUNDACION DE MÉXICO.

A MI AMIGO EL SEÑOR DON ANGEL NUÑEZ.

I

Despues que el estraño yugo  
Que en sanguinaria la trueca  
Rompióse, á la tribu azteca  
Dejar á Ixtacaleco plugo.

Hácia el Norte se adelanta  
Como por instinto vago,  
Y en una roca del lago  
Descubre indígena planta.

Y en rama y hojas, tupidas  
De espina que las resguarda,  
Posada un águila parda,  
Las grandes alas tendidas.

Ante el nopal y la peña,  
La onda y el águila grave  
Y áspid inquieto que el ave  
Con pico y garras domeña,

Ve coronado su intento,  
Que son la señal, en suma,  
De que pondrá en esta espuma  
De una ciudad el cimiento.

En insólita alegría  
Trocados ya sus pesares,  
Fama es que en rudos cantares  
El pueblo azteca decía:

## II

## CORO.

Cumplióse del Númen  
La oferta sagrada,  
Y á nuestra jornada  
Aquí damos fin.

Del lago tranquilo  
Serán los espacios  
Ciudad de palacios,  
Eterno jardín.

## UNA VOZ.

¡Qué bien que retrata  
La clara laguna  
La luz de la luna  
Y el fuego del sol!

## UN SACERDOTE.

Se erija á Mexitli  
Altar en la roca:  
Si el pueblo le invoca  
Darános favor.

## OTRA VOZ.

Merced á la industria  
Que doma elementos,  
En la agua cimientos  
Pondrémos al fin.

## CORO.

Del lago tranquilo  
Serán los espacios  
Ciudad de palacios,  
Eterno jardín.

## III

La tribu alzó santuario  
De verdes flexibles cañas,  
Y también pobres cabañas  
Junto al peñon solitario.

Y tal fué la humilde cuna  
De México, que en su historia  
Retrata en desdicha y gloria  
Las vueltas de la fortuna.

De Itzcohuatl engrandecida,  
Bajo Tizoc respetada,  
Con Moctezuma aherrojada  
Y con Guatimoc vencida,

Vió elevarse en su recinto  
Sobre sus aras profanas  
Las basílicas cristianas  
Y el pendon de Cárlos Quinto.

De indígenas y extranjeros  
Surgir una raza mista  
Que á la colonia conquista  
De libre nacion los fueros.

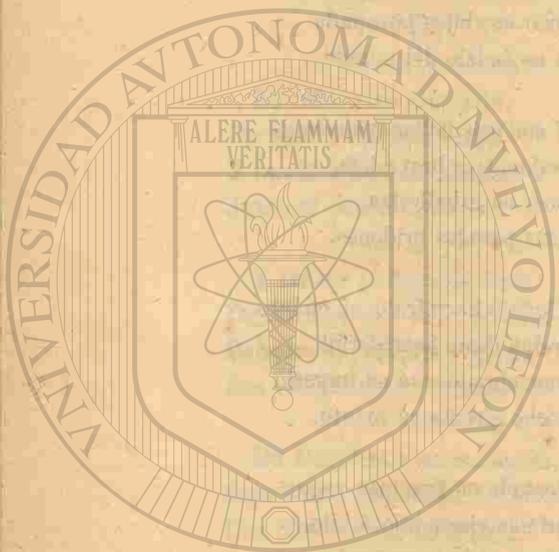
Despues, en odio profundo  
Y en fraterna lid menguada,  
Cruzar sus hijos la espada  
Con escándalo del mundo.

Y sus mas bellas mansiones  
El sajón, tras breve liza,  
Trocar en caballeriza  
De sus pesados bridones.

¡Cuánto ha sufrido, sí, cuánto  
La reina deste hemisferio!  
Desmembrado está su imperio  
Y hecho girones su manto.

Sentada en frondosa vega  
Lágrimas vierte hilo á hilo,  
Y acrece el lago tranquilo  
Y así en su llanto se anega.

Y medita en sus dolores,  
Presa de rudos afanes,  
A la luz de sus volcanes  
Y al vaiven de sus temblores.



CASAMIENTO

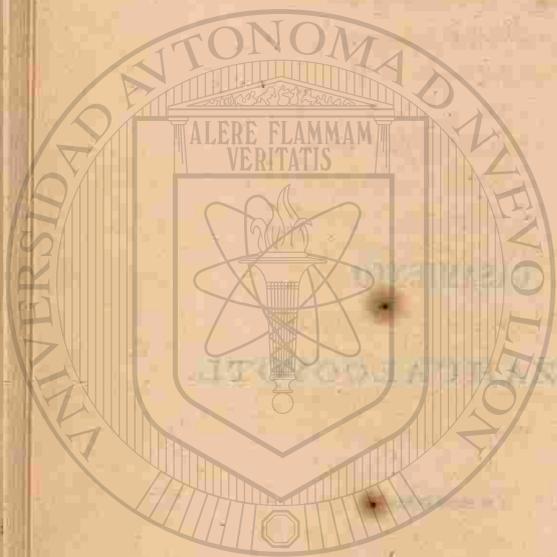
DE NEZAHUALCOYOTL.

A MI AMADO HERMANO

EL LIC. D. RAFAEL ROA BARCENA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ROMANCE PRIMERO.

LA EMBOSCADA.

Desde que Itzcohuatl dió impulso  
Con alto valor é ingenio  
De México al pueblo humilde  
Próspero bajo su cetro,

El yugo quebrando antiguo  
Merced á insólito esfuerzo  
Y en poco más de diez años  
Ricos en grandes sucesos,

De paz y guerra con artes  
A tributarios trayendo

Los reyes de quienes eran  
Sus propios vasallos siervos;

Vencidos los tepaneques,  
Ensanchados los linderos  
De la ciudad que hermosea  
Con puentes, palacios, templos;

De Acolhuacan en el trono  
Un vástago chichimeco  
Puso y con él hizo alianza  
Y el rey de Tacuba á un tiempo,

Comprometidos quedando  
A prestarse todos ellos  
En dichas y adversidades  
Cooperacion y consejo.

Muerto Itzcohuatl, Moctezuma,  
De aqueste nombre el primero,  
Rayo en la lid y en la tregua  
Esperanza de los buenos,

En el poder sucedióle  
Y con nudos más estrechos  
Quiso afirmar la alianza

A que Itzcohuatl dió cimientto.

Y su amistad y su influjo  
Puso de tal modo en juego,  
Que al fin, por razon de Estado,  
No por amoroso incendio,

De Acolhuacan el monarca  
(Nezahualcóyotl por cierto)  
Que en esclavas favoritas  
Hijos tuvo ya diversos,

Queriendo sucesor digno  
Darse en el trono, ha resuelto  
Del rey de Tacuba unirse  
Con la hija en casamiento.—

Pedida Matlalcihuátzin  
De embajadores por medio,  
Fué conducida á Texcuco  
Por Moctezuma y sus deudos.

Mientras su entrada celebran  
Con bulliciosos festejos  
En tierra firme y el lago  
Los vasallos de ambos sexos;

Mientras los nobles la aclaman

Joya rica, luz del cielo,  
Y en ella el pueblo ve un ángel  
De larga paz mensajero,

Y la servidumbre activa,  
Sin desperdiciar momento,  
Para las bodas dispone  
Manjares, músicas, juegos;

Noticia funesta cunde  
Del uno al contrario extremo  
De la ciudad, la alegría  
Matando en todos los pechos;

Y los monarcas se encierran  
En retirado aposento,  
De males sobrevenidos  
A discurrir el remedio.

Mira con ojos de envidia  
La dicha de los tres pueblos  
Y así, en su impotencia propia,  
Trata de amargarla al menos,

Toteótzin, señor de Chalco,  
Vencido en varios encuentros

Y á quien, teniéndole en poco,  
Dejó el vencedor sus feudos.

Cuando Itzcohuatl gobernaba,  
Su sucesor el guerrero  
Moctezuma fué á Texcuco  
De embajador, y volviendo

A dar cuenta de su encargo,  
Sin atencion á sus fueros  
Le hizo prender Toteótzin  
Y túvole en cautiverio,

En tal ocasion la vida  
Y la libertad debiendo  
Al espontáneo cariño  
De sus mismos carceleros.

Al trono despues alzado,  
Llevó el espanto y el duelo  
Con sus triunfantes legiones  
De aquella region al centro;

Y en rudos combates hizo  
Numerosos prisioneros  
Cuya sangre, al coronarse,  
Las gradas manchó del templo.

Sin elementos de fuerza  
 Aquel Estado pequeño  
 Para librar á las armas  
 De su venganza el proyecto,

Y siendo ya el soberano  
 Entrado en años y enfermo,  
 Él y los súbditos guardan  
 Odio y vergüenza en el seno,

De satisfacer el uno  
 Y borrar de un modo artero  
 La otra en sazon propicia  
 Quedando, al par, en acecho.

Dos príncipes de Texcuco  
 Que al lustro llegan tercero  
 Y á quienes Nezahualcóyotl  
 (Si nó les destina el cetro)

Por su ardor y bizarría,  
 De tal edad compañeros,  
 Que á ingenio claro se adunan  
 Consagra especial afecto,

Salieron acompañados

De tres señores de México  
 Numerosa comitiva  
 Tras sí llevando á lo lejos,

A recibir á la jóven  
 Destinada por el cielo  
 A compartir con su padre  
 Tálamo y corona á un tiempo;

En rendir á la princesa  
 Pleito homenaje queriendo  
 Ser entre la inmensa turba  
 De súbditos los primeros.—

Batiendo sus grandes alas  
 Teñidas de pardo y negro,  
 Aguila feroz que *itzquáhuitli*  
 Llamán, se lanzó de un cedro

Donde en el vecino bosque  
 Tomaba reposo, al viento,  
 Y con majestad se cierce  
 Sobre el angosto sendero.

Los príncipes viendo el ave  
 Sus arcos aprestan luego,  
 Parten dos flechas silbando  
 Y viene el águila al suelo.

Mas, no bien las peñas toca  
Y dando chillidos recios,  
Hace poderoso impulso,  
Bate sus alas, de nuevo

Al Hiende el aire y va á posarse  
Del monte en lo mas espeso.  
Los príncipes, sospechando  
Cual cazadores espertos

Que estando herida no puede  
Andar ni volar gran trecho,  
Corren tras ella y les siguen,  
Aunque con algun recelo,

Los señores mexicanos,  
Haciéndoles ver que hay riesgo  
En internarse en los montes  
De Chalco al Estado anexos.

Cerca sintiéndoles, torna  
A alzar el itzquáuhтли el vuelo,  
Y ellos tenaces ni un punto  
Páranse á tomar aliento.

Y cuando en áspera roca  
El águila, sin tenerlo  
Para más volar, hacia

De lucha terrible aprestos,  
Agudas garras mostrando  
A sus enemigos tercos  
En quienes miedo no pone  
De sus pupilas el fuego,

Salió del bosque cercano  
Turba de esbirros chalqueños  
Y príncipes y señores  
Quedaron súbito presos,

Despojados de sus armas  
Y de ligaduras llenos;  
Y como leon caído  
En foso recién abierto

Por el pastor que no tiene  
De sujetarle otro medio,  
Al verse humillados rugen  
De pesadumbre y despecho.

Llano y veredas escusan  
Los aprensos perversos,  
Y así por selvas y montes  
A Chalco llevados fueron,

Donde atambores y flautas,

Gritos y feroces gestos  
Prueban que son los cautivos  
Tenidos en alto precio.

En vano la comitiva  
De los ilustres mancebos  
Dos leguas á la redonda  
Vagó explorando el terreno;

Y el bosque en vano ensordece  
Con alaridos siniestros  
A que responden tan solo  
Por todas partes los ecos.

Viendo que ya el horizonte  
El rojo sol ha traspuesto  
Y teniendo á los enojos  
De Nezahualcóyotl miedo,

Se apartan y se dispersan  
Los servidores inquietos  
Y á sus hogares se vuelven  
Sin dar razon del suceso.

A la siguiente mañana,  
Cuando con júbilo inmenso

De la princesa el arribo  
Celebran nobles y pueblo,

Llegan del rey á presencia  
Dos humildes viajeros  
Y le refieren que han visto  
En el camino á los presos,

Atados unos con otros,  
De Chalco el rumbo siguiendo,  
Pálido el rostro de ira,  
De sus guardianes en medio.

El rey de angustia indecible  
Sintió el corazon opreso,  
Que á Toteótzin conoce  
Y de su odio está cierto;

Mas, siendo en sus providencias  
Tan avisado y discreto  
Cuanto fogoso en las lides  
En que se espone el primero,

Iras reprime y á Chalco  
Quiere enviar mensajeros  
Que á los cautivos rescaten

Llevando regalos regios.

Dificultad no prevista  
Puso á sus planes tropiezo:  
Sabido que á embajadores  
No guarda el menor respeto

El tiranuelo de Chalco  
Nunca, pues, sin ir mas lejos,  
Puede en el caso presente  
Dar fe Moctezuma dello;

Más que á llevarle propuestas  
Del rey conforme al deseo  
Afrontando estéril muerte  
O injurias graves al menos,

A marchar al punto en armas  
Con ellas entrar haciendo  
A Toteótzin en juicio  
Están los nobles dispuestos.

Con tal opinion no hallóse  
Nezahualcóyotl de acuerdo,  
Que obrando así, de sus hijos  
Mas inminente hace el riesgo.

Pero justo, cual la historia

Ofrece pocos ejemplos,  
Ni el amor de padre unido  
De su autoridad al celo

Hizo que, de hacienda y vidas  
Siendo él absoluto dueño,  
Se resolviese á esponerlas  
De su familia en provecho.

Y en alcoba solitaria,  
Formando planes diversos  
Que desecha casi al punto,  
Quedó el monarca perplejo.

Cuanto gentil y modesta  
De ánimo firme y resuelto  
Que los peligros atraen  
Como el iman al acero,

La princesa de Tacuba,  
En quien del rey el aspecto  
A su escelsa fama unido  
Prendió generoso fuego,

Comprende la horrible angustia  
De aquel corazon paterno,  
Contra los nobles se indigna

Y adopta partido estremo.

Junta sus joyas mejores,  
Sus mas esquisitos lienzos;  
Llama á su esclava, alojada  
En el vecino aposento,

Y al anochecer el dia  
Y dando á la esclava un cesto,  
Del texcucano palacio  
Con ella sale en silencio.

“Trayendo al padre sus hijos,  
La dicen sus pensamientos,  
Podrá medir el tamaño  
De tu adhesion y tu afecto.

“Su tálamo y su corona  
No satisfacen tu anhelo  
Mientras convertir no logres  
En profundo amor su aprecio.”

Y entretenida discurre  
Por escabrosos senderos,  
Sin advertir que sus plantas  
Espinos rudos hirieron.

O en abandonado esquife

Que halló en las márgenes suelto  
Y que al avanzar imita  
De un ave marina el vuelo,

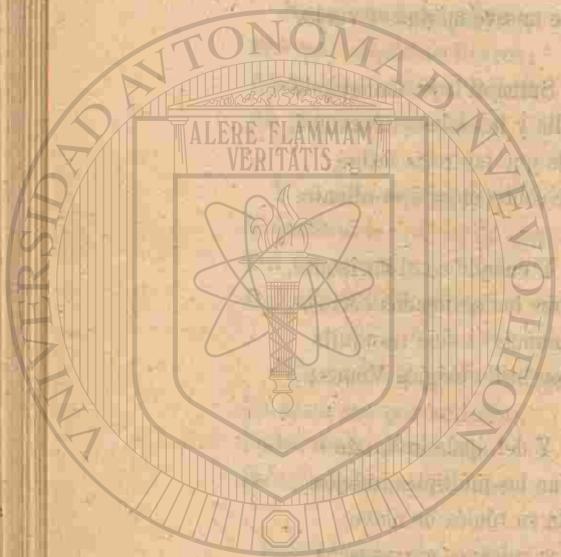
Surca el lago, manejando  
Ella y la esclava los remos,  
Sin que tan recia fatiga  
Se sobreponga á su aliento.

Y cuando en el horizonte,  
Tras los agrupados cerros,  
Anuncia el alba tranquila  
Con brillo mágico Vénus;

Y del ópalo imitando  
Van los múltiples reflejos  
En su túnica de nieve  
Los volcanes gigantesco;

Y el melodioso cenzontli  
Canta en los bordes amenos  
Que el agua quieta del lago  
Retrata en su limpio espejo,

De Chalco los edificios  
Distintos aparecieron,  
Y la princesa y su esclava  
Buscan en la orilla puerto.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ROMANCE SEGUNDO.

UN SALON DE EMBAJADORES EN CHALCO.

Frente al palacio, en el centro  
Del agitado gentío  
Que espresa bárbaro gozo  
Con gestos, danzas y gritos,

Desfigurados, sangrientos,  
Están cadáveres fríos  
Los tres nobles mexicanos  
En ancha estera tendidos.

Aparece Toteótzin  
Del alta puerta en el quicio,  
De los príncipes, que llegan  
Entre la escolta, seguido.

Con ademan elocuente  
Les muestra el cuadro sombrío,  
Sin que en sus rostros sorprenda  
De miedo el menor indicio;

Que los prisioneros saben  
Asaz bien que fuera indigno  
De varones de su raza  
Temblar ante los peligros.

— Así, les dice el anciano  
Señor de Chalco, castigo  
Agraviados que Moctezuma  
Al pueblo y á mí nos hizo.

No hay que despreciar por débil,  
Como lo habeis hecho altivos  
En vuestra liga fiados,  
Al mas pequeño enemigo.

Si herir podeis al itzquáuhli,  
Nunca le veréis rendido;  
Las flechas de vuestros arcos

Dan sobre vosotros mismos.

Si la libertad quereis  
Comprar (y con ella os brindo  
Por convenir á mis planes)  
A precio será subido.

Haced saber al monarca  
De Acolhuacan que sus hijos  
Presos quedarán en prendas  
De la paz de mis dominios

Mientras la liga no rompa  
Con los dos reyes vecinos,  
Uniendo sus intereses  
A los de Chalco y los míos.

— No conseguirás tu objeto,  
Llenos de entereza, erguidos,  
Al tiranuelo responden  
Con voz clara los cautivos.

¿Qué la prision nos importa?  
¿Qué nos importa el suplicio?  
Solo la bajeza asusta  
A los corazones limpios.

Sabe tú que nuestro padre

A volver á sus amigos  
La espalda, de sus Estados  
Con grave daño preciso,

Por unirse en alianza  
A miserables bandidos,  
Mil veces de su familia  
Preferirá el sacrificio.

Que quien gobierna se debe  
Al Estado y nó á sí mismo,  
Y padre de sus vasallos  
Es antes que de sus hijos.

Si anhelas que mensajero  
Nuestro se ponga en camino  
Para hacer al rey patentes  
Tus depravados designios,

Dígale de nuestra parte  
Que sin vacilar, su oído,  
Ante el deber y el decoro,  
Cierre á la voz del cariño;

Y á tus propuestas responde  
Cual cumple á un monarca digno,  
A tu deslealtad infame  
Aparejando el castigo."

No bien los príncipes callan  
Cuando trémulo, cenizo  
De ira el semblante, hace el viejo  
Fatal seña á los esbirros.

Los jóvenes que comprenden  
Su mandato, con ahinco  
Le dicen al par: — Costumbre  
En estos pueblos ha sido

Armas dar al prisionero  
De noble estirpe á quien signo  
Aciago á morir arrastra,  
Para que muera con brillo.

Danos *miquahuil* y escudo,  
De la lid señala el sitio,  
Y allí, por medio de sogas  
En el terreno un pié fijo,

Nos hallarán tus guerreros,  
Siempre en lucha igual vencidos,  
Si es que desnudo les pone  
Ver al contrario con grillos."

Sin que el señor les responda,  
Se alzan dos mazas de encino  
Dellos detrás, y en la nuca

Descárganles de improviso.

Vinieron los dos al suelo

Privados ya de sentido,

Y por narices y boca

De sangre arrojando rios.

La plebe feroz aplaude

El asesinato inicuo,

Y un haz horrible formando

Con los cadáveres cinco;

Haz de tronchadas espigas

Que anunciaban fruto opímo

En ciencia, valor, ingenio

Para su nación perdidos,

Sobre la estera lo pone

Y en desórden inaudito,

Cargándola, del palacio

Invade á poco el recinto.

A otro día con el alba

Arribó, cual hemos visto,

Matlalcibúáztzin á Chalco

Llevando joyas consigo,

A negociar el rescate

De los jóvenes, movido

Su corazón del deseo

De inflamar en amor vivo

Al rey, haciendo patentes

Con caracteres prolijos

Su adhesión acrisolada

Y su generoso brío.

Y, no bien puso en la orilla,

De la sandalia ceñido

El pié breve, y de su rostro,

Gracioso cuanto espresivo,

Quiere ocultar con el manto

De mas candor que el armiño

A los curiosos que pasan

El incomparable hechizo;

Cuando la cercan y obligan,

Más descorteses que finos,

A que descubra el intento

Que á la ciudad la ha traído.

—Quiero hablar á Toteóztzin,

En dulce tono les dijo;

Mas, receloso el tirano,

Tras el júbilo maligno  
 Que hallar pudo en la venganza,  
 Previó con certero instinto  
 Sus resultados, y el pecho  
 Abrió al temor del castigo.

Y en el templo fué á encerrarse  
 Donde turba de adivinos,  
 Al viento la cabellera,  
 El cuerpo en almagre tinto,

De codornices y liebres  
 Ofrecen, conforme al rito,  
 La cabeza y las entrañas  
 De Huitzilopóchtli al ídolo.

Allí durante dos días  
 Presencia los sacrificios,  
 Repite las abluciones  
 Y ayuno guarda continuo.

Inquiere si de la guerra  
 El dios le será propicio,  
 Y el *topiltzin* le responde  
 En términos harto ambíguos.—

En tanto Matlalcihuátzin,

No sin inquietud su espíritu,  
 En vasta alcoba decente  
 Donde la dieron asilo,

Comparte las horas largas  
 Entre el sueño y el fastidio,  
 De hablar al viejo aguardando  
 El momento apetecido;

Sin que á las varias preguntas  
 Que á los domésticos hizo,  
 De príncipes y señores  
 Saber queriendo el destino,

Otra respuesta hayan dado  
 Que hacerla entender por signos  
 Que á los esclavos cual ellos  
 Está el silencio prescrito.

Cuando en la noche salía  
 Con ánimo mas tranquilo  
 Del templo el señor de Chalco,  
 Las gentes que á su servicio

Están, de que ilustre joven  
 Desde Texcuco ha venido

Por hablarle y que le aguarda,  
Llévanle oportuno aviso.

Sospecha el tirano al punto  
Que sabedor su vecino  
De que cayeron en manos  
De los chalqueños sus hijos,

Proposiciones le envía;  
Y, con su odio engreído  
Y entero crédito dando  
A los falsos vaticinios

Que en hacerle no anduvieron  
Sus cortesanos remisos;  
Queriendo que su venganza  
Conozcan sus enemigos,

Y á rechazar sus ataques  
Estando resuelto él mismo,  
Manda que alumbren y adornen  
Con inusitado aliño

La sala donde embajadas  
Diversas ha recibido,  
Y á su presencia conduzcan  
Allí á la jóven. Activos

Los servidores hicieron  
Lo que el tirano les dijo;  
Y, al abrirse el ancha puerta,  
Con aspecto peregrino,

Hasta las gradas del trono  
Que paños alfombran ricos,  
Llega la gentil princesa,  
Serenó el semblante lindo.

La frente inclina tres veces,  
Pone en el suelo un cestillo  
Con joyas, preciadas telas,  
Plumas, copal esquisito;

Y en grato acento que iguala  
De un ave en la selva el trino,  
—Señor, esclama, habeis presos  
Séres que me son queridos.

Nobles de virtud dechado  
Al gran Moctezuma adictos,  
Vástagos de real stirpe  
Que todavía son niños

Y de Acolhuacan á un tiempo  
La esperanza y el hechizo,  
Cazando en los vastos montes

A vuestro Estado contiguos,

En traidora red cayeron  
Como animales dañinos,  
Con mengua de vuestra fama  
Que es de los buenos ludibrio.

Os traigo aquestos presentes  
Por su libertad que os pido;  
Y así en la paz y en la guerra  
De favores infinitos

El cielo os colme si agora  
Mostráis corazón benigno,  
Con mi gratitud ganando  
La de tres reyes que han sido

De Chalco azote, y su apoyo  
Serán de hoy más y su abrigo.

—¿Quién eres tú? con voz débil  
Pregunta el viejo enfermizo.

—Hija de Totoquiuháztin,  
Y á quien próspero destino  
Lleva de Nezahualcóyotl  
Al trono de alto prestigio.

—Alzad las joyas, princesa,

Decid á vuestros caudillos  
Que sus ofertas desprecio,  
Que su poder desafío.

Merced al instante os hago  
De los prisioneros cinco,  
Bien que de su nuevo empleo  
Cumpliendo estén los oficios.

De recobrar Moctezuma,  
Vuestro orgulloso padrino,  
A sus nobles, va á deberos  
El singular beneficio;

Y en cuanto á los de Texeuco  
De estirpe real nacidos,  
Tendréis en ellos, princesa,  
De vuestra boda testigos.

Cargad con ellos si os place.  
—¿En dónde están?—Aquí mismo.  
Y con mano temblorosa  
Señala el déspota impío

Sus cadáveres salados  
Hilera formando, fijos  
Contra el muro, y en la diestra  
Teniendo rajas de pino

Encendidas, con que alumbran  
 Sus propios semblantes lívidos,  
 Las descompuestas facciones,  
 Los ojos como de vidrio.

Matlalcihuátzin de pena  
 Sintió cortante cuchillo  
 Creyendo que se han prestado  
 A tan odioso capricho.

Se acerca para afearlos  
 Su proceder imprevisto,  
 Y al verles desfigurados  
 Lanza de terror un grito;

Y, de la verdad horrenda  
 Ante el insondable abismo,  
 Estremécese y vacila  
 Dudando de sus sentidos.

La voz del tirano infame  
 Sacóla de su estravío.  
 —Cargad con ellos, repite;  
 Mas la princesa, al oirlo,

La faz convierte indignada  
 Y le responde:—¡ Asesino!  
 Las vencedoras falanjes

De los tres pueblos unidos  
 Vendrán por ellos mañana;  
 Y cuando el recuerdo vivo  
 De crimen tamaño llegue  
 A los venideros siglos,

Lo seguirá la memoria  
 De tu cabal exterminio.”  
 Dice, y del palacio sale  
 Sofocando sus gemidos.

Atónito el viejo queda  
 Como clavado en el sitio;  
 Y, cual si de aquella joven  
 Dar peso hubiera querido

El cielo á las amenazas,  
 Terremoto repentino  
 De Oriente á Occidente agita  
 De Chalco los edificios.

Su brusco embate sintiendo,  
 Los ojos lleva indeciso  
 A las paredes que crugen  
 El señor despavorido;

A tiempo que, mal sujetos  
 Con estudiado artificio  
 Por medio de estacas fuertes  
 Y de cordeles distintos,

Los inanimados cuerpos  
 Perdieron el equilibrio,  
 Y, unos con otros chocando  
 En movimiento continuo,

Las yertas manos parecen  
 Darse en ademan de amigos  
 Y á su verdugo encararse  
 Con ceño provocativo;

O sus cabezas golpean  
 Contra el muro de granito,  
 Cadencia horrible formando  
 Del rudo temblor al ímpetu.

Toteótzin á su aspecto  
 Creyó perder el juicio,  
 Y, cayendo y levantando,  
 Salió del salon sin tino.

Su hogar la gente abandona  
 Buscando en la calle asilo,  
 Y el silencio de la noche

Turban lejanos bramidos.

Y, al ver que el Popocatépetl  
 Muestra en su elevado pico  
 Roja aureola que á trechos  
 El humo vela sombrío,

Temen que ignotas desdichas  
 Anuncien tales prodigios,  
 Y se acobardan un punto  
 Los nunca domados indios.



ROMANCE TERCERO.

LA GUERRA Y LAS BODAS.

La luz del siguiente día  
Halló á los hijos de Chalco,  
De armas y escudos provistos,  
Sus trincheras coronando.

Salieron de asilo en busca  
A los pueblos inmediatos  
Y en confusion, los enfermos,  
Niños, mujeres, ancianos.

Y cuando anochece, tornan  
 Con apresurado paso  
 Los *quimichtin* ó ratones,  
 Espías que disfrazados

Observan los movimientos  
 Y número del contrario,  
 De que á la ciudad se acerca  
 Aviso certero dando.

No el cielo el alba teñía  
 Con sus arboles claros  
 Cuando, á la vista, en el monte  
 Los de Texeuco hacen alto;

Y al mismo tiempo se advierte  
 Que con hostil aparato  
 Naves infinitas cubren  
 La superficie del lago.

Al llegar Matlalcihuátzin  
 A Texeuco y al palacio,  
 Halló en inquietud profunda  
 Al pueblo y los soberanos.

Sin detenerse á explicarles

Su proceder, demudado  
 El rostro y en él visibles  
 La cólera y el espanto,

Les grita: “¡Guerra sin tregua  
 Ni compasion al tirano!  
 Las víctimas, pueblo y reyes,  
 Esto os dicen por mis labios.

“Sus cadáveres alumbran,  
 Puesta la tea en las manos,  
 El trono de su verdugo  
 Y nuestro comun agravio.

“Yo le ofrecí que por ellos  
 Los tres pueblos aliados  
 Presto irian, y él lo duda;  
 Cumplid mi palabra y vamos!”

Atónitos los tres reyes  
 Con tal discurso quedaron,  
 Y en vano Nezahualcóyotl  
 Quiso reprimir el llanto;

Mas, reponiéndose luego,  
 Tendió la diestra en el acto  
 A Totoquihuátzin triste  
 Y á Moctezuma asombrado.

Un relámpago de ira,  
Fiel compañero del rayo,  
De los tres brilló en los ojos  
Y á un tiempo los tres clamaron:

“¡A castigar su martirio!  
¡Sin dilacion á vengarlos!”  
Y la nobleza y el pueblo  
A una voz responden: “¡Vamos!”

En poder y artes de guerra  
Como el primero y más sabio,  
De la resuelta campaña  
Tuvo Moctezuma el mando.

Dispuso que el no vencido  
Ejército texcucano,  
Con su rey á la cabeza,  
Por tierra atacase á Chalco;

Y él, de México y Tacuba  
Con los combatientes bravos  
Y llevando al animoso  
Totoquihuáztin al lado,

En innumerables botes

Que al punto listos quedaron,  
Ir por el agua y á un tiempo  
Dar irresistible asalto.

Saliendo el sol encendido  
Por el Oriente lejano,  
Nezahualcóyotl revista  
Pasó á los fieles soldados.

En compañías formóles,  
A cada cual señalando  
Rico estandarte diverso,  
Gefe aguerrido y bizarro.

Cual campo de trigo ondean,  
De la brisa á los halagos,  
Con primorosos matices  
Las plumas de los penachos.

Brillan las astas de cobre  
De las picas y los dardos,  
Y ya impaciente el hondero  
Coloca en la cuerda el canto.

El rey, subiendo á la cima  
De no distante collado,

Sonoro atambor golpea  
De su espada con el mango ;

Y esta señal no bien oyen  
Todos los guerreros, cuando,  
Tal como represas aguas  
Si el dique á romper llegaron,

Con alaridos siniestros  
Se precipitan al llano,  
Hasta chocar contra el muro  
De los parapetos altos.

Lanzan y reciben flechas,  
Hieren y matan, y, al cabo,  
Sus propios muertos y heridos  
Haciendo servir de andamio,

Aparece en la trinchera  
Ajoquentzin temerario,  
Hijo del rey, que ha ofrecido  
Vengar á sus dos hermanos.

Nezahualcóyotl que asiste  
A la lid y mira el daño  
Que tomar, tras rudo esfuerzo,  
Un solo punto ha causado,

Manda replegar sus tropas  
A más de quinientos pasos ;  
El grueso dellas oculta  
Entre quiebras y arbolados,

Y hace que algunos dispersos,  
Armas y escudo arrojando,  
Corran por distintos rumbos  
Con apariencias de espanto.

Creyéndose vencedores,  
Del muro, poco avisados,  
Salieron los enemigos  
En gran desórden al campo.

Quiso el mismo Toteótzin  
Gozar con el espectáculo  
De la atroz carnicería  
Que iba á hacerse en los contrarios ;

Y avanza en régia litera  
Que llevan mancebos cuatro,  
Y ordena que á los vencidos  
Se persiga sin descanso.

En el momento oportuno  
Y en ancho sitio escampado,  
Cayóles Nezahualcóyotl

Como á su presa el milano.

Recia fué la nueva lucha,  
Silban la piedra y el dardo,  
Chocan escudos y picas,  
Suenan la maza en los cascotes.

El aterrador miquáhuitl,  
De trozos de itztli erizado,  
De la cabeza á las plantas  
Hiende á los hombres de un tajo.

De su torpeza inaudita  
El triste efecto palpando,  
Volver á sus parapetos  
Quieren, al fin, los de Chalco.

Mas ya coronan el muro,  
Después de haber arrollado  
A las huestes defensoras  
De las orillas del lago,

Los de México y Tacuba,  
Y al acercarse acosados  
Aquellos indios, reciben  
Lluvia de flechas y cantos.

Como en remolino un punto

Al pié del muro vagaron;  
Y, al ver que al frente y la espalda  
Tienen al mismo adversario,

La serie quizá recuerdan  
De los funestos presagios,  
Juzgan la defensa inútil,  
Ceden, tal vez, al cansancio:

Lo cierto es que allí se rinden  
Al vencedor inhumano,  
Y este, según la costumbre,  
Entró la ciudad á saco.

En la espesura del bosque  
El tiranuelo entretanto,  
Presa de hondísima angustia,  
Trata de ocultarse en vano.

Volviendo para Texcuco  
Ajoquentzin que, guiado  
Por la princesa, los cuerpos  
Entró á sacar del palacio,

Y los conduce en tapextles  
En hombros de los esclavos,

Para darles sepultura  
Decente en el suelo patrio;

La abandonada litera  
Divisa en el monte, á un lado  
Del camino, y que no lejos  
El monstruo estará, juzgando,

Intérnase y escudriña  
Grutas, malezas y cuanto  
Servir de refugio puede  
A quien teme fin aciago.

De su empresa ya desiste  
Y va á retirarse, cuando  
Del sendero en un recodo  
Halla al viejo al pié de un árbol.

Cércanle algunos guerreros,  
Ponen flechas en los arcos  
Y sobre el jóven disparan  
Y yerran todos el blanco.

Ajoquentzin el miquáhuitl  
Andaz empuña y, de un salto,  
Contra los chalqueños cierra  
Y á dos hiere de alto abajo.

Huyen los demas, y entonces  
Asiendo al señor baldado  
Por los cabellos, le arrastra  
Sin compasion trecho largo

Hasta el pié de los tapextles,  
Donde con mortal desmayo  
De sus víctimas el rostro  
Mira el verdugo aterrado.

El vengador juzga inútil  
Usar la espada y, en brazos  
Tomando al viejo, le alza  
Y estrella contra un peñasco.

Allí su cadáver deja  
Para que sirva de pasto  
A las aves de rapiña  
Y de escarmiento á los malos.

Torna á seguir su camino  
Y entra á Texcuco, llevando  
De los príncipes los restos,  
Cuando el sol muere en Ocaso.

El botin se repartieron

Los tres pueblos coligados,  
Y hace con el territorio  
México el suyo más vasto.

Al volverse Moctezuma  
Con insólito boato,  
Lleva insignias y cautivos  
Que inmola á sus dioses falsos;

En el templo, á la intemperie,  
Como trofeos dejando  
En sarta horrible suspensos  
De vigas altas los cráneos.—

Así acabó en pocas horas  
El señorío de Chalco,  
Y así los pueblos acaban  
Que, sin respeto á sus pactos,

Huellan justicia y decoro  
Por complacer á tiranos;  
Y así los crímenes destos  
Pagan también los Estados.

Son dichosos y prosperan  
Los pueblos, por el contrario,  
Si sus destinos presiden  
Varones justos y sabios.

De tal verdad vivo ejemplo  
Nos dá Texcuco en sus fastos  
Que posteriores desdichas  
Jamás empañar lograron.

Nezahualcóyotl prudente  
Rige allí con cetro blando,  
Leyes admirables dicta  
Y ajusta á ellas sus actos.

De la idolatría ciega  
Desprecia los ritos bárbaros;  
Presiente á Dios y prohíbe  
Los sacrificios humanos.

Alza al Criador del cielo  
Torre altísima de mármol  
Y á ciertas horas del día  
Se postra para adorarlo.

Premia la virtud, la ciencia,  
Castigo impone al malvado;  
Caritativo establece  
Para los pobres abastos.

Si déjanle tiempo libre  
Del gobierno los cuidados,  
Ora examina las plantas,

Ora el curso de los astros;

Ora en sentidos poemas,  
Que los siglos respetaron,  
Espesa nobles afectos,  
Traza pensamientos altos.

Y, venero de virtudes  
Y de monarcas dechado,  
Feliz el pueblo le aclama  
De prosperidades vaso.

El cielo, sin duda, quiso  
Premiar su mérito raro:  
Del otoño de la vida  
En los monótonos años;

Quando para el hombre mueren  
Toda ilusion, todo halago,  
Y de la verdad terrible  
Apura el cáliz amargo;

Vió los placeres más vivos  
Del corazón renovados;  
Del amor sintió la llama  
Como en sus días tempranos.

De Matlalcihuatzin bella  
El rostro lleno de encantos,  
De su adhesión y su arrojo  
Los inolvidables rasgos,

En el monarca sensible  
Profunda impresión causaron;  
Y, si antes iba con ella  
A unirse en estrecho lazo

Para darse, en bien del pueblo,  
Sucesor digno en el cargo  
De regirlo, es ya su propia  
Dicha el interés más caro.

Y así, pasados los días  
De luto y bélico estrago,  
Y en urna rica los restos  
De los príncipes guardados;

De México y de Tacuba  
Los dos monarcas llegaron  
De nuevo, con la princesa  
De Nezahualcóyotl faro.

Y, las tres cortes presentes,  
En un salón del palacio,  
Junto al fuego en limpia estera

Los contrayentes sentados,

Acércase el sacerdote  
Y ata con sus propias manos  
A un extremo del *huepilli*  
La punta del regio manto.

Con él en torno del fuego  
Dan siete vueltas entrambos,  
Queman copal á los dioses  
Y se hacen mútuos regalos.

Y, á la oración y el ayuno  
Por tres días consagrados,  
Al convite y los festejos  
Salen los novios el cuarto.

El pueblo en calles y plazas  
Se ejercita en juegos varios.  
Ora los jóvenes corren  
Por el arenoso estadio,

Y lánzanse unos á otros  
Con fuerza el balón elástico,  
Y á los voladores trepan;  
O bien luchan brazo á brazo,

Y los apuestos guerreros,  
En compañías formados,  
De combates diferentes  
Ensayan fiel simulacro.—

Del palacio de Texcuco  
En los jardines, en tanto,  
Sobre el césped, bajo el cielo  
Que ilumina el sol de Mayo,

En banquete suntuoso  
Para celebrar el fausto  
Suceso, reyes y nobles  
Aparecen congregados.

De plumas como el armiño  
Tienen los novios penacho;  
Los dos la corona ciñen  
Con majestad y recato.

Un corpulento sabino  
Dosel espléndido y vasto  
Les forma con su ramaje,  
En que gorjean los pájaros.

Cual cristalinas serpientes  
Surcan arroyuelos mansos  
La pradera, y ancho espejo

Parece el dormido lago.

Levanta al cielo su cima  
Popocatépetl gallardo,  
Pero su cráter humea,  
De nueva erupción amago.

De aquel paisaje al aspecto,  
Sus votos viendo colmados  
Y en su presencia á los seres  
De su corazón pedazos;

De las pasadas desdichas  
Sintiendo tal vez el rastro,  
O aquella vaga tristeza  
Que nunca abandona al sabio,

Ordena Nezahualcóyotl  
Que en dulce acordado canto  
Los músicos estos versos  
Repitan por él trazados:

“Duran placeres y honores  
Que los humanos aguardan  
Con avidez, lo que tardan  
En marchitarse las flores.

“Somos fugitiva pluma

Que al viento menor se entrega,  
Heno de la fértil vega,  
Copo de frágil espuma.

“Pompa, cetro, dichas, gloria,  
¡Ay! de vuestras vanidades  
A las futuras edades  
No queda ni la memoria!

“¿Qué obtiene con sus desvelos  
Y afán el hombre en su nada?  
¿Do está la tumba ignorada  
De mis ilustres abuelos?

“Goce el ánima del día  
Que alegre venga y dichoso;  
Mas no en plácido reposo  
Con la fortuna se engría.

“Vamos solo de camino  
Por esta quebrada sierra:  
Nuestra posada es la tierra  
Y el cielo nuestro destino.”

Cesa el cántico y, al lejos,  
El eco remeda tardo  
Del teponaxtli y las voces  
Los graves concientos blandos.

Y es fama que el auditorio  
De reyes y cortesanos  
En quienes tristes ideas  
Los versos ponen acaso;

De la reciente campaña  
Los sucesos recordando,  
Y al ver del Popocatépetl  
El humo con sobresalto,

La vanidad de la vida  
Y del placer lo instantáneo  
Medir un punto pudieron  
Con entendimiento claro;

Y la reflexion les hizo  
El bien presente más grato,  
Y, de miedo de su fuga,  
Diéronse prisa á gozarlo.

Tambien la historia nos dice  
Que destas bodas al año,  
La reina dió á luz un niño  
Nezahualpíli llamado;

Que fué del trono heredero,  
De su padre fiel retrato,  
Terror de los enemigos,  
Idolo de sus vasallos.

## LA PRINCESA PAPANTZIN.

A MI AMADO PADRE

EL SR. D. JOSE MARIA RODRIGUEZ ROA.



## LA PRINCESA PAPANTZIN.

*Et lux in tenebris lucet.*

I

*Introducción.*

De pueblos humildes y grandes naciones  
Que llenan, mezclados, la faz de la tierra,  
Y al yugo se inclinan ó encienden la guerra,  
Escrito en los cielos el término está.

Y cuando se acerca—la historia lo dice—  
Anuncian su adverso destino futuro  
Presagios, visiones, los signos del muro,  
La tierra temblando, saliéndose el mar.

En medio de agüeros de gran desventura,  
 Dios quiso á la azteca gentil monarquía  
 Con raro portento mostrar cierto día,  
 Si bien entre sombras, la luz de la fé.  
 Sacó del sepulcro discreta princesa  
 Que á reyes y plebe contó lo que ha visto;  
 Con ello el apóstol primero de Cristo  
 En estas regiones de América fué.

Los hombres perecen, los pueblos acaban;  
 De grandes sucesos jamas la memoria:  
 Del mar del olvido les hace la historia,  
 Cual arca cerrada, las olas surcar.  
 Testigos, pinturas el caso acreditan  
 Que sirve de asunto á aquestos cantares;  
 Si tú de escucharlos, por dicha, gustares,  
 Acaso te ofrezcan leccion y solaz.

## II

*Primeros presagios.—Consultas hechas por el monarca.*

Con tristeza y temor desconocido,  
 De su palacio en lóbrego aposento,  
 Moctezuma Segundo en los presagios  
 Medita que amenazan al imperio.

Sucesor de Ahuitzotl, llevó sus armas  
 Contra los de Amatlan remotos pueblos,  
 Y al encumbrar un escarpado monte  
 En su camino, temporal deshecho

Cerró sobre sus huestes numerosas,  
 Envolviendo la nieve á los guerreros  
 En cándido sudario que les cuaja  
 La sangre toda en los desnudos miembros;

Y los que el golpe destructor esquivan  
 De altos sabinos, seculares cedros  
 Por el recio huracan allí arrancados,  
 En combates sin gloria perecieron.

De vuelta el rey á la ciudad, estalla  
 En la noche, sin causa, raro incendio  
 Que las dos altas separadas torres  
 Del templo principal devora á un tiempo.

Las agnas de los lagos otro día,  
 Sin terremoto, tempestad ni viento,  
 Con ímpetu terrible se agitaron  
 Por el campo feraz dejando el lecho;

Y al llegar á las próximas aldeas  
 Y de Tenoxtitlan al mismo centro,  
 Asustan á la gente, habitaciones

De frágil estructura echando al suelo.

No están de la aflicción que esto les causa  
Los apocados ánimos repuestos,  
Y en la region del aire hombres armados  
Combatir y matarse todos vieron.

Y al general terror prestando creces,  
Tendió su cauda por el ancho cielo  
Corva y estensa, fúlgido cometa,  
De futuras desdichas signo cierto.

Al rey de Acolhuacan Nezahualpili,  
De la ciencia versado en los misterios,  
Acude Moctezuma y con él tiene  
Pláticas dilatadas en secreto.

De Nezahualcoyotl el hijo ilustre,  
Tras reflexion y cálculos sin cuento,  
Le dice que los males anunciados  
Por serie de presagios tan siniestros

Principio han de tener en la venida  
De estraños en tropel á este hemisferio,  
Cosa que á Moctezuma desagrada  
Y á la cual se resiste á dar asenso.

Fin para señalar á sus disputas,

Por más que nos admire, convinieron  
En jugar al balon y que el vencido  
Del otro á la opinion quede sujeto.

Ganó Nezahualpili, y Moctezuma,  
Presa de sin igual desasosiego,  
De un astrólogo anciano muy famoso,  
Cuyo saber admira todo el reino,

El parecerpreciado al punto inquiere;  
Y, sin temor alguno, franco y recto,  
Del rey de Acolhuacan, vuelto á su corte,  
La adversa decision confirma el viejo.

Mas, en castigo, sepultado yace  
De su mansion bajo el caído techo,  
Que tan aciaga suerte correr suelen  
Quienes dicen verdades á los necios.

## III

*Enfermedad y muerte de Papántzin.*

En estos incidentes meditando  
Está, segun he dicho, Moctezuma,  
Cuando golpe mas fuerte y doloroso

Al corazon sus áulicos le anuncian.

La princesa Papántzin, fiel dechado  
De hermosura y bondad, hermana suya,  
Y del gobernador de Tlatelolco  
Que hace un año murió, triste viuda,

Presa de intensa fiebre, en su palacio  
Con ella á la sazón hállase en lucha,  
Por delirio fatal ora agitada,  
Cual tronco ya, sin movimiento y muda.

Saliendo el rey, junto á la ilustre enferma  
Se trasladó sin dilación alguna,  
Que entrambos desde niños se tuvieron  
Cariño sin igual, adhesión mútua:

Y es tan discreta y hábil la princesa  
Que á veces el monarca la consulta,  
Y ella á regir el mexicano imperio  
Con talento clarísimo le ayuda.—

En vano los tesoros de la ciencia  
Botánicos y astrólogos apuran  
Por dar alivio á la paciente. En vano  
Acude al templo en numerosas turbas

El consternado pueblo, y allí ofrece

De tosca piedra á las deidades rudas  
Trasparente copal, preciadas aves  
De melodioso canto ó rica pluma.

Creciendo fué con la mortal dolencia  
De tan querido sér, la horrible angustia  
De parientes y amigos, y en sus brazos  
Rinde Papántzin ¡ay! el alma pura!

Quedó tendido en el caliente lecho  
Su material despojo; la faz mustia  
Conserva de la fiebre ardiente el rastro  
Cual agostada flor falta de lluvia.

Todos la dulce mano bienhechora  
Que llevó al pecho en las congojas últimas  
Acuden á besar, gemidos dando,  
Y el cadáver en lágrimas inundan.

—“Sabiduría y caridad con ella  
Desaparecen para siempre juntas,  
Y su pérdida es para mi reino  
De las calamidades la más dura.”

Esto el monarca entre sollozos dice,  
Y, besando de nuevo á la difunta,  
A México se vuelve y en su alcoba  
Éntrase á lamentar su desventura.

## IV

*Las exequias.*

Para significar que fué Papántzin  
De los menesterosos providencia,  
De Centeotl el traje la vistieron,  
Que es diosa del maíz y de la tierra.

Colgaron de sus labios un zarcillo  
Con esmeralda como pocas bella  
Que, cuando el cuerpo se convierta en polvo,  
Sirva de corazón á la princesa.

La faz le cubren, y, adornado el manto  
De tejido sutil con joyas régias  
De oro brillante y plata, es el cadáver  
Tendido luego en primorosa estera.

Domésticos y esclavos afligidos  
En su alcoba, turnándose, lo velan  
Tres días con sus noches, y solemnes  
Celebráronse al cuarto las exequias.

Sacerdotes, parientes, nobles, pueblo,

Tremolando estandartes y banderas,  
Y del rey Moctezuma presididos  
Cuyo rostro oscurece aguda pena,

Los restos llevan de la ilustre jóven  
Con grave pompa á subterránea cueva  
Que en los jardines del palacio mismo  
De Tlatelolco tiene entrada estrecha.

Al dejar el cadáver allí, mojan  
Con agua del estanque su cabeza,  
En *icpalli* lo sientan y le ponen  
A los lados vasijas de agua llenas,

Copia de comestibles, un techichi  
Que acompañe en sus viajes á la muerta,  
Y dibujados signos misteriosos  
Que la habrán de allanar todas las sendas.

Con ellos pasará sin riesgo alguno  
Entre dos altos montes que pelean;  
Por el camino angosto que defiende  
Sin dormirse un momento audaz culebra;

Por la márgen do habita el cocodrilo  
De sus dientes mostrando las hileras;  
Por los desiertos ocho donde el viento  
Conmueve las montañas gigantescas.

Mientras deberes tales allí cumplen  
 Los deudos con arreglo á sus creencias,  
 En lamentable voz los sacerdotes  
 El himno funeral cantan afuera.

Terminada la triste ceremonia,  
 Cubrióse al punto con labrada piedra  
 Ya dispuesta y de escasa pesadumbre,  
 Del subterráneo aquel la exigua puerta.

La multitud entonces se retira  
 Y hondo silencio en los jardines reina,  
 Y descoge la noche pavorosa  
 Sobre el mundo su manto de tinieblas.

## V

*Papel que una niña representa en esta historia.*

Sus rayos esparcía  
 Ya próximo al zenit el sol ardiente  
 En cielo azul y limpio al otro día,  
 Cuando del un extremo, al Occidente  
 Del jardín principal, donde habitaban  
 Domésticos y esclavos, tierna niña  
 Salió de su tugurio y, al halago

Del manso viento que refresca el lago  
 Y embalsama el olor de la campiña,  
 Adelantóse ufana  
 Entre las verdes plantas y arboleda.—  
 Del jiloxóchitl con astucia vana  
 Quiere asir la gentil borla de seda;  
 De su empeño desiste;  
 Corta y huella la flor que del leopardo  
 La piel manchada, al parecer, se viste;  
 Se aleja con temor del rudo cardo;  
 Del floripundio de oriental perfume  
 Agita las campánulas de armiño  
 Lanzando el cuerpo sobre el débil tronco;  
 Y, sus anteojos sin poner á raya,  
 Con empuñado mimbre arrancar quiere  
 De la estendida mata que se adhiere  
 A la hendida pared, rubia papaya.

Con el gusto inefable

Que al ver que es libre y de sus pasos dueño  
 Y que cumplir su voluntad le es dable,  
 Todo vivace pequeñuelo siente,  
 Sin recelar el afectado ceño  
 De solícita madre ó fiel sirviente;  
 Esta de cinco abriles mariposa  
 Ora de flor en flor vaga afanosa  
 Y contempla su faz en clara fuente  
 Cuyo derrame en el jardín circula,

Ora pretende con tenaz empeño  
 La cancion recordar, que al fin modula,  
 Con que la arrullan por la noche el sueño.  
 Y de césped, que brilla  
 Con el rayo del sol, en ancha zona,  
 A semejanza de ágil cervatilla,  
 Trisca y salta y se tiende juguetona.

No distante del césped,  
 En escampado porque más resalte  
 El matiz primoroso de su esmalte  
 Que la esmeralda y el topacio afrenta,  
 Atrae á poco su atencion prolija  
 Rastrera lagartija  
 De que la niña apoderarse intenta.  
 Tímido el animal, huye haciendo alto  
 De añoso tronco en la raíz nudosa,  
 Y al ver que su enemiga codiciosa  
 Le sigue, torna á huir con sobresalto:  
 Corre á lo largo del jardín ameno,  
 Y del estanque al pié, cuya agua riza  
 El céfro, se mete escurridiza  
 De oscura grieta al escondido seno.

Tarde llegó tras ella  
 En su inútil afan la criatura,  
 Y del estanque en la musgosa grada,  
 Mal ceñida la régia vestidura,

Serena como siempre la faz bella,  
 A la gentil Papántzin vió sentada.—  
 Incapaz todavía  
 De comprender la muerte ni lo raro  
 De tal vision, espanto no sentia:  
 A que se agrega que miró bañarse  
 Allí más de una vez á la señora,  
 Sin esclavas cual hoy, á aquesta hora;  
 Y en su infantil razon nada hay estraño  
 En que, si bien difunta y enterrada,  
 Sintióndose en la tumba acalorada,  
 Salga della á tomar de nuevo un baño.—  
 Con señal espresiva la princesa  
 La incita á que se acerque, y cuando acude  
 Solícita la niña, de recelo  
 Sin el menor asomo,  
 La dice en grata voz como del cielo:  
 “Llámame á la mujer del mayordomo.”  
 Al llevar su embajada,  
 Esta la respondió: — “¡Niña inocente!  
 La princesa está muerta y enterrada.”  
 Tírala del huepill la mensajera  
 En que salga insistiendo impertinente,  
 Y la buena mujer, casi enojada,  
 En ir con ella afuera  
 Solo por darla gusto al fin consiente.  
 Mas, no bien á Papántzin vió sentada,  
 Sintió cual si en sus venas convertida

La sangre fuese en hielo,  
Y, de terror transida,  
Perdió el conocimiento y vino al suelo.

Tan funesto accidente

Asusta á la entendida pequeñuela:  
Dél á dar á la madre aviso vuela;  
Otras mujeres al lugar acuden  
Y cayeran tambien si en blando acento,  
A ellas la faz tornando cariñosa,  
No las dice Papántzin: — “Estoy viva  
Y al mayordomo hablar quiero al momento.”  
Y como aquí, sin otra consecuencia,  
Termina la ingerencia  
De la cándida niña en esta historia  
Cierta de todo punto aunque esté en verso,  
Para dejar de lo demas memoria  
Voy á escribir capítulo diverso.

## VI

*Los reyes de Acolhuacan y de México ante la princesa.*

Llegado á su presencia el mayordomo,  
Ordénale Papántzin dé noticia  
Del caso singular al rey su hermano;

Pero en obedecerla aquél vacila.

— ¡Cómo el rey lo que diga ha de creerme?  
Pensará que me burlo y de su ira  
Provoco la esplosion. — Pues ve á Texcuco  
Y dí á Nezahualpil de parte mia

Que venga á hablarme.” El servidor se aleja  
Y al palacio Papántzin se encamina,  
Y al verla andar domésticos y esclavos  
Juzgan que es sueño y más y más se admiran.

Pocas horas despues á Tlatelolco  
El sabio rey de Acolhuacan arriba,  
Dirigese á la alcoba y en sus labios  
De la incredulidad lleva la risa;

Mas cuando cerca está de la princesa  
Duda no tiene ya de que es la misma  
Que enterraron ayer, y al saludarla  
Pasma y temor en su ademan se pintan.

— Ruégoos que, yendo á México al instante,  
Digais á Moctezuma que estoy viva  
Y que le quiero hacer revelaciones  
Que atañen á la azteca monarquía.”

Cumplió Nezahualpili aqieste encargo:

Recibió Moctezuma su visita ;  
Y, aunque le oyó sin distraccion ni enojo,  
Crédito dar no pudo á lo que oía.

Solo por no agraviar á su aliado,  
Con él y numerosa comitiva  
De nobles y señores que le asisten,  
De Tlatelolco el rumbo toma aprisa.

En la sala al entrar donde le espera  
Impaciente Papántzin, él la mira  
Con inefable asombro.—¿Eres tú, hermana?  
Pregúntala con voz desfallecida.

Su diestra ella le alarga y le responde  
En cariñoso acento :— Soy la misma  
A quien ayer dejaste en el sepulcro ;  
Mas tu inquietud depon, que me hallas viva,

Y quiero lo que ví comunicaros,  
Pues que con tal mision solo me envia  
Desde la eternidad de nuevo al mundo  
La inescrutable voluntad divina.”

Luego toman asiento los dos reyes  
Permaneciendo en pié la compañía  
De nobles y criados, y Papántzin  
Lo que voy á contar habló en seguida.

## VII

*Narracion de Papántzin.*

“No bien perdí la vida, ó, si increíble  
Os pareciere aquesto, fuí privada  
De razon y al dolor quedó insensible  
El cuerpo de mi espíritu morada,  
Por el aire con ímpetu terrible  
He sido á llano inmenso trasportada ;  
Llano sin cavidad, choza ni monte,  
Ni mas límite y fin que el horizonte.

“En el centro hay camino, dividido  
En diferentes sendas tortuosas,  
Y cerca un rio va que con bramido  
Ronco sus aguas lleva cenagosas.  
A la contraria márgen me decido,  
Como cediendo á fuerzas misteriosas  
Que me impelian, á pasar á nado,  
Cuando gallardo jóven ví á mi lado.

“Bella la faz y grande la estatura,  
Cual la nieve que manchas no consiente  
Era blanca su larga vestidura

Y como el claro sol resplandeciente.  
 Dos alas y ceñida la cintura  
 Lleva, y esta señal le ví en la frente:  
 (Diciendo así, con arte peregrino  
 Su diestra de la Cruz formaba el sino).

“Contemplábale absorta y en sus ojos  
 Brillo descubro de celeste llama;  
 Herida de temor, caigo de hinojos,  
 Alzame al punto y bondadoso esclama:  
 —“No atraveses el río; sus enojos  
 Apacigua el Señor porque te ama  
 Y te reserva perdurables goces,  
 Aunque hasta agora tú no le conoces.”

“Mi corazón latió con mas sosiego  
 En presencia de tales maravillas:  
 Llevóme de la mano el jóven luego  
 A visitar del río las orillas:  
 Ví huesos calcinados por el fuego  
 Y rotas calaveras amarillas;  
 Oí gemidos de dolor y espanto  
 Que inspiran compasión, mueven á llanto.

“Del río al ancho cauce me convierto,  
 Y unos barcos en él grandes y raros  
 Con gentes cuyo traje y faz no acierto  
 Por lo estraños que son á descifraros,

Ví acercarse á las márgenes y advierto  
 De su intencion hostil signos muy claros:  
 Hace brillar el sol por todas partes  
 Yelmos y escudos, armas y estandartes.

“— Dios la existencia prolongarte quiere,  
 Dice el jóven tornando á hablar conmigo,  
 Porque de la mudanza que se opere  
 En tu infeliz nacion seas testigo.  
 Ese clamor que tus oídos hiere  
 Lo arranca á tus mayores el castigo  
 Dado á sus almas, del error manchadas  
 Y á padecer eterno condenadas.

“Los que allí ves llegar rubios varones  
 De noble faz en ademan guerrero,  
 Tras recio batallar, estas regiones  
 Conquistarán al filo del acero.  
 Han de venir con ellos las nociones  
 Del soberano Bien, Dios verdadero  
 Que sacó de la nada cielo y tierra  
 Y cuanto alumbra el sol y el mar encierra.

“Terminada la lid, baño sagrado  
 Que las impuras almas regenera,  
 Se ofrecerá al gentil de Dios llamado  
 Y habrás de recibirlo la primera.  
 Vuelta del seno del sepulcro helado

Y ardiendo en caridad y fe sincera,  
En tu nacion, por voluntad divina,  
El apóstol serás desta doctrina."

"Dió á sus palabras fin; cual humo al viento  
Desvaneciósse el venerado guía;  
Correr la sangre en mis arterias siento....  
Palpo la cueva tenebrosa y fría;  
La losa sepuleral quito al momento,  
Mis ojos ven la claridad del día;  
De mi palacio en el jardín me hallo,  
Y lo demas, pues lo sabeis, lo callo."

## VIII

*Conclusion.*

Atónitos quedaron los monarcas  
Y los señores y el vulgar gentío,  
Sin poder recusar el testimonio  
De lo que ven y escuchan ellos mismos.

Alzóse de su asiento Moctezuma  
Torva la faz y el ánimo afligido;  
De nadie se despide, y se encamina  
De su palacio á un apartado sitio,

Do en épocas de luto se recoge  
De los negocios lejos y el bullicio,  
Presa de la tenaz melancolía  
A que siempre inclinóse desde niño.

Dejó de visitar de sus mujeres  
El oculto retrete favorito,  
Los salones de fieras, los estanques  
Y de Chapultepec el bosque antiguo

Donde el sol no penetra y al impulso  
De los vientos de otoño hacen ruido  
Semejante al del mar en la ribera,  
Sus ramas agitando, los sabinos.

Volver á hablar con su amorosa hermana  
Mientras vivió el monarca jamas quiso.  
Los áulicos en vano le aseguran  
Que tiene trastornado ella el sentido,

Y que son sus visiones y palabras  
Efecto de su falta de juicio.—  
Moctezuma á presagios anteriores  
De su resurreccion liga el prodigio,

Y contempla en tal hecho, que le pasma,  
Y en las revelaciones, cierto aviso  
Del que á su pueblo y trono el alto cielo

Ha señalado ya fatal destino.—

¿Qué mucho que al llegar hasta su corte  
Los que el vulgo proclama del sol hijos,  
Indómitos guerreros agrupados  
En torno del pendón de Cárlos Quinto;

Los que en tubo delgado el fuego encierran  
Y á salir dél lo fuerzan á su arbitrio,  
Y á que la muerte dé con ronco estruendo  
Semejante del rayo al estallido;

Los que en tropel sobre el indiano cargan  
Con la furia de rauda torbellino,  
Cándida la color, barbado el rostro  
Y cabalgando en brutos jamas vistos;

Los que tras ruda lid, como aliados  
Traen á sus vencidos enemigos,  
De la ilustre Tlaxcala defensores,  
De quienes Xicotécatl es candillo;

Al llegar hasta el centro del imperio  
Séres de audacia tal ¿qué mucho, digo,  
Que, viendo Moctezuma en cuanto pasa  
El cumplimiento de altos vaticinios,

En el cuitado corazon de menos

Eche el valor y generoso brío  
Con que á México dieron sus mayores  
Lustre y fama inmortal, nuevos dominios;

Y, en vez de conducir su pueblo el paso  
A disputar al invasor altivo  
La libertad comun y cetro y vida  
Perdiendo allí si tal era su signo,

Con fiestas y regalos humillantes  
Le reciba en palacio en son de amigo,  
Y no le indigne que el ibero ponga  
Ley á su voluntad, á sus piés grillos?

Lidieron otros con fortuna adversa,  
Mas con valor que admirarán los siglos.  
Sus brazos amorosos la Cruz luego  
Tendió entre vencedores y vencidos.

De su doctrina santa á la influencia  
Llegaron á formar un pueblo mismo,  
De cuya ardiente fe dan testimonio  
Los templos que nosotros destruimos!

Papántzin, que vivió desde el suceso  
En estas breves páginas descrito,  
Estraña al fausto de la egregia corte

Y á la abstinencia dada y al retiro ;

En las regiones del antiguo imperio,  
Al tremolar el pabellon de Cristo,  
Fué la primera en recibir el baño  
De las sagradas aguas del bautismo.

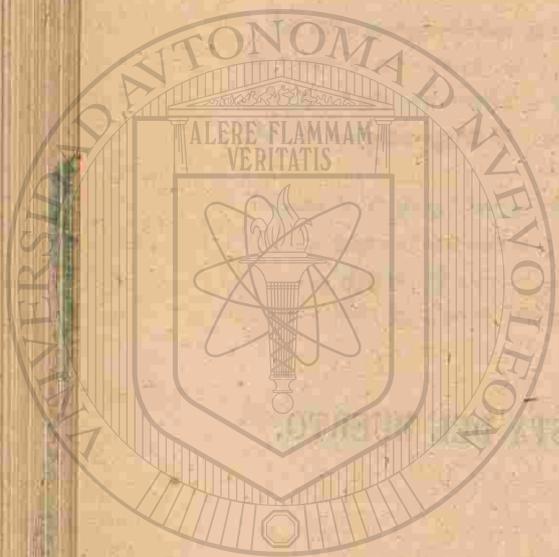
Tomó en él de MARIA el dulce nombre,  
Y, á su ejemplo, el idólatra gentío  
Deja las sendas del error y acude  
A los rediles del Pastor Divino.

1861.

LA CUESTA DEL MUERTO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LA CUESTA DEL MUERTO.

I

*El camino de Jalapa á Coatepec.*

De cuanto he visto no hay cosa  
Que así me halague y sonría  
Como mi ciudad natía,  
Como Jalapa la hermosa.

Ni ví mas lindo verjel  
Que Coatepec, cuya calle  
Se estiende en ameno valle  
Limpia y trazada á cordel.

De sus montañas musgosas  
Se asienta aquella en la falda,  
Luciendo fresca guirnalda  
De mirtos, nardos y rosas.

Sus cármenes atraviesa  
Red de arroyuelos sutiles,  
Y baña sus piés gentiles  
Honda y cristalina presa.

El pueblo al pié de altos montes  
Se aduerme al rumor de un río,  
Y tiene perpetuo estío  
Si estrechos los horizontes.

Cuando visita el viajero,  
Tras la aridez de la costa,  
Esos campos que ni agosta  
Julio ni entristece Enero;

Cuando mira el caserío  
Blanquear en la montaña,  
O que descubrirlo estraña  
En hondonadas umbrío;

Cuando respira el ambiente  
En aromas impregnado  
Del liquidámbar preciado

Y del jinicuil pendiente;

Y oye que en dulces conciertos  
Dan su voz por las mañanas  
Las arpas en las ventanas,  
Los pájaros en los huertos;

Y halla una limpieza extrema  
En calles, casas, personas,  
Y un sol en aquellas zonas  
Que vivifica y no quema;

Un sol que brilla al traves  
Del aire diáfano y puro,  
Flores que visten el muro  
Y dan alfombra á sus piés;

Y gente de afable trato,  
Y, lector, aunque te asombres,  
Franca amistad en los hombres  
Y en las mujeres recato;

Toma súbita querencia  
A la tierra en que naé,  
Y á veces quédase allí  
A terminar su existencia.—

Pero me difundo ya:

Voy el camino á trazarte  
Que al Sur de la villa páрте  
Y al pueblo espresado va.

Puedes andarlo en dos horas  
Por anchurosa calzada  
De un bosque al traves tirada  
Entre arboledas sonoras.

Y á trechos el lujo es tal  
De aquella vegetacion,  
Que te forma pabellon  
De frescura sin igual.

El liquidámbar y encino,  
La madreSelva, la rosa,  
La verde palma orgullosa  
Y el sobresaliente pino,

Ligan entre sí sus ramas,  
O mecen flor y capullo  
De las brisas al arrullo  
Sobre las humildes gramas.

Tienden sus puentes colgantes  
De un árbol á otro livianas,  
Vides silvestres, lianas,  
La hiedra de hojas sonantes.

Veloz á las ramas trepa  
La ardilla si es perseguida;  
La parda culebra anida  
Del tronco añoso en la cepa.

Y bajo aquella enramada  
Oirás en distintas horas,  
Ya de las aves canoras  
La melodía acordada,

Ya el silbido del arriero,  
Del leñador los hachazos,  
O los recios picotazos  
Del pájaro carpintero.

Si el Norte á veces, tesoro  
De salud y de frescura,  
Brama al romper su clausura  
Como enfurecido toro,

Abate y descuaja arbustos  
Y en remolinos se lleva  
La hojarasca y hoja nueva  
De los robles mas robustos.

Y hace en el bosque un ruido  
Como el del mar, y un instante  
De la campana distante

Estás oyendo el sonido.

No anubla el cielo sereno  
De polvo con nubarrones,  
Que es en aquellas regiones  
Compacto y duro el terreno.—

Siendo quebrado el camino,  
Tras hondo valle te encumbras  
Y á un lado y otro vislumbra  
Paisaje el mas peregrino.

Abismos hay á tus pies  
Que cubre espeso verdor;  
Sale del fondo el rumor  
Del torrente que no ves.

Si la sima es peñascosa,  
Divisas en su hondo lecho  
Por bosquecillos de helecho  
Correr el agna espumosa,

Ora roja, ora amarilla,  
Zarca ó cenicienta acaso,  
Segun el color que al paso  
Toma en sus lechos de arcilla.

Más allá de las barrancas

Ves llanos, colinas, chozas,  
Y el humo que de las rozas  
Sube en espirales blancas.

Y en el valle y la montaña,  
Sirviéndola de coronas,  
Ves las amarillas zonas  
De la dulcísima caña.

Ves las serpentinadas sendas  
Por los montes solitarios,  
Y casas y campanarios  
De rancherías y haciendas.

Van no lejos y entre sauces,  
Sin arrastrar cieno alguno,  
Dos rios, en solo uno  
A confundir sus dos cauces.

Tibias y medicinales  
Son las aguas del primero;  
Como las nieves de Enero  
Lleva el otro sus raudales.

Oyes detras de los cerros,  
A los lados del camino,  
El estruendo del molino  
Y el ladrido de los perros.

Y aunque al pueblo puedes ir  
Desde Jalapa en dos horas,  
Si con la vista devoras  
Lo que intenté describir,

Te ha de entretener al grado  
De que aun no, seguramente,  
Llegues al último puente  
Cuando la noche ha cerrado.

## II

*El cronista y su guía.—La Cuesta.—La tradicion.*

Como á mitad del camino  
A pié llegaba una tarde,  
Volviendo de un rancho oculto  
Entre bosques seculares  
Y en medio de dos colinas,  
De Coatepec adelante.  
Puesta la escopeta al hombro  
Y con la vista en los árboles,  
Entre sus ramas buscaba  
La ardilla, invisible casi  
Segun lo rápidamente  
Que por el bosque entra y sale.

Y, cazador distraido,  
Siempre con nuevos afanes,  
Ni en derredor advertí  
La belleza del paisaje  
Que incendiaba la luz roja  
Del sol que á Occidente cae;  
Ni recordaba siquiera  
Que iban en los dos morrales  
Mio y del guía un conejo  
Y dos ó tres gavilanes.

Era el guía hombre robusto  
De cuarenta navidades,  
Carácter franco y resuelto,  
Faz morena, piernas ágiles,  
Fresco sombrero de palma  
Con cintas negras al aire;  
Blanca la camisa y verdes  
Las calzoneras que al talle  
Banda de burato ajusta  
Ancha y de color de sangre.  
Ahumado lleva el fusil,  
Que es útil cosa el quitarle  
Todo brillo, y siendo opaco,  
No asusta al ciervo ni al ave.  
De una correa pendiente  
La gamitadera trae  
Que así á las ciervas engaña

Como convoca á los áspides;  
Y al extremo de dos cuerdas  
Atados, por ser ya tarde,  
Dos lebreles, raza pura,  
Con el afan de soltarse.

Era el guía, como he dicho,  
Hombre resuelto, y sus lances,  
Sabidos en la comarca,  
Fama le dieron y grande.  
Mas es la gente del campo  
Supersticiosa, y Andrade—  
Que así se apellida el hombre—  
Sin que le tiemblen las carnes  
Al lobo dispara, ó burla  
Al bravo toro pujante,  
Mata la enroscada víbora,  
Domeña al potro salvaje,  
A nado atraviesa el rio  
Cuando ha salido de madre;  
Y á veces en la taberna  
O en lo mas recio del baile  
Donde al zumo de la caña  
Culto se rinde y no en balde,  
Si hay pendencia, entre las voces  
Su ronca voz sobresale,  
Y si cuchilladas llueven  
Rey le coronan los jaques.

Mas si, por ventura, oye  
De boca de las comadres  
Historias de aparecidos  
Con sus pelos y señales;  
Si al atravesar el bosque  
Suenan gemidos distantes,  
O estando la noche encima  
Y él lejos de sus hogares,  
Fuegos fatuos ó luciérnagas  
Por aquí brillan ó arden;  
Si al salir de algun recodo  
Con el lego mendicante  
De hábito oscuro tropieza,  
Helada siente la sangre,  
Se le erizan los cabellos,  
La lengua se le contrae,  
A su voluntad las piernas  
Dóciles no son cual antes;  
Se santigua, en sus adentros  
Clama á los custodios ángeles,  
Y ofrece en solemne voto  
Llevar cera á los altares.  
Ni del certero fusil  
Monta siquiera la llave,  
Que si son contra los vivos  
Armas de fuego eficaces,  
Cónstale al guía que nada  
Contra los difuntos valen.

Venia en esto la noche  
 Al par que se iba la tarde,  
 Y un alta cuesta ganamos  
 Dejando á la espalda el valle:  
 Y como es lugar de historia  
 Y en la que escribo importante,  
 Quiero que el lector conmigo  
 Un punto á verla se pare.  
 La calzada encumbra el monte;  
 Detras de unos matorrales  
 Hay á la siniestra mano  
 Cantiles amenazantes,  
 Cuyas azuladas peñas  
 Que el musgo tapiza en parte  
 Y con grato albergue brindan  
 A las águilas caudales,  
 Suspensas en el vacío  
 Sin tener sólida base,  
 Negras hendiduras muestran  
 En que los arbustos nacen;  
 Y al mas leve terremoto  
 O al pasar un carruaje  
 Que cimbre el camino, haciendo  
 Estrago terrible, caen.  
 Hay á la diestra un abismo  
 Tajado á pico, y son tales  
 Sus dimensiones, que el fondo  
 Ver desde arriba no es dable.

En él sus raíces tienen  
 Varios gigantescos árboles  
 Sin que la altura del borde  
 Sus verdes copas alcancen.  
 Si del cantil de la izquierda  
 Llega una peña á soltarse,  
 Rueda al traves del camino  
 Y sin que nada la ataje,  
 Zumbando espantosamente  
 Hacia el hondo seno parte,  
 Se oye chasquido de ramas  
 Y luego el estruendo grave  
 De la mole que en las rocas  
 Rebota despedazándose;  
 Y de los oseuros antros  
 Con alas torpes, sonantes,  
 Describiendo negros círculos  
 Salen las nocturnas aves.

— ¡Qué es esto, Andrade? ¡Qué viste  
 Que así te vas por delante,  
 De enfermo que está con frios  
 Llevando en tu rostro el aire?  
 ¡Por qué aceleras el paso  
 Y es tu distraccion tan grande  
 Que los lebreles van sueltos  
 Sin que otra vez los amarres?  
 — ¡Ay, señor! ¡Ay amo mio!

¡Quién, como usted, ignorase  
 Que está en la Cuesta del Muerto  
 Estando al morir la tarde!  
 No bien las sombras se espesan  
 Cuando en esta fecha sale  
 Todos los meses un bulto  
 Por el claro que se abre  
 Al comenzar los cantiles,  
 Prestando corriente fácil  
 A las aguas de aquel monte  
 Donde es la lluvia abundante,  
 Y en cuya falda hay ruinas  
 Cerca de cien años hace,  
 De una finca muy valiosa  
 Con que dió un incendio al traste,  
 Y que fué de un español. . . .  
 — Al grano vamos, Andrade.  
 — Pues, señor, como decia,  
 Por el portillo y en traje  
 De cristiano, sale un muerto  
 Carga pesada llevándose  
 A la espalda en un costal  
 Cuyas señas. . . . — ¡Adelante!  
 — Digo (y su merced dispense  
 Lo rudo de mi lenguaje)  
 Que anda un trecho del camino  
 El muerto, cual si pujase  
 Al peso de lo que lleva

Y que debe de quemarle.  
 A la orilla del abismo,  
 Do ser mas profundo sabe,  
 Se pára; los piés afirma;  
 Mece en infernal balance,  
 Siempre en las espaldas puesto,  
 El costal para lanzarle,  
 Y á poco desaparecen  
 Muerto y costal, y unos ayes  
 Resuenan, que con oírlos  
 Para morir se hay bastante;  
 Y luego el macizo golpe  
 De quien tortilla se hace,  
 Como huevo que se estrella  
 En duro suelo de jaspe.  
 Y esto lo han visto y oído  
 Gentes de todas edades  
 De los inmediatos ranchos,  
 Arrieros y caminantes.  
 De miedo aquestos se paran,  
 De dar un paso incapaces,  
 Y de tercianas se lisan  
 A consecuencia del trance.  
 Más avisadas aquellas,  
 Dejan que los perros ladren  
 Cuando olfatean al muerto  
 Desde muy lejos sagaces;  
 Cierran y atrancan al punto

Las puertas de los jacales,  
 Y ante la palma bendita  
 Que en ellos cuidan no falte,  
 Silenciosos se reúnen  
 Chicos, medianos y grandes,  
 Y haciendo coro la abuela  
 Reza un *Requiescat in pace*.

Mi curiosidad escita  
 Con su narracion Andrade,  
 Y allí aguardando, resuelvo  
 De la verdad cerciorarme.  
 Más que mi dádiva hizo  
 De mis razones el arte,  
 Que el amilanado guía  
 Se resignara á quedarse.  
 Los dos tomamos asiento  
 Despues de atar á los canes  
 A un tronco, y á mi escopeta,  
 Por lo que fuere y sonare,  
 Puse bala y renové  
 La cápsula fulminante.  
 De nuestros cigarros sube  
 Blanco el humo en espirales,  
 Que está la noche serena  
 Y el viento dormido yace.  
 Yo las estrellas contemplo  
 Y el guía murmura aparte

Oraciones, ó al ruído  
 De alguna rama al troncharse,  
 Vuelve con presteza el rostro  
 Y se estremece cobarde.

Mientras el tiempo trascurre  
 Y nuestros cigarros arden  
 Y echados y sin dormirse  
 Están los perros leales,  
 Hago preguntas al guía  
 Y acaba, al fin, por contarme  
 La historia que á los espantos  
 Que vamos á ver dió márgen.  
 Procuraré reducirla  
 A términos razonables,  
 Que en circunloquios eternos  
 Y en digresiones mortales  
 Mi rústico se divaga  
 Por afición, por carácter,  
 Como si el bueno del hombre  
 Cursara universidades. —  
 Si temes perder el tiempo  
 O que mis versos te causen  
 Por ser en extremo llanos,  
 Dignos hijos de su padre,  
 Cierra el libro y quedaremos  
 Tan amigos como antes.

## III

*La hacienda.—Don Lope.—Aniversario de la boda.—  
Doña Inés.*

Casi un siglo hace ya que en los lugares  
Do hallarás melancólicas ruinas  
Con que á la diestra un poco te separes  
Si de Jalapa á Coatepec caminas;  
Cerca de espesos bosques seculares  
De olientes liquidámbaros y encinas,  
Y al fin del ancha y ya borrada senda,  
Se alzó de un español la rica hacienda.

Fué de labor: las amarillas suertes  
De la sabrosa caña al pié del monte,  
Cual mar que ondea con los vientos fuertes,  
Formaban por lo estensas horizonte.  
Negras líneas cortándolas adviertes  
De veredas y caños, y el desmonte  
Deja á un lado de aquellas sitio abierto  
A la espaciosa fábrica y al huerto.

Verdinegros los bosques, rubio el llano,  
Limpio y azul el cielo peregrino;  
El huerto floreciente en el verano,

Blanca la habitacion, pardo el molino;  
Cual asa de cristal, chorro lejano  
Del agua que lo mueve de continuo;  
Sobre la tosca torre allí erigida  
El gallo en pié que á madrugar convida;

Esto el ojo descubre en el paisaje,  
Y en grato són regalan el oído  
Los pájaros cantando en el bosque,  
Y el arroyo entre sauces escondido:  
Y de la flor que adorna el rico traje  
Primaveral que el campo se ha vestido,  
Mientras la abeja el néctar la consume,  
Te llega á deleitar blando el perfume.

El dueño allí, tal vez, entusiasmado  
Al dulce aspecto de las altas pilas  
De la segada mies, ó en el terrado  
Puestas eternamente las pupilas  
En los panes de azúcar que el dorado  
Rayo del sol blanquea en largas filas,  
No vió jamas de su fecundo valle  
La riqueza y beldad sino en detalle.

Tal vez sobre los cantos de las aves  
En el bosque y á un lado de la senda,  
Dió preferencia á los mugidos graves  
Que salen del trapiche en la molienda;

Y al són de brisas frescas y suaves  
 Tal vez prefiere ¡obcecacion horrenda!  
 El metálico són que en sus arcones  
 Producen al entrar sendos doblones.

En el siglo anterior iba así el mundo,  
 Como va, como irá, y antes y ahora  
 Es el metal de aspecto rubicundo  
 Lo que más gusta al rico y le enamora.  
 Queda á pobres y artistas el profundo  
 Estudio del paisaje, la sonora  
 Voz de la fuente, el sol, el campo, el río,  
 El cano invierno y el ardiente estío.

Mas si Don Lope Aranda ama el dinero,  
 También ama el gastarlo con largueza  
 De sus propios caprichos lisonjero,  
 Que es moneda enterrada inútil pieza;  
 Y es Don Lope cumplido caballero,  
 Y jamas en tener cupo nobleza  
 La mano en que recibes estendida,  
 La mano con que das siempre encogida.

Opíparas comidas, instrumentos,  
 Libros de ciencia, nuevas construcciones,  
 Caballos y jauría, esperimentos,  
 A la jóven esposa ricos dones,  
 De Don Lope se llevan por momentos

Y en columnas cerradas los doblones—  
 Amen de alguno que otro sacrificio  
 Al terrible Birjan, nunca propicio.

Y no se menoscaba su fortuna,  
 Que el trabajo y la tierra, cuando impera  
 La deliciosa paz, obrando á una,  
 De inagotable mies cubren la era;  
 Y si el pobre á sus puertas le importuna,  
 Con brusco modo y caridad sincera,  
 Mientras con voces ásperas le corre,  
 Su mano en abundancia le socorre.

Que su buen corazon corteza dura  
 Guarda y oculta á los humanos ojos,  
 Labrando con su propia desventura  
 La de aquellos que sufren sus enojos.  
 Y es—para usar la frase que aventura  
 Su esposa Doña Inés—linfa entre abrojos  
 Que al labio no permiten que la toque;  
 Es zafiro engastado en alcornoque.

Ya que nombré al esposo y á la esposa,  
 Debo decir que en la mitad de Mayo,  
 Hiriendo una mañana la selvosa  
 Montaña el sol con su primero rayo,  
 Vióse en la casa y fábrica espaciosa  
 De ramas y de flores con el gayo

Adorno las ventanas revestidas,  
Y abiertas las entradas y salidas.

El quinto aniversario es de la boda  
De Don Lope é Inés, y año tras año  
Se celebraba en la comarca toda  
Con holganza y bullicio y gozo extraño.  
Al alba repicar era la moda;  
Vestido ya el calzon de burdo paño,  
Nuevo el calzado, blanca la camisa,  
Asisten los rancheros á la misa.

El besamanos sigue, y son curiosos  
Los parabienes que los más letrados  
Hacen por fuerza oír á los esposos  
En discursos diez veces comenzados.  
En el patio peroles espumosos  
De diversos manjares regalados,  
Incitadora esparcen su fragancia  
Y al pueblo dan comida en abundancia.

Y al són de los alegres tamboriles  
Y flauta pastoril que tañe un ciego,  
Sobre el césped allí mozas gentiles  
Danzan ó atienden al azar del juego:  
Y suelen á las voces femeniles  
Gritos mezclarse de los hombres luego,  
Y salir de los cintos las navajas

A impulsos del licor y las barajas.

De la ciudad vecina, en tanto, llega  
De mancebos y damas comitiva,  
Cruza al galope la risueña vega  
Y el patio invade gárrula y festiva.  
Allí Roman, que con su potro juega,  
Contempla á Inés con atención muy viva,  
Y paga apenas el saludo frío  
Del buen Don Lope, su tutor, su tío.

Francisco mas allá, jóven robusto,  
Hijo del mayordomo, y cuya fama  
Por la comarca vuela como es justo,  
Pues los placeres y pendencias ama;  
Sin ver del propietario el ceño adusto  
Esege á Doña Inés para su dama  
Durante el día, y la regala flores,  
Y por patios la sigue y corredores.

Y no crea el lector que la señora,  
De suyo altiva, con semblante afable  
A Roman ó Francisco seductora  
Mostrase alguna vez risa infabla.  
Si entrambos la codician en mal hora,  
Jamás á alguno de los dos fué dable  
Hacer á Doña Inés la grave ofensa  
De decirla al oído lo que piensa.

Que está puro su nombre, y de la senda  
 No se apartó jamas de sus deberes,  
 Y el que su sola rectitud trascienda  
 Sirve de fuerte escudo á las mujeres.  
 Mas ¡ay! era preciso tener venda  
 Para dejar de ver que estos dos seres  
 En dulce lazo unidos por el cielo,  
 De la dicha y la paz no son modelo.

Y en huerto donde crece la zizaña  
 La traidora y ruin víbora anida,  
 Y á la honra limpia de la esposa daña  
 Su carencia de afecto si es sabia.  
 De las pasiones en la mar estraña,  
 Contra las recias olas de la vida  
 Solo se tiene por serena y fuerte  
 A quien ama á su esposo hasta la muerte.

Falta de aqueste amor el blando aroma  
 Al corazon de Inés, seco y herido  
 Por el genio brutal que nunca doma  
 Para tratar con ella su marido.  
 Y viendo á la bellissima paloma  
 Inquieta y ya sin goces en el nido,  
 Acéchanla con negras intenciones  
 Meciéndose en el aire los halcones.

Une en su sér á la verdad preclara

Que con solo su aspecto nos cautiva,  
 Mordaz carácter y altiveza rara  
 Que la confianza y el cariño esquiva.  
 Jamas, al parecer, brilló en su cara  
 De la dulce piedad la llama viva,  
 Ni humedeció sus ojos aquel llanto  
 Que al corazon que es bueno alivia tanto.

En el de Inés, del odio la cicuta,  
 Al riego de la hiel de sus pesares,  
 Germina y brota y crece, y más lo enjuta  
 Y lo espone á sufrir nuevos azares.  
 Junto al odio á Don Lope ábrese ruta  
 Sin encontrar los fuertes valladares  
 De la virtud, culpable simpatía  
 Hacia el jóven Roman, de quien es tía.

Mas el oculto afecto su semblante  
 No traicionó jamas, ni dió esperanza  
 A quien suspira, silencioso amante,  
 Y el fuego della á descubrir no alcanza.  
 A Inés era Francisco repugnante  
 Y lo calla tambien: mar en bonanza  
 Su faz parece; mar tranquilo y hondo  
 Que recia tempestad guarda en el fondo.

Con todos siendo altiva é imperiosa,  
 Ante Don Lope tímida se humilla,

De algun tiempo á esta parte, amable esposa;  
 Mas la mirada que en sus ojos brilla  
 Cuando la ultraja aquel con ira odiosa,  
 Déjase ver como fatal cuchilla  
 Que al mayoral destina esclavo rudo  
 Mientras al látigo vil se inclina mudo.

## IV

*Por qué Don Lope vino á América.*

Mientras la esposa cubre diligente  
 Por medio del enjambre de criados  
 La mesa larga con mantel luciente,  
 Flores, frutas, manjares delicados,  
 Copillas de cristal, platos de argente,  
 Candelabros de cera coronados,  
 Cubiertos de trabajo peregrino,  
 Frascos de añejo aspecto y rancio vino;

Mientras que sale y entra disponiendo  
 Lo preciso al convite, y hechicera  
 El tontillo abultado va luciendo,  
 El talle cimbrador como palmera,  
 Los negros ojos de mirar tremendo,  
 La empolvada profusa cabellera,

Sarta de perlas, prendedor, cintillo,  
 El calzado sonante de palillo;

Trasladaré al lector á lo pasado  
 Cinco ó seis años antes, y en privanza  
 Le haré ver á Don Lope y festejado  
 Allá en Madrid por el favor que alcanza.  
 Una misma pasion nudo apretado  
 De franco afecto é íntima alianza  
 Formó entre el noble y brusco caballero  
 Y el poderoso rey Cárlos Tercero.

Con raro afan desde que el alba asoma  
 Van los dos á cazar todos los días:  
 Montado el rey en el corcel que doma,  
 Sueltas á un lado y otro las jaurías,  
 Vaga del hondo valle á la alta loma  
 Hasta que llegan las tinieblas frías;  
 Y siempre al perseguir al erizado  
 Jabalí, á Don Lope tuvo al lado.

Infatigable y diestro el noble adusto,  
 No siempre ha limitado sus hazañas  
 A fácil presa ó á luchar sin susto  
 Con el temible lobo en las montañas.  
 Antes su brazo enarboló robusto  
 El glorioso pendon de las Españas  
 Frente al peñon de Gibraltar temido,

Del plomo del inglés quedando herido.

Sangre ilustre heredó de sus mayores  
Y con ella riqueza en abundancia;  
Preciados son sus títulos y honores,  
De sus predios inmensa es la ganancia;  
Pero sus prendas deslució mejores  
Ira fatal, insólita arrogancia,  
Que al menor accidente se exaspera  
Y es, como luego dicen, una fiera.

Es duro pedernal que, del acero  
No bien tocado, en luminosa chispa  
Deja el fuego brotar; si enojo fiero  
Nubla sus ojos y sus labios crispa,  
No reconoce freno el caballero,  
Y semejante á la irritada avispa  
De su panal lanzada, va sin tino  
Hiriendo á cuantos halla en su camino.

La pasión de la caza era ya vicio  
En el famoso rey, que, al fin, acaba  
El fardo por soltar de su alto oficio  
Trocando el áureo cetro por la aljaba.  
Del poder absoluto el ejercicio,  
Y no de tino exento, encomendaba  
A la sabiduría y los afanes  
De los condes de Aranda y Campomanes.

En esta corte y por aquellos días,  
Trasponiendo los altos Pirineos,  
Apareció con ínfulas sombrías,  
De novedad envuelta en los arreos,  
Copia fatal de máximas impías  
Que ya ostentaba tronos por trofeos,  
Y afilaba del pueblo en la ignorancia  
Puñal que luego ensangrentó á la Francia.

A su soplo mortal ¡cuánto sufrieron  
La fe y el entusiasmo y la hidalguía  
Que de siglos atrás innatos fueron  
Al pueblo á quien el sol no se ponía!  
La Cruz, á que los moros se rindieron,  
La Cruz, que un mundo ignoto descubria,  
Vió detenido el vuelo á que se lanza  
De la humana razón por la balanza.

Y aquel soplo mortífero que hiela  
Todo amor que no sea el de sí mismo,  
La generosa sed que gloria anhela  
Llega á trocar en sórdido egoísmo:  
A la ambición rastrera pone en vela  
Y abre á la sociedad profundo abismo,  
Haciendo al pueblo conculcar las leyes,  
Convirtiendo en tiranos á los reyes.

Tuvo el de España parques destinados

A la conservacion y fácil cria  
De corredoras liebres y venados;  
Más que al reino á sus parques atendia;  
A la planta del vulgo eran vedados,  
Y á quien mano sacrilega ponía  
En guardas, pastos, provisiones, fieras,  
Reservaba la ley penas severas.

Del rey el guardabosque á su presencia  
Llegó una vez, y en ademan confuso  
Y después de una y otra reverencia  
Cual de vasallo á rey estaba en uso,  
No sin servil temor grave ocurrencia  
En estos ú otros términos espuso:  
—De la bellota junta en la alquería  
Eché á los ciervos la racion del día;

Y ya me retiraba, cuando advierto  
Que al pasar de Ramon el aldeano  
Un segador para el vecino huerto,  
A las bellotas estendió la mano.  
Volví luego á contarlas, y por cierto  
Que un hurto dellas cometió el villano.  
—¡Y la falta cuál es que en ellas notas?  
—Faltaron al monton siete bellotas.

—¡Siete años á presidio el aldeano  
Cuyos mozos me roban! el rey dijo.

Llegó Ramon y suplicóle en vano  
Que revocara la sentencia; el hijo,  
A quien la esposa trajo de la mano,  
Al rey miraba con afan prolijo,  
Con inocentes lágrimas los ojos,  
Ramon, la madre y él puestos de hinojos.

A interceder por ellos compasiva  
La reina Amalia, de virtud dechado,  
Vino cerca del rey, y el rey la esquivó  
Con terrible ademan y gesto helado.  
Trémulo el labrador, la faz altiva,  
Se levanta y, de guardias rodeado,  
Como si fuese reo de homicidio,  
Con la cadena al pié marcha al presidio.

Al llanto de la esposa desolada  
La ira en todo el lance reprimida  
De Don Lope en el pecho, desatada  
Con voces de furor se abrió salida.  
En su buen corazon y en su alma honrada  
De la justicia el sentimiento anida,  
Y al verla hollar, en ciego paroxismo  
El respeto á su rey quebranta él mismo.

—¡Quién vió jamas de iniquidad tal muestra?  
¿Os dió Castilla el cetro, por ventura,  
Porque con él la maltratase vuestra

Mano real! — le dice y le asegura  
 Del brazo izquierdo con la fuerte diestra,  
 Y en sus ojos la cólera fulgura,  
 Y la corte de escándalo dá un grito  
 Y ve al rey y á Don Lope de hito en hito.

Cárlos, un punto estupefacto y mudo,  
 Si bien el rostro pálido de ira,  
 Rechaza al noble con esfuerzo rudo,  
 Ase la daga y con horror le mira.  
 Y como quiso hablar y hablar no pudo,  
 A la inmediata alcoba se retira,  
 Y entre la confusion que el lance deja  
 Lope de allí con rapidez se aleja.

Y de la corte huyó, y huyó de España  
 Renunciando sus títulos y honores;  
 Hondo pesar el corazon le daña  
 Al recordar del rey altos favores.  
 Quiso aplacar su enojo y justa saña  
 Y á tal fin le escribió de las Azores,  
 Do, con supuesto nombre, en triste día  
 Halló refugio impune su osadía.

Cárlos le perdonó; pero le cierra  
 La angusta majestad, dél ofendida,  
 Las puertas ¡ay! de la nativa tierra,  
 Y le manda que en México resida.

Tal porvenir su espíritu no aterra;  
 La mar, en el invierno enfurecida,  
 Surca su nave audaz con rumbo cierto  
 Y arriba, al fin, de Veracruz al puerto.

## V

*Casamiento de Don Lope.*

Mayo espiraba ya, tras sí dejando  
 Rico matiz de flores en la tierra,  
 Cielo de oscuro azul, céfiro blando,  
 Verde y sin nieve alguna el alta sierra.  
 Si pardo nubarrón se va formando  
 Y si retumba el trueno en són de guerra,  
 Es que se anuncia á campos y ciudades  
 El mes de las sonoras tempestades.

Pero trina en el árbol sin recelo  
 El pájaro cantor, murmura el río  
 Reverberando al sol, cruzan el cielo  
 En bandadas las aves del estío,  
 Y se destacan del quebrado suelo  
 Pardas las torres, blanco el caserío;  
 Y la ciudad á celebrar se apresta  
 Del corpus hoy la religiosa fiesta.

Del fresno y liquidámbar enlazados  
 Forman los tallos enramada umbrosa  
 Por las alegres calles, y á los lados  
 La multitud se agolpa silenciosa.  
 Hay altares riquísimos alzados  
 Acá y allá, do el Sacramento posa,  
 Y el soplo hace ondular del aura amiga  
 La llama del blandon, la rubia espiga.

Desde las torres el metal sonoro  
 De las campanas su clamor da al viento;  
 De atambores y pífanos el coro  
 Suena si calla musical concento.  
 Lleva el pastor en relicario de oro  
 La Augusta Majestad del Sacramento,  
 Y al pasar de soldados entre hileras  
 Humíllanle sus armas y banderas.

Abre la procesion y se adelanta,  
 El estandarte de la cruz llevando  
 Con brazo fuerte y con segura planta,  
 Noble anciano que ejerce civil mando.  
 Turba de niños que la vista encanta  
 Angeles ó sibilas figurando,  
 Sigue despues, y porta pebeteros,  
 Haces de trigo, frutas y corderos.

En blanca nube de oloroso incienso

Que arde en braseros de bruñida plata,  
 Se oculta el Dios que con poder inmenso  
 Enfrena el mar y el aquilon desata.  
 Mírale el sol desde el zenit suspenso,  
 Y su alabanza en armonía grata  
 Ensayan aves, céfiros y fuentes,  
 É inclínanse ante Dios todas las frentes.

¡Tiempos de dulce paz y fe sincera  
 En que la vida resbaló tranquila  
 Cual arroyo que cruza la pradera  
 Hasta llegar al mar do se aniquila!  
 Llama apacible que con mano artera  
 No apaga la impiedad, ni al viento oscila  
 De la funesta duda, la Fe santa  
 La vida alegre y el sepulcro encanta.

¡Tiempos de fe y amor! ¡Si fuese dado  
 Teneros en lugar de los presentes!  
 Contra sí, contra el cielo se han alzado  
 En su impiedad las orgullosas gentes:  
 De Dios y de su Ley han blasfemado,  
 Profanan los sepuleros, y dementes  
 Cierran contra los templos seculares  
 Convirtiendo en escombros los altares!

Escuálida y febril siéntase en tanto  
 A nuestra mesa el Hambre; arde y aterra

Y sangre hace verter y largo llanto,  
De acero armada asoladora Guerra.  
Negras las torpes alas, negro el manto,  
Sobre la faz de la afligida tierra  
La Peste vuela, y en su oscuro seno  
Halla solo refugio y paz el bueno.

¡ Si los hallase yo bajo la sombra  
De aquellos resonantes platanos,  
Donde de flores hay perenne alfombra  
Y embalsaman la atmósfera azahares;  
Donde el cariño paternal me nombra;  
Donde el rincón de mis antiguos lares  
Muestra limpios blasones de nobleza,  
Que hoy lo son el trabajo y la pobreza!

¡ Engañosa ilusión! ¡ Inútil voto!  
En este mar de que salir anhelas,  
Pobre alma mía, y que enfurece el noto,  
Boga mi nave audaz rota y sin velas.  
Siendo inesperto y débil el piloto,  
En el fondo, cual tímidas gacelas  
Atadas van, para que más te aflijas,  
Mi amante esposa y mis pequeñas hijas. —  
Vuelvo á mi narración. Triste y cansado  
De contemplar la estéril playa ardiente  
Que con sus ondas bate el Golfo airado,

Intérnase Don Lope. Alta pendiente  
Encumbra su corcel, ya fatigado,  
Y el caballero aspira fresco ambiente,  
Y entre el quebrado monte y fértil vega,  
Jalapa ante sus ojos se despliega.

Creyó ver á los lados del camino,  
Que cual serpiente inmensa se estendía  
En llano de labores peregrino,  
Los campos de la hermosa Andalucía.  
Brillaba el caserío alabastrino  
Con el rayo del sol de medio día,  
Sobre el fondo del monte azul ó verde,  
Donde á trechos entre árboles se pierde.

En lontananza el Cofre se levanta;  
Citlaltepétl su majestad domina,  
Coronado de nieves que abrillanta  
El astro rey; en la región vecina  
Los sitios mira do el labriego planta;  
Allá el espeso bosque y la colina;  
La blanca oveja mas acá retoza  
Junto al umbroso huerto y limpia choza.

Encantado el ibero avanza en esto,  
Y en la ciudad penetra y le parece  
De frescas flores primoroso cesto  
Segun la gala que á su vista ofrece.

Cruza las calles y con paso presto  
Hacia el lugar donde el gentío crece  
Dirigese curioso, y ver consigue  
La procesion que su carrera sigue.

El brillo de la fiesta religiosa,  
El cielo azul, el perfumado viento,  
Los ecos de la música armoniosa,  
De las campanas el alegre acento,  
El alma varonil, pero piadosa  
De Don Lope, conmueven al momento:  
La faz inclina, y con ternura intensa  
En sus azares y en su patria piensa.

Al levantar la vista halla en seguida  
Coronados balcones y ventana  
De hermosas damas; dominando erguida  
A las otras esbelta mexicana  
Con ricas galas y primor vestida,  
Soles los ojos, las mejillas grana,  
En el hidalgo su mirada puso  
Estático dejándole y confuso.

No es aquella beldad que afecto inspira  
Con solo ser gentil, modesta y blanda;  
Es la altiva beldad que cuando mira  
Las almas quema y con imperio manda.  
Quizá ajeno al amor, mas no á la ira,

Nunca su fuerte corazon se ablanda;  
Lleva en su faz los rasgos uno á uno  
De la fiereza indómita de Juno.

Quitar della la vista el caballero  
Por mas que luego quiso, ya no pudo,  
Si bien lo que en su sér sintió primero  
Más que grata emocion fué golpe rudo.  
De Inés los ojos de mirar severo  
De la ventana al pié le tienen mudo;  
Le ofusca más y más su brillo ardiente  
Como fascina al ave la serpiente.

Y el noble que las fieras avasalla  
Y á quien el plomo del inglés no abate,  
En esta nueva lid fuerzas no halla  
Y de rubor se queda hecho un granate.  
Pasa el tiempo y en áspera batalla  
Más cada dia el corazon le late  
Por la doncella en quien su dicha funda,  
Y el cuello dobla á la nupcial coyunda.

Era Inés sola hija de un minero  
Que sus caudales sepultó en las minas,  
Y halló en la pretension del caballero  
Vetas de plata y oro peregrinas.  
Para avío tomó de su dinero  
Con desenfado sumas no mezquinas;

Su paloma le dió con todo y garras,  
Y, en esperanza ricas, ocho barras.

Ella, que el lujo amaba y la opulencia,  
Por interes y orgullo fué su esposa,  
Y se fingió bellísima existencia  
Libre de afares y pobreza odiosa;  
Y Don Lope, al tomar en la presencia  
Del cura aquella mano deliciosa,  
No vió en su ceguedad, de dicha lleno,  
Que el corazon de Inés era de cieno.

## VI

*Vida doméstica.*

Pasan los primeros dias  
Que siguieron á la boda  
En fiestas, danzas, paseos,  
Visitas y ceremonias.

De los hombres envidiado  
Es Don Lope, y es su joya  
Por rica y feliz, envidia  
De las jalapeñas todas.

En la mañana y la tarde  
Vagan, departiendo á solas,  
Por las pintorescas cumbres  
Y las cañadas umbrosas.

Y al vago rumor del viento  
Que entre los árboles sopla,  
Y al són de arroyos y fuentes  
Que el sol con sus rayos dora,

Se cambian suspiros tiernos  
Cual enamoradas tórtolas,  
Sus juramentos repiten  
Y planes de vida forman.

En la noche, cuando brilla  
Desde la celeste bóveda  
Luna apacible inundando  
En su luz valles y lomas,

Sale en cabalgata á veces  
Inés, manejando airosa  
Corcel que altivo relincha  
Y espuma cándida arroja.

O ya en las pintadas salas  
Do suenan risas y bromas,  
Y cuyo estremado aseo

Los forasteros pregonan;

Do las abiertas ventanas  
Dejan entrar el aroma  
De mosquetas y jazmines  
Que el huerto vecino acopia,

Al dulce compas del arpa  
Que alegre vibra y sonora,  
En ágil danza ver deja  
El pié de esmerada forma. —

Pasan días y mas días:  
Comido el pan de la boda,  
El español, que es activo,  
Ya piensa en diversas cosas.

De la ciudad á dos leguas  
Hacienda de caña compra,  
Y llévase á Inés, venciendo  
Su repugnancia notoria.

Él se entrega á sus faenas;  
Ella consume sus horas  
En el ocio y el fastidio,  
Lejos de cuanto ambiciona.

Él va á la caza y en tanto

Inés indolente ronca,  
Y se enflaquece y consume  
Mientras su marido engorda.

Y, siendo de áspero genio  
Y de condicion despótica,  
Mandarse uno al otro quieren,  
Firmes entrambos cual rocas.

Lo que para el hombre es blanco  
Es negro para la esposa;  
Si él de frio se entumece  
De calor ella se ahoga.

Y así van tornando á ser  
Las amarteladas tórtolas  
Lo que, en rigor, antes fueron:  
Él tigre y ella leona.

Ésta por aquel vencida  
En mil escenas odiosas  
Que el hogar tranquilo truecan  
En infierno de congojas,

Cede al fin, y como esclava  
La frente al tirano dobla,  
Y en odio amargo convierte  
Su indiferencia y su cólera.

Viéndola, al cabo, sumisa,  
 Don Lope á quererla torna  
 Como el día que encendiera  
 Del himeneo la antorcha.

Más son ofrendas inútiles  
 Sus atenciones melosas,  
 Que está la débil cadena  
 De esos corazones rota.

Y en vano con su carácter  
 Don Lope batalla á solas,  
 Contrarestarlo queriendo  
 Por si soldarla así logra.

Que á Inés al mirar cual mármol,  
 Súbitamente se enoja  
 Y estalla en gritos, haciendo  
 La herida más y más honda.

Nególes naturaleza,  
 Tal vez sábia y previsorá,  
 Lo que á las fieras ablanda  
 Y hace á la mujer dichosa.

Hijos Doña Inés no tuvo  
 Que serenasen las olas  
 De hiel en que la barquilla

De su espíritu se engolfa:

Y así falta á su existencia  
 Astro que en noche tan lóbrega  
 Dé objeto á sus pensamientos  
 Y direccíon á sus obras.

Y solo de vez en cuando,  
 De aquella vida monótona  
 En el estrecho horizonte,  
 Brillan cual luces fosfóricas,

Proyectos de fuga ó muerte  
 Que fin á sus males pongan,  
 Y si al principio la espantan,  
 Mas tarde agradables sonla.

Inclinacion que reprueban  
 El cielo y el mundo, brota  
 En su pecho hácia el sobrino  
 Que está de Aranda á la sombra.

Tiempo hace ya que Roman  
 Con espresion melancólica  
 En ella los ojos clava,  
 Si bien hablarla no osa.

Ella, indiferente y fría,

Nada en apariencia nota,  
Y al jóven sigue tratando  
Como á las demas personas.

Poco sagaz el marido,  
En ira terrible monta  
Contra Francisco que en vano  
A su mujer enamora.

De este mozo la presencia  
El noble apenas soporta,  
Y la palabra le escusa  
Y la faz muéstrale torva;

Y no le cierra sus puertas  
Porque, en suma, no halla cosa  
En qué fundarlo y con ello  
Diera á las lenguas su honra.

¡Ay! Si nos fuese posible  
Al traves de seda y blondas  
Y del ondulante seno  
De nieve formado y rosas,

Ver el corazon de Inés  
Lleno de letal ponzoña,  
Retrocediéramos luego  
Como quien víboras toca.

El deseo en él se abriga  
De que, haciéndose más hondas  
Las sospechas del marido,  
Éste con Francisco rompa,

Y haya entre los dos un lance  
Que deje á Inés libre y sola  
Para dar mano y hacienda  
A aquel por quien se halla loca.

Una vez que conocemos  
Cuanto conocer importa  
Para comprender el triste  
Desenlace de la historia,

Con los demas convidados  
Vamos al salon, lectoras,  
Pues la servidumbre avisa  
Que está en la mesa la sopa.

## VII

*El convite.*

Con luces, manjares, flores,  
Ricos vinos, frutas secas,

Pomas cortadas del árbol  
 Esa tarde, rojas fresas,  
 Duraznos que las mejillas  
 De las jóvenes semejan  
 Y aceitunas oleosas  
 Que da Sevilla en sus huertas;  
 Llenando platos y fuentes  
 De rara forma y riqueza,  
 Sobre el mantel que por blanco  
 La piel del armiño afrenta,  
 Al ir entrando á la sala  
 Cubierta hallamos la mesa.

Tras cumplimientos corteses,  
 Ocupan su cabecera  
 Don Lope á la izquierda mano  
 Y su esposa á la derecha.  
 A un lado y otro en seguida  
 Los convidados se sientan,  
 Quedando entre dama y dama  
 Un galan que las atiende.  
 Y como mas allegados  
 O por sobra de llaneza,  
 Francisco y Roman se ponen  
 De los esposos mas cerca.  
 Y aunque al principio el silencio  
 Y la gravedad imperan,  
 La animacion y el bullicio,

Segun la costumbre añeja,  
 Con el licor van saliendo  
 Del fondo de las botellas.

La faz serena y festiva  
 Cual nunca hace tiempo, muestra  
 Don Lope que en la mañana  
 Távola mustia y severa,  
 Quizá porque al ir pasando  
 Del comedor á otra pieza,  
 Vió, sin querer, que Francisco  
 Con presuncion asaz necia,  
 Dió á Inés un ramo de flores  
 Que fué aceptado por ella.  
 Cuando iba á estallar acaso  
 La indignacion que le llena,  
 Cartas de Madrid recibe  
 Y, vistas firmas y fechas,  
 En sus mal trazadas líneas  
 Halla tan felices nuevas,  
 Que en arrebatos de júbilo  
 Su ciego enojo se trueca,  
 Y torna á leer y al cielo  
 Ojos y palmas eleva.  
 Con su destierro, del trono  
 La majestad satisfecha,  
 Cárlos Tercero su gracia  
 De nuevo ya le dispensa ;

Y hasta en sus brazos reales  
 A Lope estrechar anhela,  
 Y festejar su llegada  
 Con cacerías espléndidas  
 En que monarca y vasallo  
 No den reposo á las fieras.  
 ¡Cuál á estos sueños de dicha  
 El buen Aranda se entrega!  
 Mírase ya al pié del trono,  
 Que altiva corte rodea,  
 Objeto de los favores  
 Que al ambicioso desvelan;  
 Torna á mirar el escudo  
 De la casa solariega;  
 Torna á respirar las brisas  
 De las castellanas sierras  
 Donde conoce uno á uno  
 Los árboles de las selvas.  
 Y cuando de tales sueños  
 A lo presente despierta  
 Y los terribles cuidados  
 Que Inés le infunde recuerda,  
 En sus adentros se dice  
 Que, en rigor, crimen no encuentra  
 En que su esposa reciba  
 Las flores con que la obsequian;  
 Siendo, además, evidente  
 Que el peligro, si lo hubiera,

Se alejaría poniendo  
 Entre ella y Francisco tierra.  
 Y en la expansion de su gozo,  
 Alma generosa y buena,  
 Si bien á todos oculta  
 Bajo un áspera corteza,  
 De sus pesares domésticos  
 Toda la culpa se echa  
 Creyendo que anduvo torpe  
 En sepultar en la hacienda  
 A Inés que ha sido criada  
 Entre regalos y fiestas;  
 Que si humildes flores hay  
 Que solo en la sombra aciertan  
 A vivir, lejos del rayo  
 Del sol las demas se secan;  
 Que de la corte mecida  
 En la fastosa opulencia,  
 Inés, que ha ceñido siempre  
 De la beldad la diadema,  
 Será de su esposo al lado  
 Feliz, amante y benévola.  
 A tales sueños Don Lope  
 En su escritorio se entrega,  
 Y para hacer el viaje  
 Trata de arreglar sus cuentas,  
 Al mayordomo dejando  
 Molinos, ganado y tierras,

Cuando su esposa le avisa  
Que está la sopa en la mesa  
Y él, sin decir la palabra,  
Hacia el comedor la lleva.

¡Qué extraño es, pues, que el semblante  
Festivo el hidalgo tenga  
Mientras su espíritu halagan  
Consoladoras ideas?  
Propónese á Inés, que está  
Cual nunca arrogante y bella,  
A Roman y al mayordomo  
Y á toda la concurrencia,  
Dar de tan faustas noticias  
A los postres la sorpresa.  
Alza, entretanto, su copa  
Do el claro jerez chispea,  
Y antes de llevarla al labio,  
Con voz de entusiasmo trémula,  
En estas ú otras palabras  
Muy semejantes se espresa:

“Del alto favor caído  
De Carlos, gloria de España,  
Me condenó en tierra extraña  
Al deshonor y al olvido.

“Mas de las iras reales,

Que respeto cual vasallo,  
Los cielos burlan el fallo  
Trocando en dicha mis males.”

Cuando así hablaba, á su vista,  
Aunque en direccion inversa,  
Puesta en la pared de enfrente  
Ancha luna de Venecia,  
Sala, mesa, luces, flores  
Y convidados refleja.  
En aquel cuadro animado  
Le pareció que halagüena  
Inés miraba á Francisco  
Con misteriosa reserva;  
Mas, al recordar lo injusto  
De sus antiguas sospechas,  
Domínase y luego añade  
Con voz firme y faz serena:

“Franca, amistosa acogida  
Dióme esta colonia, á fe,  
Y casi al llegar hallé  
Con el amor nueva vida.

“Y no el amor me hirió en vano,  
Pues, sellando mi ventura,  
Inés me entregó ante el cura  
Su corazon y su mano.”

Aquí Aranda, á pesar suyo,  
 La vista al espejo lleva,  
 Y á Inés y Francisco hallando,  
 Al punto los ojos cierra,  
 Creyendo sinceramente  
 De horrible ilusion ser presa;  
 Y el interrumpido brindis  
 Prosigue de esta manera:

“Por mí, que he sido asaz necio,  
 Aquí su beldad sepulta,  
 Cuando estar no debe oculta  
 Joya de tan alto precio.

“Lejos de aquestos lugares  
 Presto se hallará en su esfera,  
 Cual la corza en la pradera  
 Y como el pez en los mares.”

Dar fin al brindis no pudo  
 El noble; en sus fauces queda  
 Inmóvil, cual si tuviese  
 Nudo apretado, la lengua.  
 En su faz la vista clava  
 Entonces la concurrencia  
 Y desencajada hallóse la,  
 No sin profunda estrañeza.  
 Y al ver que al espejo está

Mirando con insistencia,  
 Todos al espejo miran  
 Y nada notable encuentran.  
 Torna á Doña Inés el rostro  
 Súbito Aranda, y observa  
 Que está con plato y cuchillo  
 Jugando con indolencia,  
 Entrecerrados los ojos,  
 De afectacion sin dar muestras.  
 Que fué el espejo encantado  
 Por arte mágica piensa,  
 O que sus propios sentidos  
 El vino á turbar empieza.  
 Embelesado admiraba  
 De Inés la beldad suprema  
 Desechando los recelos  
 Que á su dicha se atraviesan,  
 Cuando en el seno ondulante,  
 Que brilla como azucena  
 Al traves de ricas blondas  
 Con que se recata á medias,  
 Hállala prendido el ramo  
 De heliotropio y madre selva  
 Que, audaz y á solas, Francisco  
 En la mañana la diera.

Y el noble que ante la corte  
 Su indignacion no refrena

Y en su rey, siendo vasallo,  
 Puso sacrílega diestra;  
 Sin respetarse á sí mismo,  
 De estraños en la presencia,  
 Rompe el cristal de su honra  
 Que, roto, jamas se suelda.  
 Y en uno de aquellos ímpetus  
 De cólera que le ciegan,  
 Crispado el labio y convulso,  
 Hinchadas todas sus venas,  
 Los ojos chispas echando,  
 Juntas las pobladas cejas,  
 Arranca el ramo de flores  
 De afecto bastardo prenda,  
 Del seno de Inés, y al rostro  
 Se las arroja, diciéndola:  
 — Esto merece quien mancha  
 De mi blason la limpieza.

Cae desmayada en la alfombra  
 Inés, y salta cual fiera  
 Sobre Francisco Don Lope  
 Y entre sus brazos le cierra;  
 Mas, acudiendo Roman  
 Y el padre del mozo, á fuerza  
 Logran, al fin, separarlos  
 Echando á Francisco afuera.  
 Y como al trueno del rifle

Turba de palomas vuela,  
 Sobresaltadas las damas  
 Corren, ganando las puertas.—  
 Mudo y temblando el hidalgo  
 Con espantosa violencia,  
 Se va á su alcoba, y al lecho,  
 Perdida ya la cabeza,  
 Cual tronco inerte se arroja  
 Dando á su venganza treguas.

## VIII

*El crimen.*

Quedó convertida  
 La casa en desierto,  
 Damas y galanes  
 Tomando ligeros  
 Las vías que tienen  
 La villa y el pueblo.  
 Desde antes habian  
 Músicos y obreros,  
 Dando fin al rico  
 Festin suculento,  
 A ranchos y haciendas  
 O á sus chozas vuelto.

El patio recorren  
 No pocos domésticos  
 De mesas y adornos  
 Quitando los restos,  
 Y hecha su faena,  
 Recógense luego.  
 Mueren las fogatas,  
 Cesa todo estruendo,  
 Reina oscura noche  
 En el firmamento;  
 Con ella en la tierra  
 Su hermano el silencio,  
 Que solo interrumpen  
 En el llano estenso  
 A veces con ronco  
 Ladrido los perros.

Quitadas las joyas,  
 El cabello suelto,  
 Rojas las mejillas,  
 Mal velado el seno,  
 Del cuarto de Aranda  
 Que ha quedado abierto,  
 La hermosa Inés sale  
 A tomar el fresco.  
 Abriga en su mente  
 Horribles proyectos,  
 Y del corredor

En el antepecho  
 Reclínase y busca,  
 Los ojos volviendo  
 A un lado y al otro,  
 Sombra ó bulto inquieto,  
 Estando segura  
 De que habrá de verlo.  
 Y anhela entretanto  
 Ráfaga de viento  
 Que apague propicia  
 De su rostro el fuego;  
 Mas natura duerme  
 Letárgico sueño,  
 Precursor acaso  
 De huracan violento;  
 La hojilla está inmóvil  
 En el tallo tierno;  
 De la infiel esposa  
 Comprímese el pecho.

Testigo hace poco  
 Del lance finesto  
 Que hubo en el convite;  
 Respirando celos,  
 Su falta de audacia  
 Quizá maldiciendo,  
 Roman en la sombra  
 Se oculta, no lejos

De aquella que causa  
 Su inútil tormento.  
 De Inés las miradas,  
 El enojo ciego  
 De Lope, el escándalo  
 Que dió el caballero,  
 Sospechas le infunden  
 Y es su alma un infierno.  
 Se halla decidido,  
 Rasgando los fueros  
 De honor y decoro  
 Que hasta aquí pusieron  
 Candado á sus labios,  
 Coto á sus intentos,  
 A obtener la llave  
 De aqueste misterio  
 Pidiendo á Inés cuenta  
 De tales sucesos.  
 Dirígese á hablarla,  
 Mas queda suspenso  
 Al oír los pasos  
 Del otro mancebo  
 Que á Inés llega y dice,  
 Turbado el aliento:  
 —Soñaba insensato  
 De dichas un cielo:  
 Tal vez lo veía  
 En los ojos vuestros;

Mas ¡ay! que ya herido  
 Sin honra despierto,  
 Ludibrio de estraños,  
 De lástima objeto,  
 Presa de furoros  
 Que cebar no puedo.  
 Matar al esposo  
 Fuera, Inés, perderos,  
 Y si no le mato  
 La vida yo pierdo.  
 Siendo, pues, terribles  
 Entrambos extremos,  
 Antes que amanezca  
 Para siempre os dejo.  
 — ¡Qué! ¿Te vas, Francisco?  
 ¡Desdichada! ¡Oh cielos!  
 ¿Qué va á ser de mí  
 En trance tan fiero?  
 ¿Tienes, por ventura,  
 A mi esposo miedo...?  
 — Há poco en la sala,  
 Al ver que del seno  
 Os quitó las flores  
 Prenda de mi afecto,  
 Y al sentir sus manos  
 En mi rostro luego,  
 Si Roman y otros  
 No se han interpuesto,

Lavando mi afrenta  
 Le hubiera yo muerto  
 Con este cuchillo  
 Que en esos momentos  
 Vuestra linda mano  
 Soltó, y que del suelo  
 Recogí, señora,  
 Y conmigo llevo.  
 Despues he pensado  
 Que fuera gran yerro  
 Matar á Don Lope,  
 Y de vos me ausento.  
 —Haces bien, y es justo  
 Que descargue el peso  
 De su enojo Aranda  
 Solo en mí, ¿no es esto?  
 Vuelto á sus sentidos,  
 A sus manos muero,  
 Que está de mi sangre  
 Cual tigre sediento.  
 ¡Mal haya, Francisco,  
 Quien pone su afecto,  
 Contra sus deberes  
 Y afrontando riesgos,  
 En seres mezquinos  
 Tímidos ó necios!  
 — Me halagais, señora,  
 Y me herís á un tiempo.

¡Oh suprema dicha!  
 ¿Me quereis?— Te quiero.  
 — Mandadme.— Fundado  
 Tu temor encuentro;  
 Antes que amanezca  
 Vete.— Aquí me quedo.  
 —¿Qué dices? ¿Variaste  
 De planes tan presto?  
 — De vuestro cariño  
 Estando ya cierto,  
 No puedo alejarme,  
 Dejaros no puedo.  
 — Mira que la vida  
 Te va de por medio.  
 — Es muerte arrastrarla  
 De quien se ama lejos.  
 Mas ¿por qué no huimos  
 Los dos?— Porque temo  
 Que Aranda nos vaya  
 Los pasos siguiendo.  
 Diera con nosotros,  
 Francisco, aunque fuéramos  
 Por tierras ignotas  
 Del mundo al extremo.  
 —¿No pensais que, en tanto,  
 Dichosos seremos?  
 — Dicha así mezclada  
 De afanes detesto.

Oyeme: si Lope  
 De ataque apoplético  
 Que inmóvil le tiene  
 Agora en el lecho,  
 Reponerse logra,  
 Fallan mis proyectos  
 Y entonces te alejas,  
 Ya te lo prevengo.  
 Tu vida me es cara  
 Y está, lo confieso,  
 Vendida, pues Lope,  
 A la suya vuelto,  
 Muerte con su espada  
 Te da sin remedio.  
 Mas de lo contrario,  
 ¿Qué decirte puedo...?  
 Mucho has padecido,  
 Tiempo há que lo advierto  
 Y en mi pecho cunde  
 Del tuyo el incendio.  
 — ¡Oh Inés! — ¡Oh Francisco!  
 — ¡Me quereis? — Te quiero.  
 — ¡Morirá Don Lope?  
 — Lleva trazas dello.  
 — ¡Le creéis tan grave?  
 — Por tus ojos verlo  
 Convertido en tronco  
 Puedes al momento.

Hay luz en el cuarto:  
 Míralo, está abierto;  
 Nadie está con Lope;  
 ¡No le tengas miedo!

En el punto mismo  
 En que va resuelto  
 De Lope á la alcoba  
 Entrando el mancebo,  
 Roman que ha seguido  
 De Inés en acecho,  
 Lo que hablando estuvo  
 Sin oír empero,  
 A su vez la dice,  
 Súbito saliendo:  
 — No son infundados  
 Del tío los celos  
 Como me afirmasteis,  
 Segun lo que advierto.  
 — Cállate, Roman,  
 No perdamos tiempo.  
 De lo que en tí pasa  
 Conozco el secreto.  
 — ¡A qué entró Francisco?  
 — Aranda el deseo  
 Me mostró de hablarle.  
 — ¡Háse ya repuesto  
 Mi tío? También

Hablarle yo intento.  
 — No es hora oportuna  
 Ésta en que me esfuerzo  
 Por dar á tus ansias,  
 Roman, dulce premio.  
 — ¡Qué decís, señora?  
 ¿Es acaso un sueño  
 Lo que está pasando?  
 — Muy bien puede serlo  
 Si á hacer lo que exijo  
 No te hallo dispuesto.  
 — ¡Qué exigís? — Que vayas  
 A esperarme luego  
 Solo y con caballos  
 Del camino en medio,  
 De la enerucijada  
 Junto al roble viejo.  
 — ¡Un rapto...? — La vida,  
 Roman, me va en ello.  
 — ¡Sangre, honor, deberes,  
 Adios! Yo estoy ciego.  
 Tal dicha me mata.  
 — Tal dicha logremos.  
 — Pero ¿y lo que he visto?  
 — ¡Ah niño inesperto  
 Que por recta senda  
 Marchas á tu objeto,  
 Sin ver que es la astucia

El mejor sendero!  
 Mientras yo te esplico  
 Todo cuanto he hecho,  
 De ser venturosos  
 La ocasion perdemos!  
 — Vóime al punto. — Vuela,  
 Roman. — Os espero.

Iba por el patio,  
 Iba repitiendo:  
 “¿Es lo que me pasa  
 Realidad, ó sueño?”  
 Cuando de la alcoba,  
 A guisa de espectro,  
 Demudado el rostro,  
 Erizo el cabello  
 Y hácia todas partes  
 Los ojos volviendo,  
 Francisco salia,  
 Temblándole el cuerpo.  
 Sintió Inés al verle  
 Júbilo siniestro,  
 Y estas breves frases  
 Los dos se dijeron:  
 — ¡Cómo sigue Aranda?  
 ¿Le has visto? — ¡Le he muerto!

## IX

*Preparativos del entierro.*

¡Noche de horror y execracion! Clavado  
 Por la lujuria, el miedo y la venganza,  
 De Don Lope en el pecho está el cuchillo  
 Con que su esposa en el festín jugara.  
 Astuta cual serpiente indujo al mozo  
 A consumir el crimen á sus anchas,  
 É hipócrita y falaz, cuando él la dice  
 Que á su marido asesinó, se espanta.—  
 Caballero infeliz que en tal arpía  
 Cifraste de tu dicha la esperanza,  
 Haciéndola, al llegar á tu destierro,  
 De tu cariño imán, de tu honor guarda:  
 Con ellos y tu fe pusiste en vano  
 Tesoros y blasones á sus plantas,  
 Que á gratitud y amor su pecho cierra  
 Y de hiena feroz son sus entrañas;  
 Y en vez de reducir con la dulzura  
 Tu áspero genio á condicion mas blanda,  
 Quiso oponer al pedernal acero,  
 Y con tu muerte impune ver su infamia.

Ya no podrá en sus brazos estrecharte  
 El poderoso rey de las Españas,  
 Ni tornarás de honores rodeado  
 Tu patria á ver, tu solariega casa;  
 Ni á perseguir á las audaces fieras  
 En las quebradas sierras castellanas,  
 Ni á combatir contra el leopardo altivo  
 Que preso á Gibraltar tiene en sus garras.  
 Tú que venciste á tus contrarios siempre  
 En campo abierto y con iguales armas,  
 En tu lecho, embargadas tus potencias,  
 Sin poderte valer, rindes el alma  
 Al hierro de un gañán que tiembla al verte,  
 Y á quien una mujer cubre la espalda!  
 Por su doble traicion antes que el gallo  
 De aquesa noche el término anunciara,  
 Y sin darte razon del trance horrible  
 Que de la vida terrenal te aparta,  
 De Dios en la presencia compareces  
 De tu violenta ira entre las llamas!

Tibio en el blando lecho está el cadáver,  
 Descompuesta la faz y amoratada,  
 Fijos, al parecer, los turbios ojos  
 En el labrado techo de la estancia;  
 En los cárdenos labios contraídos,  
 Como algodón cardado espuma blanca;  
 En desórden las ropas y colgando

El diestro brazo fuera de la cama.  
 En el lugar del corazon rojizas  
 Gotas de sangre la camisa manchan  
 Frescas aún, del ignorado crimen  
 De Francisco é Inés única rastra.

Azorado el mancebo, ella tranquila  
 Al parecer, si con ocultas ansias,  
 Los dos penetran, sin hacer ruido,  
 En la alcoba, mas súbito se paran.  
 —“¿Hablabais vos?... ¿Llamaron á la puerta?  
 ¿Qué ha sido ese rumor?—dice á la dama  
 Francisco, y ella, al resonar su acento,  
 Con inquietud mortal vuelve la cara.  
 —Es ráfaga de viento, le responde,  
 Y en desatarse el huracan no tarda;  
 Démonos prisa, pues.”—Del cuarto mismo  
 Inés fuerte costal ligera saca;  
 Van los dos hácia el lecho y el cadáver  
 Con hábitos tan burdos amortajan.  
 No sin esfuerzo en el costal metidos  
 Cabeza y brazos, en seguida amarran  
 La estremidad abierta, y con ayuda  
 De la mujer, Francisco el bulto carga.  
 —¿Adónde lo llevamos?— Hay al lado  
 Del camino á la villa honda barranca.  
 —Dista casi una legua.— Pero sabes  
 Que á sus profundos senos nadie baja.

—Mucho pesa Don Lope.— Fuerzas tengo  
 Por si las tuyas hoy nos hacen falta.  
 —Ved que nos coge el dia.— Tiempo sobra  
 Para ir y volver antes del alba.

Vencido á su pesar, el mozo emprende,  
 De Inés á un gesto, fatigosa marcha;  
 Pero al salir del cuarto se tropieza  
 Con la mesilla en que la luz estaba.  
 Con todo y candelero la bujía  
 Del lecho ya desierto hasta las sábanas  
 Que en parte el suelo tocan, rueda al punto  
 Y en el lienzo, á la vez, cunde su flama.  
 Doña Inés se detiene un solo instante  
 Movida del intento de apagarla;  
 Mas luego reflexiona, y á sí misma  
 Se dice, no sin júbilo: “Que arda  
 La casa toda; así mejor oculto  
 De Aranda el fin á la justicia humana.”  
 Y tomando, de paso, una cajita  
 De bella forma, de carey y nácar,  
 Provista de doblones y diamantes  
 Con otras valiosísimas alhajas,  
 Y un rebozo de seda echando al cuello,  
 Tras de Francisco al corredor se lanza.

¡Noche de horror! Mientras retumba el trueno  
 Y el terrible huracan bate sus alas

Del Septentrion al Sur, tu fin anuncia  
 El gallo vigilante con voz clara;  
 Mas permanece el mundo envuelto en sombras  
 Hasta que en el Oriente asome el alba,  
 Y entretanto los genios infernales  
 Siguen urdiendo crímenes sin tasa!

## X

*Salto mortal.—Precaucion de la justicia.*

Tras el corredor oscuro,  
 De todo es calma y sosiego,  
 El patio cruzan y luego  
 Detiénense al pié del muro.

Abre Inés angosta puerta  
 Con llave á todos oculta,  
 Y la pareja resulta  
 En la campiña desierta.

Della marchando al traves,  
 Van á salir al camino  
 Con su carga el asesino,  
 Tras él, vigilante Inés.

Como el huracan arrecia  
 Y el cansancio al mozo daña,  
 Y quien así le acompaña  
 De compasiva se precia,

Muy avanzada la ruta,  
 Con él la carga divide,  
 Y él, que otra cosa no pide,  
 Asaz alivio disfruta;

Sin advertir el bellaco  
 Que Inés, con maña infernal,  
 De su ropilla al ojal  
 Ata las cuerdas del saco.

Aparte el clamor del viento  
 Que lluvia escasa ha traído,  
 Ella creyó haber oído  
 Rumor cercano un momento.

Pero registrar fué en vano,  
 Y halló su vista indiscreta  
 En oscuridad completa  
 Camino, cumbres y llano.

Solo á un relámpago leve  
 Que esclareció el horizonte,  
 Bulto vió cerca del monte

Y jurara que se mueve.

Y aunque lo estimó confuso,  
Teniendo el ánimo inquieto,  
El desconocido objeto  
No poco espanto la puso.

Queda á su espalda. ¿Es acaso  
Que alguien descubrió el horrendo  
Delito y viene siguiendo  
A los culpables el paso?

Amaga así la existencia  
Inquieta del criminal  
Siempre suspenso el puñal  
De la asustada conciencia.

Quisiera desviarlo Inés  
Creyendo que su terror  
Causa importuno pastor  
O descaminada rés.

Mas algo la dice adentro  
Que quien á otros enreda,  
Preso fácilmente queda  
De su maraña en el centro.

Y, de distraccion por vía,

De nuevo pónese al lado  
Del mozo que, fatigado,  
Con el costal no podía.

Y entre uno y otro arrumaco,  
Mientras el peso comparte,  
Más y más liga con arte  
Del mozo á la ropa el saco.

Cuando en instante propicio,  
Tras angustiosas faenas,  
Llegan, respirando apenas,  
Al borde del precipicio,

No lejos dellos Roman  
Que, de esperar aburrido,  
Les vió salir y ha seguido  
Como el acero al iman;

Sin que el proceder comprenda  
De aquella que á huir le invita  
Y al mismo tiempo á otra cita  
Marcha por distinta senda;

Del fuego al tenue fulgor  
Que cunde en casa y molino,  
Desde un lado del camino  
Vislumbra escena de horror.

Francisco afirma la planta  
En el húmedo terreno,  
Orillas del hondo seno  
Cuya apariencia le espanta.

A corta distancia Inés,  
Con atención inaudita  
Mirando al joven, tiritó  
De la cabeza á los piés.

Para lanzarlo al abismo  
Francisco mece el costal;  
Lo arroja, y con fuerza igual  
Parten el saco y él mismo.

Un punto, al sentir el rudo  
Tiron, alargó aterrado  
Las manos, y asir al lado  
Arbol ó zarza no pudo.

Roncos gritos de agonía,  
Que á Roman hieren cual dardos,  
Repiten los ecos tardos  
De la barranca sombría;

Y el grave rumor los sella  
De un cuerpo que, en lo mas hondo,  
En los peñascos del fondo,

Tras cien rebotes, se estrella.

Va á partir, fuera de sí,  
Inés, de Roman en busca,  
Y más su razón se ofusca  
Viendo á este joven allí.

Duda si sueña ó delira,  
Y se detiene turbada;  
Mas de Roman la mirada  
Despide rayos de ira.

Rompiendo, á poco, el silencio  
La dice:— Quisiera en vano  
Desentrañar el arcano  
De todo cuanto presencio.

Mas lo que veo es de suerte  
Que horror, Inés, me causais:  
El incendio en pos dejais  
Trayendo á un hombre á la muerte.

Y, no sé si desvarío;  
Mas agora hasta sospecho  
Que habeis ahogado en su lecho  
A vuestro esposo y mi tío.

— ¡Tales palabras me dices

Cuando el camino te allano  
Para que en clima lejano  
Los dos vivamos felices?

— Manchado el camino queda  
De sangre humana; á fe mia,  
Mi planta resbalaria  
En él; que os siga quien pueda!

Asaz castigado estoy  
Por este afecto bastardo:  
Clavado en el alma un dardo  
He de llevar desde hoy.

Pero mi deber me ordena  
Que, al dirigiros mi adios,  
Diga á vuestro oído: “Vos  
No sois mujer, sino hiena.”

Se aleja con paso presto  
El amante, y queda Inés  
Como clavados los piés,  
Muda, y asombrado el gesto.

Volviendo de su estupor,  
Siéntese animada y fuerte:  
Solo una lágrima vierte,  
Pero es de hiel y rencor.

El rumbo toma resuelta  
De la finca, á los reflejos  
Del incendio en que arde al lejos  
En humo y llamas envuelta.

Espectáculo tal viendo,  
Del pueblo la gente sale,  
Por si su ayuda algo vale  
A toda prisa acudiendo.

Con otros vino el alcalde;  
La causa del fuego, y  
Por qué el amo no está allí  
Trata de inquirir en balde;

Cuando, pálida, el esbelto  
Rico talle mal ceñido,  
Lleno de lodo el vestido,  
El cabello húmedo y suelto.

Inés llega y da noticia  
De los hechos á su modo:  
Que es Roman reo de todo  
Declara ante la justicia.

Así en pechos inconstantes  
Truecan desengaños luego  
En odio implacable y ciego

Todo el cariño de antes. —

Mas con pesquisas sutiles  
Por el uno y otro lado,  
En vano al mozo acusado  
Bascaron los alguaciles.

Que, á Doña Inés conociendo,  
Temió la nueva celada,  
Y va por senda escusada  
Desde antes del alba huyendo.

Y como inaudito fuera  
Que en lance tal con su vara  
La justicia no alcanzara  
A un individuo siquiera ;

Tras de redactar con seso,  
Verdad, presteza, y soltura  
La informacion que figura  
De cabeza del proceso,

Lleva el alcalde consigo  
Hácia el pueblo y la ciudad  
Presa á Inés, en calidad  
De acusadora y testigo.

## XI

### Conclusion.

Iba á decirme el guía  
Lo que supe despues por otras gentes:  
Que en ese mismo dia  
La barranca explorando diligentes  
Mezclados alguaciles y aldeanos,  
De un árbol en las ramas detenido  
El saco hallaron en que fué Don Lope  
Por su verdugo y su mujer metido.  
Que, prosiguiendo las pesquisas luego,  
Tras fatigas inútiles no pocas  
Y cuando el sol desde el zenit abrasa,  
Del fondo vieron en las negras rocas  
De otro cadáver la sangrienta masa.  
Que, á declarar llamados,  
Cual es de suponer, los convidados  
A la mesa de Aranda, el juez se impone  
Del estraño incidente  
Que á la fiesta dió fin súbitamente.  
Que, poco á poco, la verdad desnuda  
Apareciendo va, y en que la esposa  
Es responsable de la muerte odiosa  
Del hidalgo infeliz, no cabe duda.

Que á Madrid la noticia del suceso  
 En alas del terror llevó la fama;  
 Que el rey pide un extracto del proceso  
 Y, tras leerlo, á su ministro llama,  
 Y al virey Villalon llega un espreso  
 Pocos meses despues, para que sufra  
 Muerte vil de garrote la vil dama.

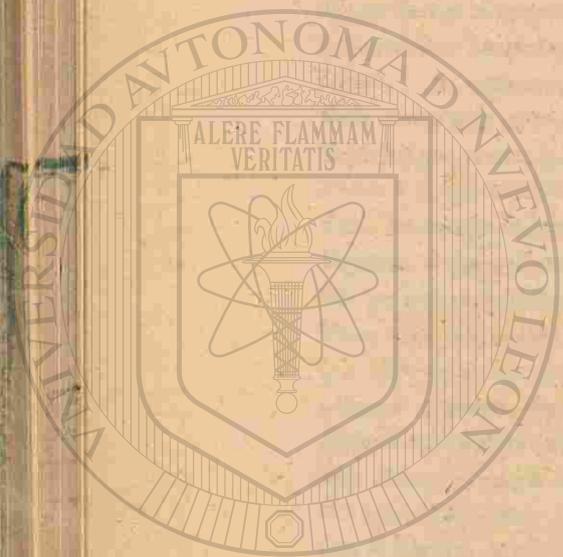
Iba á contarme el guía,  
 Segun supe despues, los pormenores  
 De la prision de Inés, quien, su sentencia  
 Leer oyendo, prorumpió en clamores  
 De ira y duelo y las manos se mordía,  
 Mostrando hasta la fin su impenitencia.  
 Iba á explicarme en su lenguaje estraño  
 A cultura y ficcion, cómo cubrieron,  
 Noble por ser Inés, con negro paño  
 El tablado de pino resonante  
 A que, sin vida casi, la subieron  
 De la curiosa multitud delante;  
 Y cómo, vuelta á la espaciosa plaza,  
 Y al tosco banco y respaldar sujeta,  
 Su garganta gentil ciñe y aprieta  
 Y hace al cabo crugir férrea tenaza;  
 Quedando, á poco, inmóvil el convulso  
 Cuerpo, y el blanco rostro amoratado,  
 Y sin latir el corazon ni el pulso,  
 Y el pueblo enfrente mudo y aterrado.

Iba á decirme que en region estraña  
 Vagó Roman y que llevó consigo  
 Del reprobado amor que hubo en su pecho  
 Recuerdo que le daña,  
 De su tranquilidad fiero enemigo.  
 Que su pena y horror más cada día  
 Creciendo fueron, y, despues, tocado  
 De la celeste gracia, en un convento  
 Lavó con llanto amargo su pecado,  
 A su felice conversion dió cima,  
 Y, austero cenobita y venerado,  
 Murió en olor de santidad en Lima.

Iba el guía á contarme  
 Esto y acaso más, cuando le falta  
 De repente la voz, su diestra tiende  
 Hacia el camino, y del asiento salta.  
 Se le eriza el cabello, se santigua;  
 Suelos aullan los lebreles viendo  
 A la espesura lóbrega contigua.  
 Traidor ataque súbito temiendo  
 De bandoleros yo, mi rifle tomo  
 A la defensa listo y, entretanto,  
 El buen Andrade que temblaba como  
 Débil hoja al embate de la brisa,  
 "Es el muerto" me dijo con espanto,  
 Emprendiendo la fuga á toda prisa.  
 En vano yo seguirle pretendiera,

Que á la del ciervo iguala su carrera  
En rapidez, é insólito deseo  
Tengo de ver la aparicion terrible;  
Los ojos abro hasta donde es posible,  
Lector, y, sin embargo, nada veo.  
Nada turbaba la serena calma  
De sitios que recuerdo con cariño,  
Donde á la vez hallaron, desde niño,  
Vigor mi cuerpo, inspiracion mi alma.  
Mientras, el compañero,  
Sin dar tregua á la fuga, á la siniestra  
Mano tomó por áspero sendero  
Que asilo en choza rústica le muestra.  
Llama á la puerta, de terror transido,  
Abrenle los pastores alarmados;  
Mas, la luz del hogar no bien ha herido  
Sus ojos ofuscados,  
Cae el hombre en el suelo sin sentido.

Si, tras años y azares,  
Con el ardor antiguo y sed de gloria  
No me ha faltado, acaso, la memoria,  
En aquestos cantares  
De la "Cuesta del Muerto" os dí la historia.



CUENTOS Y BALADAS

DEL NORTE DE EUROPA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Teje la menor el lino,  
La rica seda y el oro,  
Y es de inocencia tesoro  
Con rostro afable y divino.

Morena y áspera y fea  
Y con envidia sin par  
La mayor, solo en cuidar  
De los rebaños se emplea.

Rindiendo allí la jornada  
Los nobles—cosa es sabida—  
Quedó la menor pedida  
Y la mayor despreciada.

## II

Ésta, despues, dijo á aquella,  
De cariño haciendo alarde,  
Con voz melosa una tarde:  
—Mira qué tarde tan bella!

Vamos á dar un paseo  
Del ronco mar á la orilla.  
La rubia inquiera sencilla:  
—¿Cuál es allí tu deseo?

—Que las dos nos parecemos

Oigo decir, cual estamos;  
Pues si en el mar nos bañamos  
Blancas al igual seremos.

—Aun cuando en él te lavaras  
Noche y dia sin salir  
De sus ondas, corregir  
Lo que hizo Dios no lograras.

Ni aun cuando como el armiño  
Quedase, al fin, tu semblante,  
A darte fuera bastante  
De mi adorado el cariño.

Van á la playa, contenta  
Una y la otra enojada,  
Y está la menor cansada  
Y en un peñasco se sienta.

Deja que aquella cual fragua  
Ardiendo en cólera, ruja;  
Mas la morena la empuja  
Y cae la rubia en el agua.

Las palmas alzando, en vano  
Grita con voz lastimera:

—Para ganar la ribera  
Tiéndeme, por Dios, la mano!

— Verás tu anhelo cumplido,  
Hermana, cual otras veces,  
Si en este trance me ofreces  
Cederme tu prometido.

— Cuanto tengo te daría  
Menos mi futuro esposo:  
Él con amarme es dichoso,  
Su voluntad no es la mía.

Mas te ofrezco, y no en olvido  
Lo echaré, pues que te adoro,  
Darte arracadas de oro,  
Buscarte apuesto marido.

La brisa del Sur, en tanto,  
Lleva el cuerpo mar adentro:  
Vedlo flotar en el centro  
Del estendido azul manto.

Bramando el Norte despues,  
Sobre las olas mecida  
Viene la rubia sin vida;  
Tocan la playa sus piés.

Mas sopla el Este á deshora  
Y amanece la difunta  
Inmóvil bajo la punta  
De una barca pescadora.

## III

Por diferentes caminos  
Y de region extranjera,  
A la tranquila ribera  
Llegaron dos peregrinos.

Al ver el cadáver yerto  
Bajo el bote abandonado,  
Los dos se arrojan, y á nado  
Lo traen consigo al puerto.

Lo tienden, por mas desierta,  
En el arenosa escarpa,  
Y al punto forman un arpa  
Con los brazos de la muerta.

Y del uno al otro dellos,  
No bien armados de prisa,  
Ponen, de cuerdas á guisa,  
Los destrenzados cabellos.

— Vamos al hogar cercano,  
Puesto que boda hay en él,  
Dijo al ayudante fiel,  
Que era un jóven, el anciano.

Páranse junto á la puerta  
Que, estando del mar enfrente,  
Para dar paso á la gente  
Quedado habia entreabierta.

Pulsan aquel arpa humana  
Sin que una nota se pierda:  
Claro la primera cuerda  
Dice "La novia es mi hermana."

Oyendo este són extraño  
La novia inquieta se puso;  
Clamó con aire confuso:  
"El arpa cáusame daño."

Obedeciendo al hechizo,  
Sonó la cuerda segunda  
Diciendo en nota profunda:  
"Morir la novia me hizo."

Y sintiéndose subir  
La sangre toda al semblante,  
Gritó la novia al instante:  
"No quiero música oír."

En armonioso compas  
Tercera cuerda decia:  
"¡Cuánto á la novia queria!

¡No me callaré jamás!"

Y entonces, ardiente llama  
Quemándola el corazon,  
Perdida ya la razon,  
Púsose la novia en cama.

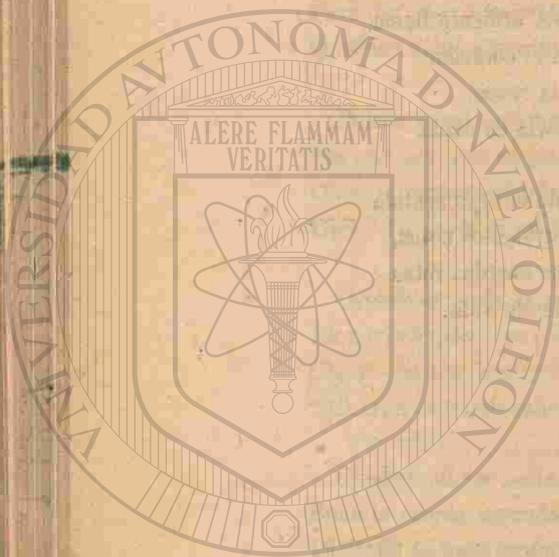
Mas, dando el arpa sentida  
Nuevas y estridentes notas,  
Quedaron sus cuerdas rotas  
Y la culpable sin vida.

1861.

*Macho, Sra. de D. O.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



LA VUELTA DE UNA MADRE.

Á MI AMADA ESPOSA LA SEÑORA DOÑA MARÍA DE LA PAZ VILLAMIL DE ROA.

Va Pedro á una isla y hallando,  
Despues de azares prolijos,  
Faz hermosa y genio blando  
En Berta, casó, mirando  
Crecer en torno seis hijos.

Despues la peste arrebatá  
A Berta, y de tal herida  
A Pedro el dolor no mata,  
Y en su condicion ingrata  
Del bien que perdió se olvida.

Vase á otra isla y en ella  
 Con nuevo himeneo sella  
 La interrumpida ventura;  
 La nueva esposa es muy bella  
 Con alma insensible y dura.

Al acercarse al hogar  
 No su compasion despierta  
 Ver cómo están á la puerta  
 Los seis niños sin jugar,  
 Pensando en la madre muerta.

Con aspereza inaudita  
 Riñe á aquellas criaturas,  
 El blando colehon las quita,  
 Las deja solas y á oscuras  
 Y acalla á golpes su grita.

De hambre y de sed y de miedo,  
 Y tan lastimosamente  
 Que en ello pensar no puedo,  
 Sin agua, pan, luz ni gente,  
 Lloran los niños muy quedo.

Pero su llanto al oído  
 Materno llega en la fosa,  
 Y "Para verlos te pido  
 Licencia" en tono sentido

Decir á Dios Berta osa.

Ruega más y, al fin, se ablanda  
 El Señor, y su demanda  
 Obtiene propicio fallo:  
 Que esté de vuelta le manda  
 Al primer canto del gallo.

Sobre sus débiles piés  
 Del ataúd se levanta  
 Berta, y marchando al traves  
 De la campiña, la res  
 Huye y el mastin se espanta.

Hállase con la mayor  
 De las niñas en la puerta,  
 Y dícela con amor:  
 —"¿Qué estás haciendo despierta  
 Y así del frio al rigor?"

¿Tus hermanos dónde están?  
 Vosotros sois el iman  
 Que aquí me atrae, hija mía."  
 Y la niña respondía  
 A tan cariñoso afán:

—"No sois mi madre; ella era  
 Alegre y blanca y rosada;

Vos sois pálida cual cera,  
Y ni os sonreís siquiera,  
Y la diestra os sienta helada."

—“Posible no hubiera sido  
Que alegre y bella me vieses,  
Del alma objeto querido,  
Cuando hace mas de ocho meses  
Que en el sepulcro he dormido.”

De la niña acompañada  
Que la contempla asustada,  
En el dormitorio entra,  
Y en llanto la faz bañada  
A los chiquillos encuentra.

Del uno el traje cepilla,  
Peina al segundo el cabello,  
Besa al otro en la mejilla,  
Junto al jergon se arrodilla  
En que dormita el más bello.

Todo lo arregla y dispone,  
Toma al infante del lecho,  
Le ciñe en abrazo estrecho.  
Y en su regazo le pone  
Como para darle el pecho.

Manda llamar al marido  
Con la niña; Pedro viene  
Y está de terror transido;  
Con la dulce voz que tiene,  
Berta le dice al oído:

—“Pan, colchones y bujías  
Para nuestras criaturas  
Dejé, y sin comer los días  
Pasan y las noches frías  
Sobre la paja y á oscuras.

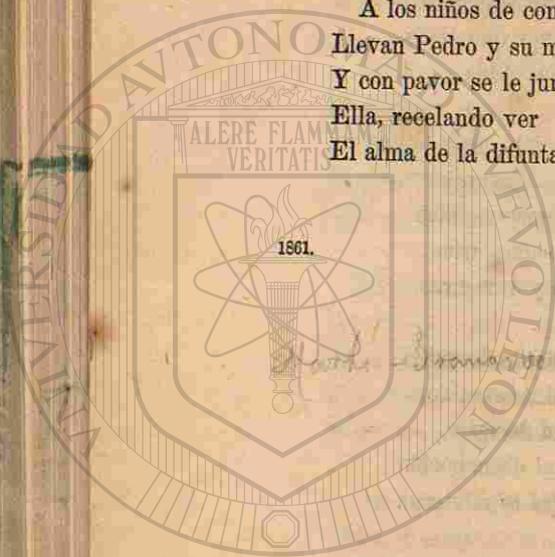
Si prolongas tu descuido  
Y de nuevo, á su gemido,  
Dejo mi ataúd desierto,  
Que algun mal desconocido  
Os sobrevendrá te advierto.

Mas canta el gallo y termina  
El plazo que me fijara  
La Omnipotencia divina.”—  
Dice, y al umbral camina  
Berta sin volver la cara.

Desde aquella noche, cuando,  
De la aldea en los confines,  
A los esposos el blando  
Sueño interrumpen ladrando

Los alarmados mastines,

A los niños de comer  
Llevan Pedro y su mujer,  
Y con pavor se le junta  
Ella, recelando ver  
El alma de la difunta.



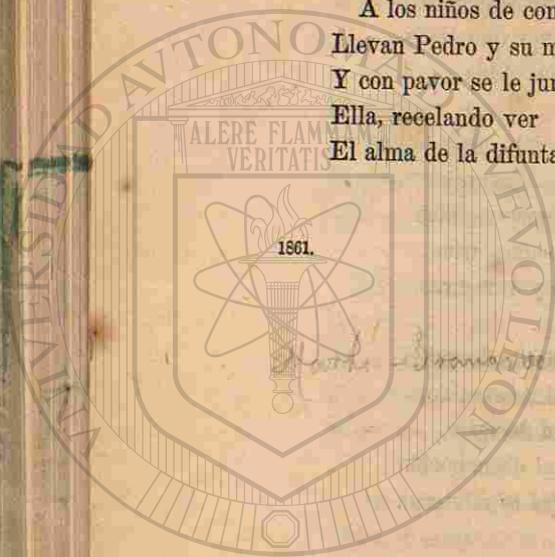
LA RESTITUCION.

Sus posesiones campestres  
Mórten recorriendo va.  
Cabalga en un potro, cabalga, y un día  
Sintióse atacado de súbito mal.

Dejó á la ermita su oro  
Y al convento su corcel;  
Su cuerpo los monjes piadosos sepultan  
No lejos, de tierra bendita en seis piés.

Los alarmados mastines,

A los niños de comer  
Llevan Pedro y su mujer,  
Y con pavor se le junta  
Ella, recelando ver  
El alma de la difunta.



## LA RESTITUCION.

Sus posesiones campestres  
Mórten recorriendo va.  
Cabalga en un potro, cabalga, y un día  
Sintióse atacado de súbito mal.

Dejó á la ermita su oro  
Y al convento su corcel;  
Su cuerpo los monjes piadosos sepultan  
No lejos, de tierra bendita en seis piés.

Iba Folmer á otro día  
 Del llano al través, y vió  
 Que Mórten cabalga, que Mórten le sigue,  
 Y aquel se detiene, temblando y sin voz.

— Oyeme, le dice Mórten;  
 Depon tu miedo pueril;  
 No trato de hacerte, Folmer, daño alguno.  
 — Mas ¿ cómo te acercas? ¡ Tu entierro ayer ví!

— No es un proceso pendiente  
 Ni de riquezas la sed  
 Lo que háceme agora salir del sepulcro  
 Do entraron mis miembros cansados ayer.

De dos huerfanillas pobres  
 La reducida heredad  
 Uní yo á la mia por medios injustos,  
 Y Dios enojado me oculta su faz.

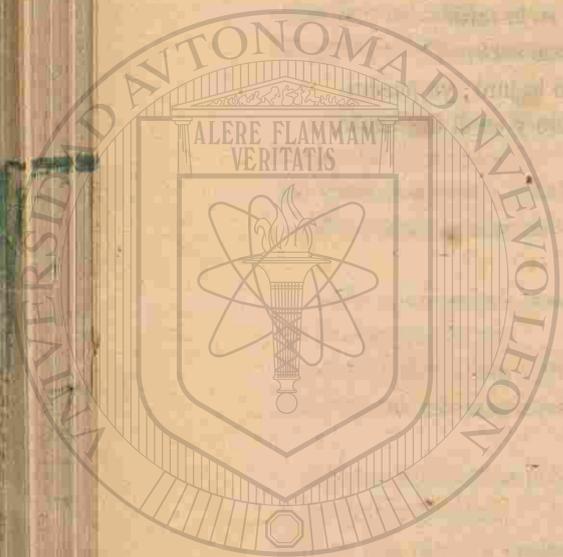
Antes de entrar á tu casa,  
 Folmer, á mi esposa dí  
 Que vuelva á esas niñas el campo de trigo  
 Plantado hácia el Norte, del bosque al confin.

Si te pide señas, dila  
 Que con luz y en vela esté  
 Orando en su alcoba, y allí dibujarse

Mi sombra esta noche verá en la pared.

— Restituido en la tarde  
 El campo, Mórten, será;  
 A fe de cristiano lo juro; ya puedes  
 Volver al sepulcro y en él descansar.

1861.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## PODER DE LA MÚSICA.

De la selva en noche fría  
Vuelve á su choza Gusmar:  
Ni harina ni espigas de trigo halla en torno,  
Y es fuerza á los niños hambrientos dar pan. ®

Pálido el rostro, á su entrada,  
Se adelantan hácia él  
Los tiernos gemelos, con voz suplicante  
Diciéndole á un tiempo:—¿Nos das de comer?

— ¡Nada traigo! ¡De nosotros  
Dios se compadezca al fin!  
El padre responde, y, oyendo esta frase,  
Los cándidos niños replican así:

— Cuando en su ataúd llevada  
Nuestra buena madre fué  
Al valle sombrío cercano á la iglesia  
Y allí la enterraron tres días va á hacer;

De pan nos diste un pedazo  
Que el lloro tuyo ablandó.  
¿Era ese mendrugo, acaso, el postrero?  
— ¡Ni un haz de mi leña vender pude hoy!

El Señor tendrá mañana  
De sus criaturas piedad.  
¡Oh si yo mis fuerzas prestaros pudiese!  
Viendo un arpa antigua, les dice Gusmar.

Descuégala, y, de sus cuerdas  
Al oír la dulce voz,  
Sus quejas suspenden los niños, y á poco  
Sincera alegría su faz animó.

La suya Gusmar desvia  
Su llanto para ocultar;  
Toca un són alegre; bailando los niños

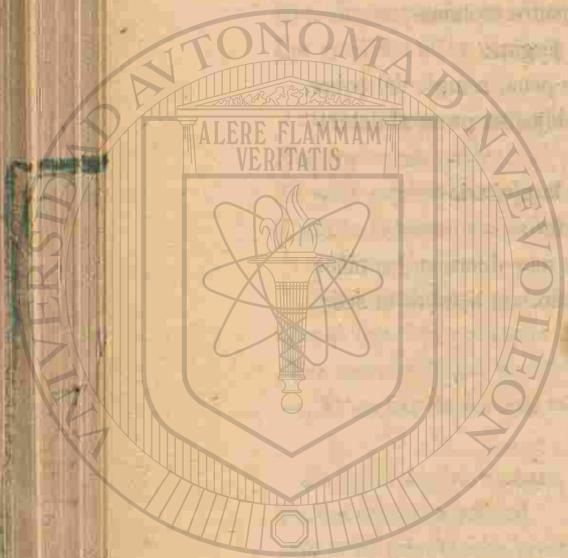
Se agitan y cansan; dormidos ya están.

Al verles, el padre esclama  
Junto al mísero jergon:  
“¡Salud del que pena, refugio del pobre,  
Arranca en mis hijos su presa al dolor!”

Y de Gusmar la plegaria  
Oída en el cielo fué:  
El día amanece; mas duermen los niños  
De Dios en el seno, sin hambre ni sed.

1861.

*Manuel G. Rojas de Cero*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

### LA PAZ DEL ALMA.

Del arroyo sentada en la ribera,  
Baña en la clara linfa el pié desnudo  
Jóven gentil, y dícela parlera  
Un ave, suspendiendo el vuelo rudo:  
— Puesto que aquí te bañas,  
No agites con tu planta el arroyuelo,  
Que si su espejo cristalino empañas  
No se verá ya en él límpido el cielo.

Anegados en llanto alza los ojos  
 Ella hacía el ave, y tímida responde:  
 — No que la linfa enturbie te dé enojos;  
 De nuevo quedará limpia y serena.  
 Mas ¿por qué, si me viste en otros días  
 Junto al pastor en la pradera amena,  
 Solícita cual hoy no le decías:  
 “No la quietud alteres de su alma,  
 Que, trocado una vez tu amor en hielo,  
 Siempre verá, sin recobrar la calma,  
 Turbias las fuentes y anublado el cielo?”

1861.

## EL EPITAFIO.

De ver á su prometido  
 Rosa la gentil regresa:  
 Como las del prado trae  
 Rojas las manos pequeñas,  
 Y su madre la pregunta:  
 —¿Qué hiciste, Rosa, con ellas?  
 Y “las espinas me hirieron”  
 Ruborizada contesta.

Torna de ver á su novio  
 Segunda vez la doncella:

Anegados en llanto alza los ojos  
 Ella hacía el ave, y tímida responde:  
 — No que la linfa enturbie te dé enojos;  
 De nuevo quedará limpia y serena.  
 Mas ¿por qué, si me viste en otros días  
 Junto al pastor en la pradera amena,  
 Solícita cual hoy no le decías:  
 “No la quietud alteres de su alma,  
 Que, trocado una vez tu amor en hielo,  
 Siempre verá, sin recobrar la calma,  
 Turbias las fuentes y anublado el cielo?”

1861.

## EL EPITAFIO.

De ver á su prometido  
 Rosa la gentil regresa:  
 Como las del prado trae  
 Rojas las manos pequeñas,  
 Y su madre la pregunta:  
 —¿Qué hiciste, Rosa, con ellas?  
 Y “las espinas me hirieron”  
 Ruborizada contesta.

Torna de ver á su novio  
 Segunda vez la doncella:

Más rojos que de costumbre  
Sus labios la madre encuentra.

— ¡A qué se debe, hija mía?

— Al zumo de las cerezas.

De ver al novio la jóven

Viene por la vez tercera,

Y más que rosa parece

Por lo pálida, azucena.

— ¡Qué te pasa, pobre niña,

Que estás como blanca cera?

— Madre, haz cavar una fosa

Y mi cadáver entierra;

Pon una cruz en mi seno

Y estas palabras en ella:

“Un día volvió á su casa,

Rojas las manos pequeñas

Porque su novio estrechólas

Entre las suyas con fuerza.

Volvió á su casa otro día,

Los labios como cerezas

De ósculo dulce al contacto

Que consentir no debiera.

Volvió á su casa mas tarde,

Pálida como una muerta,

Porque el mozo á quien amaba

La olvidó.” ¡Pobre doncella!

## EL GUANTE.

(SCHILLER.)

Á MI AMIGO EL SEÑOR DON FELIPE ESCALANTE.

Frente á la arena do los leones

A trabar lucha terrible van,

Bajo la sombra de sus pendones

Entre los nobles está el rey Franz.

Y en elevados palcos brillantes,

A los dos lados del rey, se ven

Mujeres bellas muy elegantes,

Ceñida en rosas la blanca sien.

Más rojos que de costumbre  
Sus labios la madre encuentra.

— ¡A qué se debe, hija mía?

— Al zumo de las cerezas.

De ver al novio la jóven

Viene por la vez tercera,

Y más que rosa parece

Por lo pálida, azucena.

— ¡Qué te pasa, pobre niña,

Que estás como blanca cera?

— Madre, haz cavar una fosa

Y mi cadáver entierra;

Pon una cruz en mi seno

Y estas palabras en ella:

“Un día volvió á su casa,

Rojas las manos pequeñas

Porque su novio estrechólas

Entre las suyas con fuerza.

Volvió á su casa otro día,

Los labios como cerezas

De ósculo dulce al contacto

Que consentir no debiera.

Volvió á su casa mas tarde,

Pálida como una muerta,

Porque el mozo á quien amaba

La olvidó.” ¡Pobre doncella!

## EL GUANTE.

(SCHILLER.)

Á MI AMIGO EL SEÑOR DON FELIPE ESCALANTE.

Frente á la arena do los leones

A trabar lucha terrible van,

Bajo la sombra de sus pendones

Entre los nobles está el rey Franz.

Y en elevados palcos brillantes,

A los dos lados del rey, se ven

Mujeres bellas muy elegantes,

Ceñida en rosas la blanca sien.

El rey su cetro de oro levanta:  
Puerta de hierro cruge y se abrió,  
Y asoma impávido y se adelanta  
Del circo al centro grave leon.  
Mira á la gente de espanto llena,  
Abre la armada boca, y despues  
Sacude altivo su gran melena  
Y échase en tierra con languidez.

De Franz el cetro de nuevo brilla,  
Cruge otra puerta con duro són:  
Tigre de oscura piel y amarilla  
Súbito salta frente al leon.  
Con furia horrible brama y atruena  
El gran palenque do va á luchar:  
La cola agita y en el arena,  
Cual la otra fiera, llégase á echar.

Hace el monarca señal tercera,  
Y dos leopardos con rapidez  
Salen del fondo de la leonera  
Y sobre el tigre dan á la vez.  
La lucha dura solo momentos:  
El tigre presto los llega á asir,  
Y los leopardos corren sangrientos  
A refugiarse lejos de allí.

En aquel trance, de linda mano

Pequeño guante se desprendió:  
Del palco quieren asirlo en vano,  
Que entre las fieras al fin cayó.  
La dama altiva dijo á su amante:  
“Si tan heróico vuestro amor es,  
Bajad al circo, mi blanco guante  
De entre las fieras á recoger.”

El caballero con faz serena,  
Tranquilo paso, firme ademan,  
Desciende y huella la roja arena  
Donde las fieras rugiendo están.  
De terror llena, la gente calla;  
Mas ve al apuesto jóven gentil  
Alzar el guante, ganar la valla,  
Y en ronco aplauso prorumpe al fin.

Viendo en el jóven tal osadía,  
En dulce llama de eterno amor  
La noble dama sintió que ardía:  
Con rostro afable le recibió.  
Mas él al rostro la arroja el guante;  
Y al alejarse, con altivez  
“Busca—la dijo—busca otro amante  
Que necio quiera tu esclavo ser.”



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## EL CONDE DE HAPSBURGO.

(SCHILLER.)

En Aix-la-Chapelle y en gótica sala,  
En medio á los nobles vestidos de gala,  
Está el rey Rodolfo, nuevo emperador.  
Se cubre la mesa de ricos manjares:  
De largo interregno tras guerras y azares  
La paz, la justicia, renacen desde hoy.

Varon respetable del Rhin palatino  
Los platos le sirve, y escancia al rey vino  
Un príncipe eslavo en copa gentil.

Rindiendo al monarca respetos y honores  
Están á sus lados los siete electores,  
Y el pueblo en los patios se agolpa feliz.

Se mezcla á los gritos de inmenso contento  
Que lleva á la sala confusos el viento,  
El són de la ronca trompeta marcial.  
Cesó ya el imperio feroz de la espada;  
Respira la tierra; se ve rescatada  
Del yugo ominoso de fuerza brutal.

La aurífera copa tomando en su mano,  
Al pueblo y los nobles miró el soberano  
Y, afable el semblante, así les habló:  
“Espléndida fiesta mi trono inaugura,  
Y en ella de dicha insólita y pura  
Se siente inundado mi real corazón.

“Mas no entre nosotros el bardo aparece  
Que con sus cantares el júbilo acrece,  
Al par que lecciones severas nos da.  
Del gusto de oírle, que á todos prefiero  
Desde simple conde, privarme no quiero  
Agora que ciño diadema imperial.”

Y he aquí que hasta el centro del coro brillante  
De nobles y reyes, gentil el talante,  
La lira consigo, llegó el trovador.

Envuelve sus formas un manto profuso;  
La edad el cabello cual nieve le puso;  
La luz del ingenio su frente guardó.

—“Encierra en sus senos del bardo la lira  
La voz del contento, la voz que suspira,  
Que enciende en amores, que exalta el valor,  
Y á esferas remotas sublima las almas:  
Tú tienes virtudes y glorias y palmas.  
¿Cuál canto es el digno de tí, emperador?”

Rodolfo responde: —“No quiero dar leyes  
Al bardo á quien oyen y acatan los reyes  
E inspiran tan solo la luz, la verdad.  
Es libre, espontáneo del bardo el acento  
Cual trino del ave, cual nota del viento:  
Cantad, buen anciano; teneis libertad.”

Hiere el poeta las cuerdas  
De su lira y esto canta:  
“Iba persiguiendo al ciervo  
Un noble por la montaña.”

“Palafren de largas crines  
Blanco y erguido montaba:  
Paje que venablos lleva  
Le sigue á corta distancia.”

“Al encaminarse al valle,  
La nota argentina y clara  
Oyó de una campanilla  
Que al lejos suena con pausa.

“Venerable sacerdote  
Revestido de su alba,  
Lleva el Viático á un enfermo  
Infeliz de la comarca.

“Se quita el sombrero el conde  
Y del caballo se baja,  
Y se arrodilla devoto  
Adorando la Hostia Santa.

“Corria al traves del valle,  
Entre los juncos y zarzas  
Que sus márgenes coronan,  
Arroyo de turbias aguas.

“El sacerdote en la orilla  
Detiene un punto su marcha;  
Recoge el talar vestido  
Y sus piés luego descalza.

—“¿Qué vais á hacer?— dijo el conde,  
No sin sorpresa mezclada  
De respeto.— A un moribundo

Llevo el manjar de las almas.

“La recia avenida el puente  
Destruyó en la madrugada:  
Voy á atravesar el rio  
Por esta parte mas baja.

“Su caballo el conde acerca  
Y hace con dignas palabras  
Que lo acepte el sacerdote  
Y parta en él sin tardanza.

“Mientras, el noble piadoso,  
Con agilidad estraña,  
El potro del paje monta  
Y en pos de fieras se lanza.

“Llama el cura á su castillo  
A la siguiente mañana;  
El corcel consigo lleva;  
Las riendas de seda y plata

“Pone en las manos del noble  
Y agradecido le habla;  
Mas éste dice al instante:  
—No quiera Dios que en la caza

“Vuelva á usar irreverente

O en el campo de batalla  
 Palafrén que ha conducido  
 Tan alta y divina carga.

“Si guardarlo no quereis  
 Para vos en vuestra cuadra,  
 Empleadlo en el servicio  
 Del culto en estas comarcas.

“Yo á mi Criador lo ofrezco  
 Por quien tengo dichas altas,  
 Salud, riquezas, honores,  
 Cuerpo, aliento, vida y alma.

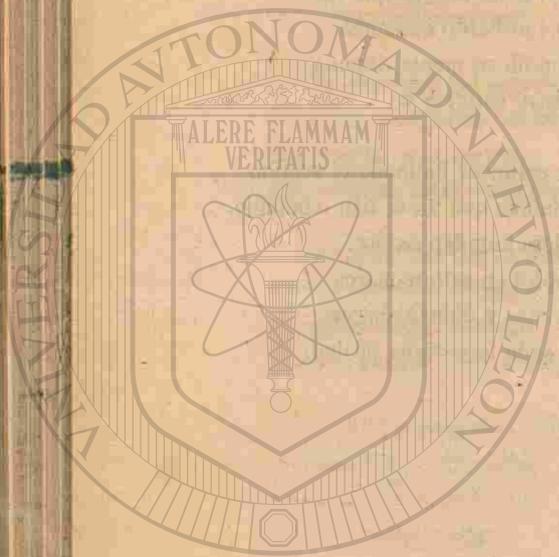
— “El Ser Supremo que escucha  
 Del mendigo la plegaria,  
 En ésta y en la otra vida  
 Os dé merecida paga.

“Sois un señor poderoso  
 Conocido en las montañas  
 Por vuestra bondad: seis hijas,  
 Tipo de belleza y gracia,

“El cielo os dió. ¡Puedan ellas  
 Traer un día á vuestra casa  
 Seis coronas cuyo brillo  
 Dure en épocas lejanas!”

El cántico escucha Rodolfo; su frente  
 Se inclina hácia el pecho: pensó vagamente  
 En cosas y días de un tiempo que fué.  
 Con ojos atentos al bardo examina,  
 La luz del recuerdo su mente ilumina,  
 Y en él al ministro católico ve.

Commuévase entonces hallando el sentido  
 De aquesas palabras que ya se han cumplido,  
 Y lágrimas dulces inundan su faz:  
 Y miran los nobles en este monarca  
 Que cetros, coronas y dichas abarca,  
 Premiada del conde la antigua piedad.



EL CÁNTICO DE LA CAMPANA,

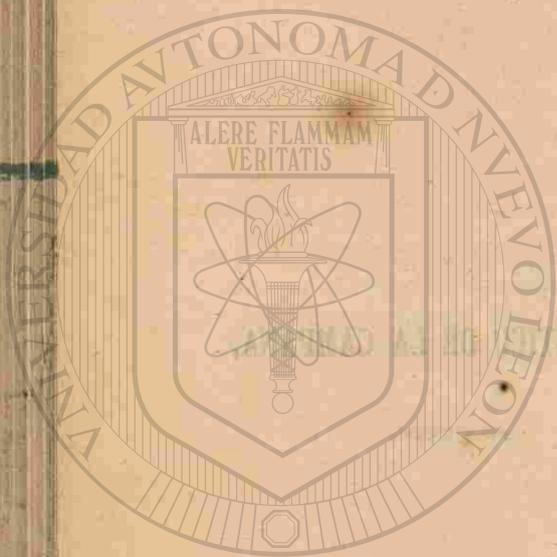
POB SCHILLER.

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



EL CÁNTICO DE LA CAMPANA.

*"Vivos voco, mortuos plango, fulgura frango."*

De arcilla es el molde y en tierra está listo;  
Fundida sin falta queda hoy la campana.  
¡Valor, compañeros, y á la obra! Se gana  
Con ella, si buena resulta, honra y prez;  
Mas, si ha de ser útil el sudor del rostro,  
Preciso es que el cielo su ayuda nos dé.

A la séria labor que preparamos  
Grave conversacion mezclar conviene,

Que el trabajo con útiles discursos  
Se facilita más y se hace alegre.  
Considerémos, pues, los resultados  
De lo que intenta nuestro esfuerzo débil,  
Que aquel que no medita sus empresas  
La estimación del sabio no merece.  
Dado le ha sido el pensamiento al hombre  
Porque su diestra rija inteligente,  
Y en tanto que los brazos ejecutan  
El ánimo inmortal dormir no debe.

Para que la llama suba en remolino,  
Tomad anchas rajas de leña de pino  
Y el horno encendido con ellas cebad.  
Si el fuego es más vivo, hará hervir el cobre;  
Al punto el estaño mezcladle, y se obre  
La liga segura de todo el metal.

Esa campana que á fundir hoy vamos  
Con ayuda del fuego y en el seno  
De la tierra, ha de dar, puesta en la torre,  
Fiel testimonio del trabajo nuestro.  
Allí habrá de sonar años tras años;  
Generaciones cien oirán su acento  
Llorando con los tristes y afligidos  
Y con los fieles implorando al cielo.

Cuanto la suerte vária nos destina  
A los hijos de Adán perecederos  
Conmoverá su reluciente borde,  
Hará vibrar sus toques á lo lejos.

Burbujas blanquizas ya surgen; la masa  
Se funde. ¡En buen hora! Dejad que penetre  
De parda ceniza en ella la sal,  
Que así se derrite más pronto; y, en suma,  
Será, si al fluido quitais toda espuma,  
Mas limpia y sonora la voz del metal.

Con acento solemne de alegría  
Saluda la campana al nuevo infante  
Que del materno seno, adormecido  
A los trabajos de la vida sale.  
Aun le oculta con velo misterioso  
El porvenir las dichas y pesares  
En su destino inscritos; su primera  
Edad vigila cariñosa madre.  
Pero con rapidez huyen los años  
Como la flecha que del arco parte;  
Ufano deja á la inocente niña  
Que al par dél ha crecido en sus hogares;  
Se precipita impetuoso y ciego  
De la existencia en la corriente fácil,

Y con ferrado báculo visita  
 En su incansable afán tierras distantes.  
 Torna extranjero á la paterna casa  
 Y sale á recibirle á los umbrales,  
 Encantadora jóven pudorosa  
 De dulces ojos, celestial imágen,  
 La que asistió á sus juegos infantiles  
 Y él dejó niña aún al ausentarse.  
 Vago y sin nombre entonces un deseo  
 Se apodera de su alma; los lugares  
 Donde se juntan sus hermanos huye,  
 Lágrimas vierte y la razón no sabe;  
 Sigue con turbación las huellas breves  
 De la jóven gentil, y en hondos valles  
 Corta para ella flores, anhelando  
 Que con sonrisa blanda se las pague.  
 ¡Oh deseo sin par! ¡Grata esperanza!  
 ¡Oh del primer amor días fugaces!  
 Abierto el cielo está y el alma boga  
 De dicha pura en infinitos mares.  
 ¡Oh si esas flores del amor primero  
 Cuanto esquisitas son fuesen durables!

Mas ya se ennegrece la vasta caldera;  
 Si sale vidriada aquesta varilla,  
 Convendrá al fluido quitar la barrera;  
 Vamos, pues, y alerta, obreros, estad:

Si se ha consumado ver antes importa  
 La liga del dulce y el fuerte metal.

La dulzura y la fuerza combinando  
 Y la severidad y la ternura,  
 La armonía de amantes corazones  
 Que un sagrado vínculo, resulta.  
 Para enlazarse los esposos deben  
 Examinar sus cualidades mútuas,  
 Que pasa la ilusión en solo un día  
 Y eternamente el desengaño dura.  
 ¡Cuán bien está la virginal corona  
 De albo azahar, que el céfiro perfuma,  
 Sobre el cabello de la novia cuando  
 La bendición nupcial el bronce anuncia!  
 ¡Ay! La fiesta mas bella de la vida  
 Es de su abril risueño la hora última,  
 Y con el velo y ceñidor se alejan  
 Ilusión y pasión, pálidas brumas.  
 Quede el amor y, pues las flores mueren,  
 Alcance el fruto madurez segura.  
 Fuerza es ya que el varón con firme planta  
 Siga á lo largo de escabrosa ruta;  
 Fuerza es que obre y combata, críe y siembre,  
 Por medio del esfuerzo y de la astucia  
 Y en su estrella fiado y en su audacia,  
 Quedando vencedor de la fortuna.

Fluyen bienes entonces en torno suyo;  
 El don preciado en el granero abunda,  
 Sus dominios se ensanchan á lo lejos,  
 Da á la antigua mansion nueva estructura.  
 Reina en ella la madre de sus hijos,  
 Vaso de amor y de prudencia suma,  
 Que á las dóciles niñas alecciona  
 Y al mozuelo gentil riñe y educa.  
 Incansable y solfeita, acrecienta  
 Con su espíritu de orden y cordura  
 El bienestar de la familia; en arcas  
 De oliente cedro sus tesoros junta;  
 Devana el hilo y da al vellon cortado  
 De crespas lana sin igual blancura,  
 Lo que útil es á lo vistoso uniendo  
 Sin que ociosas sus manos estén nunca.

Desde alto mirador que la comarca  
 Domina en torno, el propietario juzga  
 De su heredad inmensa la riqueza,  
 Y orgullo y esperanza en ella funda.  
 Vé cuál crecen los árboles y al peso  
 Doblan sus ramas de sabrosas frutas;  
 Sus trojes ve que la cosecha guardan,  
 Sus mieses ve que con la brisa ondulan,  
 Y esclama entonces engreído y ciego,  
 Con alegría y vanidad profunda:  
 "Como los fundamentos de la tierra

Es firme y permanente mi fortuna,  
 Y los bruscos embates desafia  
 Del huracan de la desdicha ruda."  
 Mas contra los rigores del destino  
 No hay pacto eterno, y su segur injusta  
 Nuestra felicidad rápida abate  
 Dejando al corazon mortal angustia.

La escoria se aparta del limpio fluido;  
 Al punto podemos el dique romper.  
 ¡De estar con nosotros Dios sea servido!  
 Envuelto entre nubes de negra humareda,  
 En ondas el bronce, cual rio encendido  
 Corriendo hácia el molde, flamígero ved.

Útil y noble es el poder del fuego  
 Cuando lo rige el hombre y lo domina,  
 Y las mejores obras que ejecuta  
 Son á esa fuerza celestial debidas.  
 Mas si rompe terrible sus prisiones  
 Con ímpetu fatal se precipita,  
 De la naturaleza hijo salvaje,  
 La destruccion causando y la ruina.  
 Si de obstáculos libre se derrama  
 Por las pobladas calles de la villa,  
 Cual cabellera al viento, en espantoso

Incendio repentino, atroz desdicha!  
 Que es la accion de los ciegos elementos  
 De la obra de los hombres enemiga,  
 Y de la propia nube que los campos  
 Con bienhechora lluvia fertiliza,  
 El flamígero rayo se desprende  
 Cuyo terrible estrago nadie evita.  
 ¿Oís tocar á fuego las campanas?  
 Alumbra el cielo claridad rojiza,  
 Y ese color de sangre que lo cubre  
 No es precursor del venidero día.  
 ¡Qué tumulto en las calles! ¡Qué vapores  
 En la pesada atmósfera! Distinta  
 Aparece la llama, en remolino,  
 Por las angostas puertas que derriba,  
 Lanzándose á los cielos y arrojando  
 De trecho en trecho voladoras chispas,  
 Y en estension é intensidad creciendo  
 Con la velocidad del viento misma.  
 Cual la boca de un horno el aire quema,  
 Tiembla el piso, despréndense las vigas,  
 Las vidrieras estallan, y las madres  
 Corren oyendo el llanto de sus hijas,  
 Y en el establo ya incendiado braman  
 La pobre vaca y la asustada cria.  
 Todos su salvacion buscan; la noche  
 Con luz que la del sol más fuerte, brilla:  
 Cubos y cuerdas van de mano en mano,

Lanza la bomba el agua en curva altísima.  
 Mugiendo el aquilon llega y la llama  
 Hace ondular y con su soplo aviva;  
 Cunde el fuego en las mieses allí juntas  
 Y del granero la pared calcina;  
 Trepa á los techos y triunfante brota  
 Con ronco estruendo y llamarada activa,  
 Cual si en su impulso aterrador quisiera  
 Llevarse el suelo á la region vacía.—  
 A la esperanza ajeno, cede el hombre  
 Del enojado cielo ante la ira,  
 Y lleno de estupor cruza los brazos  
 De su heredad mirando las cenizas.  
 Son ya los restos del hogar antiguo  
 Mansion de vientos, y el terror habita  
 De las ventanas en los negros huecos,  
 Y sobre el vasto escombro el humo gira.

A la tumba que guarda su fortuna  
 Da otra mirada el hombre todavía,  
 Y resuelve alejarse, y del viajero  
 El ferrado bordon toma en seguida.  
 Graves son del incendio los desastres,  
 Mas consuelo gratisimo le anima:  
 Contó los seres que le son queridos  
 Y uno solo no falta en la familia.

Ya el molde está lleno. ¡ Saldrá la campana  
 Perfecta, premiando así la labor?  
 ¡ Si obstáculo el bronce halló en su camino!  
 ¡ Si el molde se ha roto! Ya el mal sobrevino  
 Tal vez, y esperamos el bien con fervor!

La obra de nuestras manos confiamos  
 A las entrañas hondas de la tierra:  
 El labrador su grano deposita  
 Con el anhelo de feraz cosecha;  
 En la tierra semillas sepultamos  
 De mucho mas valor, en la creencia  
 De que se habrán de alzar del negro féretro  
 A vida mas feliz que la primera.

Tristes dobles repite la campana  
 En la elevada torre de la iglesia  
 Para anunciar el paso del viajero  
 A quien al postrimer asilo llevan,  
 Y acompañar los funerales cantos  
 Del sacerdote, orillas de la huesa. —  
 Es la querida esposa, la fiel madre  
 Arrebatada por la muerte fiera  
 A los amantes brazos del esposo  
 Y al blando halago y las caricias tiernas  
 De los infantes que llevó en el seno  
 Y alimentó á sus pechos dulce y buena.

¡ Ay! que tan fuertes lazos quedan rotos  
 Y habita del sepulero en las tinieblas  
 La vigilante madre de familia  
 Que á su afan y su amor nunca dió treguas;  
 Y á su desierto hogar vendrá una estraña  
 A regir á los niños con dureza!

Mientras la fundida campana se enfria,  
 Cada cual descansa del afan del dia,  
 Así como el ave que torna al verjel.  
 Es al jornalero señal de alegría  
 La luz de la estrella; en cuanto al maestro  
 Ni un punto sosiega; velando está fiel.

Por llegar á su casa el caminante,  
 De la selva al traves, aviva el paso;  
 La juguetona oveja, el buey tardío  
 Y el toro bramador van al establo.  
 Con alta cumbre de dorada espiga  
 Pesado y vacilante avanza el carro;  
 Orla de flores en los haces puesta  
 Anuncia de la siega los trabajos,  
 Y acuden los alegres labradores  
 A la festiva danza allá en el campo.  
 En las plazas y calles el silencio  
 Al bullicio sucede acá en poblado,

Y en cada hogar, y de la luz en torno,  
 La familia se junta en ocio grato.  
 Sobre los gonces de macizo hierro  
 De la ciudad las puertas ya giraron.  
 Velo de oscuridad la tierra cubre;  
 Mas la noche, que en vela tiene al malo,  
 Al vecino pacífico no asusta,  
 Que alerta la justicia queda en tanto.

¡Orden, del cielo emanación bendita!  
 Formas libres uniones, nobles lazos;  
 De las ciudades el cimiento echaste,  
 Las selvas á dejar moviste al bárbaro.  
 Entrás en la morada de los hombres  
 Y sus costumbres vas dulcificando,  
 Y haces que en todos ellos uno sea  
 De la patria común el amor santo.

Obran por tí de acuerdo y se sostienen  
 En la mútua labor mil y mil brazos,  
 Y se despliegan las humanas fuerzas  
 Todas en movimiento combinado.  
 Siguen, de libertad bajo la égida,  
 En su tarea maestros y operarios,  
 Contento cada cual con su destino,  
 El desden del ocioso despreciando.  
 De ciudadanos el trabajo es honra  
 Y la prosperidad lo premia al cabo:

Si el rey su dignidad con gloria lleva,  
 Gloria su condición dá al artesano.

¡Dulce y amada paz, unión dichosa!  
 Siempre permaneced á nuestro lado,  
 Y nunca llegue el borrascoso día  
 En que tropel de gentes sanguinario  
 Atraviése este valle, y en que el cielo.  
 Hoy teñido de púrpura al Ocaso,  
 La luz refleje del incendio horrible  
 Que en ciudades y pueblos halla pasto.

Perfecta la obra, premiado el trabajo,  
 Los ojos y el alma se alegren al ver!  
 Ya el molde ha servido; híralo el martillo,  
 Híranlo sus golpes rudos de alto abajo:  
 De nuestra campana para ver el brillo  
 Preciso es que rota la envoltura esté.

Con hábil mano, en el momento dado,  
 Romper sabe el maestro el fuerte molde;  
 Mas ¡ay si lo quebranta por sí mismo  
 Y en río ardiente se derrama el bronce!  
 En su ciego furor tronando estalla,  
 Siembra la destrucción por donde corre,  
 Y de volcán cual encendido cráter

Llamas que dan horror vomita entonces.  
 Allí do reinan las brutales fuerzas  
 Obra cabal no es dado que se logre;  
 Ni el bienestar subsiste entre los pueblos  
 Si el yugo por sí mismos ellos rompen.

¡Ay si de tiempo atras arde la chispa  
 En el seno de vastas poblaciones  
 Y si la turba, destrozando el freno,  
 Se entrega á sus instintos destructores!  
 Ya del cordon de la campana asida,  
 En ella de rebato ensaya el toque,  
 Trocando así de muerte en instrumento  
 Lo que de paz con miras construyóse.

“¡Libertad, igualdad!” Estas palabras  
 Por do quiera resuenan, y los hombres  
 De carácter más blando ármanse luego:  
 Pueba las calles multitud innoble,  
 Y aterradoras bandas de asesinos  
 De extremo á extremo la ciudad recorren.  
 En hienas convertidas las mujeres,  
 De la lid toman parte en los horrores;  
 Con los dientes el pecho del vencido,  
 Gozándose en el mal, rasgan feroces.  
 Nada es sagrado ya; todos los lazos,  
 Todo recato púdico se rompen;  
 Al malvado su puesto cede el bueno,

Alta el crimen la frente, asesta el golpe.  
 Terrible es el leon cuando despierta,  
 Y la boca del tigre espanto pone;  
 Pero nada semeja al sér humano  
 De su delirio en la funesta noche.  
 ¡Mal hayan los incautos que á este ciego  
 Tea brillante dan! Sus resplandores  
 Él no aprovecha, y en sus manos puede  
 Incendiar las ciudades y los montes.

Dios ha bendecido la obra de mis manos;  
 Ved cómo aparece, cayendo la arcilla,  
 La oculta campana; vedla cómo brilla  
 De arriba hasta el borde, luciente cual sol:  
 Ved cómo el escudo salió claro y limpio,  
 Señal de que el molde tuvo perfeccion.  
 Venid, compañeros, poneos en torno.  
 ¡Ea! ¡A bautizarla! ¡CONCORDIA se nombre!  
 ¡Jamás sus tañidos convoquen al hombre  
 Sino para fiestas de paz y de amor!

Que por su propio artífice ella sea  
 A tan noble destino consagrada.  
 De la terrestre vida puesta encima,  
 Bajo el azul del cielo soberana  
 Se ha de mecer, á la region del trueno

Y á los brillantes astros inmediata.  
 Será su voz armoniosa y grave  
 Cual la de los planetas que en su marcha  
 Por el inmenso espacio, el curso arreglan  
 Del año, y al Criador juntos alaban.  
 Que su labio de bronce no se ocupe  
 Sino de cosas útiles y santas,  
 Y á cada hora el fugitivo tiempo  
 Lo hiera con el golpe de sus alas.  
 Que, á sentimiento ajena, fiel anuncie  
 Los accidentes de la vida humana ;  
 Y que repita á nuestro oído siempre  
 Que todo acá en la tierra en breve pasa,  
 Como el acento suyo, no bien vibra,  
 Se apaga y muere en las regiones altas.

Ahora por medio de cables robustos  
 La nueva campana saquemos del foso ;  
 Que ascienda á los aires y en són majestoso  
 Infunda alegría al campo y ciudad.  
 ¡Dóblese el esfuerzo! ¡ Mirad, ya se mueve!  
 ¡Ya crujen los cables! ¡Ya sube triunfante!  
 ¡Su acento primero resuena al instante,  
 Consigo á los pueblos trayendo la paz!

1860.

*Segura*

EL CANTO DEL AVE DEL PARAISO.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## EL CANTO DEL AVE DEL PARAISO.

*"Quoniam mille anni ante oculos tuos,  
tandem dies hesterni quae praeterit."*

*"Porque mil años son ante tus ojos  
como el día de ayer que ya pasó."*

SALMO LXXXIX, v. 4.

### I

*Los monasterios antes de la reforma.—  
El hermano Alfeo.*

¡ Augusta antigüedad! ¡ Serenos días  
En que su acento la impiedad no alzaba!  
De la Germania en los inmensos bosques  
O en el centro de fértil eminencia,  
Santo refugio de las almas pías,  
Do quiera un monasterio se elevaba  
Dando abrigo al dolor, pasto á la ciencia.  
Las inocentes pasajeras aves  
Sobre la cruz del campanario altivo  
El vagaroso vuelo suspendian,  
Y sus trinos suaves

Desde la celda silenciosa oían,  
 Dados á la oracion, los monjes graves.

Cerca de Olnutz con ellos vive Alfeo:

De alma sencilla y corazon ardiente,  
 Ahogó temprano el terrenal deseo  
 De amor y gloria, y en el claustro frío,  
 Por alcanzar el cielo, penitente  
 Entró de su existencia en el estío.  
 Tal vez allí le persiguió importuna  
 La memoria, poniendo ante sus ojos  
 Sus faltas juveniles una á una;  
 Mas el estudio y la oracion vinieron  
 Nueva ayuda á prestar al monje santo,  
 Y el tiempo su carrera siguió en tanto  
 Y sus cabellos blancos se pusieron.  
 Y entonces, viendo el tentador dañino  
 Que sus antiguas armas, embotadas,  
 Herir no pueden la virtud del monje  
 De afectos terrenales ya desnuda,  
 Se apoderó de su ánimo sencillo,  
 De la fe pura oscurecióle el brillo,  
 Lanzóle en los abismos de la duda.

¡Adios los bellos apacibles dias  
 En que, al templado rayo de la aurora  
 O de la tarde en la serena calma,  
 Las cumbres eminentes, las sombrías

Grutas, la fuente límpida y sonora,  
 Llena de paz y regocijo el alma,  
 Ha visitado Alfeo  
 Elevando su espíritu, á la vista  
 De maravilla tanta  
 Sobre las alas de immortal deseo!  
 Si por el bosque vaga, le conturba  
 El susurro del viento entre las hojas:  
 Quiere huir de sí mismó  
 Y, acosado de inútiles congojas,  
 Ve siempre ante sus ojos un abismo.  
 La nave de su espíritu ligera  
 Perdió el áncora santa  
 Que fija en el Señor la mantuviera;  
 Suelta discurre, el vendaval azota  
 Con furia sus costados,  
 Y por lóbregos mares irritados  
 Cual pluma va, desmantelada y rota.

Empero la purísima centella  
 Que escondida en su sér quedado habia,  
 Fué en sus tinieblas la benigna estrella  
 Que iluminó la abandonada via.  
 Volvió á su Dios el alma  
 Y acató sus designios reverente:  
 Vana llamó la ciencia y en el polvo  
 Humilló en su dolor la calva frente.  
 Recurre á la oracion y prosternado

Al pié de los altares, ve cuál huyen  
 La noche, el alba tarda,  
 Y en el mismo lugar la noche aguarda.  
 El tentador en sus ataques cede:  
 Ya la inquietud del monje se limita;  
 Sabe que Dios tranquilizarle puede,  
 Que su misericordia es infinita.

## II

*Dudas y temores de Alfeo.—Escursion matinal.*

“ Si es condicion de nuestro sér mezquino  
 La variedad en todo; si lo bello  
 Pierde su encanto á la cansada vista;  
 Si no hay afecto noble y peregrino  
 Que de los años á la accion resista;  
 Si hostiga cuando suena de contino  
 Música dulce que el oído halaga,  
 Y el sazonado y oloroso fruto  
 Que el árbol de mi huerto da en tributo,  
 A fuerza de gustarlo me empalaga;  
 Si es condicion de nuestro sér—repito—  
 La variedad en todo, ¿ es dado acaso  
 Gustar siempre la dicha que en el cielo  
 Se nos dará por término infinito,  
 Sol que brilla y que nunca tiene ocaso?”

Esto el hermano Alfeo  
 A solas meditando se decia,  
 Y su turbado espíritu añadia:  
 “ No es posible gozar la dicha eterna  
 Pues que de cambios solo el alma vive;  
 Mas de esa dicha la promesa santa  
 Que constancia y valor al justo inspira  
 ¿ No se habrá de cumplir? ¿ Será mentira?  
 ¿ La eternidad! ¿ La eternidad me espanta!”

He aquí cómo, venciendo  
 Una tras otra sus antiguas dudas,  
 Ya serenada casi la tormenta,  
 Se alza esta duda siendo  
 Fuente abundosa de congojas rudas  
 Que allá en su pobre corazon revienta.  
 Cierta mañana intenta,  
 Por mitigar su angustia,  
 Salir el monje á los vecinos prados:  
 Vedle cuál va por el sendero amigo  
 Con los brazos cruzados,  
 Inclined hacia el pecho la faz mustia,  
 Llevando siempre su dolor consigo.  
 Era la alegre hora  
 En que, asomando tras cortadas nieblas,  
 Disipa ya las últimas tinieblas  
 De la noche sombría  
 La deseada aurora.

Tierna amante del sol, madre del día.  
 Bañan sus rayos puros  
 Con luz rosada el campanario altivo,  
 Las puertas santas y los pardos muros  
 Del convento de Olmutz, y allá á lo lejos  
 Brillan con sus reflejos  
 El alto roble y el copado olivo.  
 Pone sus tristes ojos  
 El monje en el variado panorama  
 Que en derredor naturaleza ostenta  
 Del sol de Mayo á la brillante llama.  
 Oye el dulce concierto de las aves,  
 Oye el rumor del ondeante río,  
 Siente las alas de la brisa puras,  
 Y no acierta á romper las ligaduras  
 Con que le oprime su incesante hastío.  
 Esos robustos árboles, el manto  
 Siempre azul de los cielos,  
 De las aves aligeras el canto  
 Y de la niebla los bordados velos  
 Con que se visten los profundos valles,  
 Y la sin par belleza  
 Con que en sus mas recónditos detalles  
 Aparece al mortal naturaleza,  
 Perdieron para el monje todo encanto.  
 ¡Ay! en aquella hora  
 ¡Cuánto se acuerda, cuánto  
 De los felices pasajeros días

En que todo propicio,  
 Manantial de perpetuas alegrías  
 Era á su corazón, cuando novicio!  
 Los intrincados bosques, las corrientes  
 De agua pura escondida, la flor bella,  
 Los olorosos frutos que en Octubre,  
 De la rama pendientes,  
 Do quiera el ojo atónito descubre,  
 ¡Qué placer en el ánima ponían!  
 Mas ¡ay! que el veloz tiempo en su carrera  
 La novedad se lleva de las cosas;  
 Desaparece la beldad primera  
 De aquellas que creímos  
 Eternamente hermosas;  
 Y al oído y la vista, en fuerza acaso  
 De la odiosa costumbre,  
 Ronco á ser llega el cántico del ave  
 Y pálida del sol la viva lumbre.  
 Y si aquesto acaece en nuestros años  
 Breves y pasajeros,  
 ¡Qué habrá de ser allá en la eterna vida,  
 Ni cómo á un mismo favorable goce  
 Habrá de mantenerse el alma asida?  
 ¡Cómo no ha de acosar insomne hastío  
 Al justo en las mansiones do le guardas  
 Por una inmensa eternidad, Dios mío?

## III

*Continuación del paseo del monje.—El canto del ave.*

¡Triste del monje Alfeo  
Que en tales reflexiones abismado  
Prosigue solitario su paseo,  
Por el oscuro bosque deja el prado;  
Deja tras sí las conocidas sendas,  
De vista pierde el campanario altivo,  
Y sin objeto y al azar camina  
Por la selva vecina,  
Muerto á la fe y á sus dolores vivo!

Mas hubo de internarse por lugares  
Que acaso nunca visitó: á los lados  
De la vereda que transita el monje,  
Pinos gigantes, cedros seculares  
Alzarse vió, y á sus robustos troncos  
Enlazarse la hiedra enamorada,  
Y sus hojas tupidas  
Tejer fresca enramada  
Al insecto y las aves escondidas.  
El sonoro arroyuelo  
Que allá discurre por la verde alfombra  
Del árbol se oscurece con la sombra,

O bien su espejo claro presta al cielo.  
Pero ¿dónde belleza igual habria  
A la de aquellas flores  
Que en su estension la selva contenia?  
¿Dónde colores hay cual sus colores?  
¿Dónde perfumes hay cual su perfume  
Que vuela en alas de la brisa amiga  
Y al encantado Alfeo  
Presta nuevo vigor y no le hostiga?  
Jamás lo que antes viera  
Le pareció tan bello: su mirada  
Del monte á la pradera  
Discurre estasiada,  
Y, por gozar mejor de aquel contento,  
Sobre roca de musgo tapizada  
El entusiasta monje toma asiento.

Y de la copa de árbol vecino  
Eleva un ave sonoro trino:  
Llena las selvas su grato acento;  
Por donde quiera repite el viento  
La dulce voz;  
Cara á las almas cual la memoria  
Del bien perdido, cual la esperanza  
De goces puros que allá en la gloria  
Tan solo el justo varon alcanza,  
Dados por Dios.

No; ni el suspiro de tierno infante  
 Cuando tranquilo duerme en su cuna,  
 Ni el són del remo sobre el brillante  
 Plácido espejo de la laguna  
 Pueden llegar  
 A lo suave de aquel sonido,  
 De los mortales jamás oído  
 En bosque ó prado, valle ni loma,  
 Y que adormece como el aroma  
 Del azahar.

No hay voz humana ni melodía  
 Que con sus notas conmueva tanto  
 Como las notas que oír hacia  
 El ave aquella, siguiendo el canto  
 Que comenzó.

Ciencia y virtudes, dicha sin tasa  
 Recibe el hombre que, por ventura,  
 El linde santo del bosque pasa  
 Y oye asombrado la igual dulzura  
 De aquella voz.

Ninguno empero; tan solo Alfeo  
 La oyó, sentado sobre la peña:  
 Ni sabe el monje si, en su deseo,  
 Tamaña dicha su mente sueña.

¡ Monje feliz!  
 Él no se cansa de oír al ave

Si bien el canto divino dura;  
 Y abre sus labios el monje grave  
 Y en suplicante tono murmura,  
 Mirando al ave que vuela esquiva:  
 “Mientras yo viva  
 Cántame así!”

“¡Cielos!—clamó, como al volver de un sueño  
 Breve y dichoso, el monje—¿qué me pasa?  
 ¿Por qué el canto cesó? ¿Qué canto es este  
 Que al alma torna la quietud perdida,  
 Y que con gusto sin igual oyera  
 Hasta el último aliento de mi vida?”  
 Alzase de la roca donde estuvo  
 Sentado, y luego advierte  
 Que de sus miembros, vigorosos antes,  
 La fuerza varonil huyó de suerte  
 Que sus piernas flaquean  
 Y en sustentar el cuerpo mal se emplean.  
 Con pasos vacilantes,  
 La vista oscura ya, tardo el oído,  
 En su nudoso báculo apoyado,  
 Y el ánimo con sueños distraído;  
 Después de haber errado  
 Por las diversas intrincadas sendas  
 De aquel sitio encantado  
 En donde oyó del ave el dulce acento,

Donde aspiró tan peregrino aroma,  
El religioso toma,  
No sin trabajo, el rumbo del convento.

Pero ¡gran maravilla!  
Del sendero que sigue silencioso  
Vió en una y otra orilla,  
Al salir del convento en la mañana,  
Arbustos pequeñuelos,  
Y se han trocado en árboles frondosos  
Cuyas cimas ya tocan á los cielos.  
En un recodo del sendero, mana  
De peñascos musgosos  
Para el varon desconocida fuente;  
Sobre el arroyo está que della nace,  
Edificado un puente:  
Rebaño de blanquísimas ovejas  
Cerca del agua cristalina paze,  
Y el pastor que las cuida  
Al viento da las melodiosas quejas  
De su flauta sentida.  
Viendo al monje, suspende  
La grata ocupacion y luego esclama  
Interrogando á los demas pastores:  
“¿Este monje quién es? ¿Cómo se llama?”  
—“Es de Olmutz” le contestan; pero nadie  
Al religioso anciano ha conocido,  
Aunque al convento acuden día por día

Todos, y el nombre tienen  
De los monjes de Olmutz muy bien sabido.

## IV

*Vuelve Alfeo al convento.—Su desengaño.—  
Su muerte.*

De una en otra sorpresa  
Camina el monje, de inquietudes vivas  
Su acongojado espíritu hecho presa.  
A la pradera sale  
Que de la antigua iglesia al pié se estiende,  
Y allí ¡doble misterio!  
Luego hiere su vista y le sorprende  
La nueva faz del santo monasterio.  
De dobles dimensiones  
La iglesia es ya, y en su redor se elevan  
Modernas construcciones.  
Los árboles pequeños han crecido,  
Bañado el pié por arroyuelos mansos  
Que aguas brillantes y sonoras llevan,  
Gusto dando á la vista y al oído.  
Ni siquiera existia  
En el mismo lugar do estuvo siempre  
La oscura aunque espaciosa portería.

Cuando el anciano halló la nueva entrada  
 Y llamó suavemente,  
 No sin notar que la campana era  
 De metal diferente,  
 Apareció desconocido lego  
 Que la verja de hierro abrió ligera.  
 — ¡Qué es del portero Antonio! dijo luego  
 El monje anciano con temor y angustia.  
 Y, atónito mirándole, contesta  
 El lego entre confuso y altanero:  
 — ¡Qué decís? ¡Buena es esta!  
 Jamás he conocido tal portero.  
 — ¡Cielos! prorumpe estupefacto el monje:  
 ¿El convento de Olmutz no es éste acaso?  
 ¿No salí de mi celda esta mañana?  
 — Cinco años hace que conservo el puesto  
 En que me hallais, replica  
 El lego, y no ví monje que tuviera  
 Semejanza con vos grande ni chica.

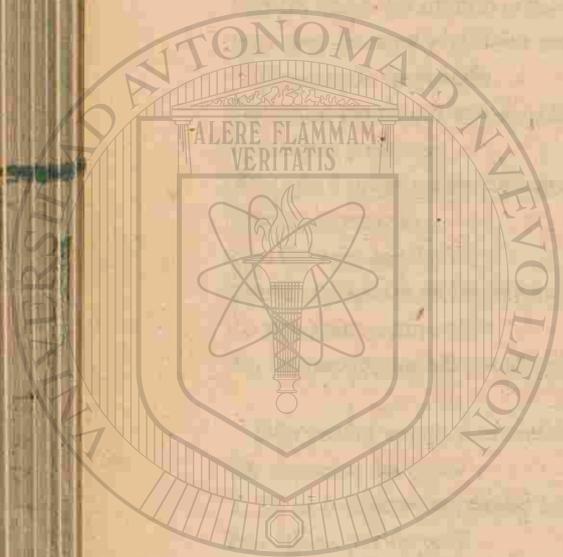
Pálpase Alfeo la abrasada frente,  
 Lleva asombrado en derredor los ojos:  
 Ve que pausadamente,  
 La cabeza cubierta  
 Con la capucha parda, sus hermanos  
 El silencioso claustro recorrian:  
 Él á llamarles por su nombre acierta;  
 Mas ¡ay! esfuerzos vanos!

Porque ellos á su voz no respondian.  
 Corre hácia donde están, y de uno en uno  
 Vióles la faz y conoció á ninguno,  
 Y esclama entonces: “¡Qué portento es este?  
 ¡Por compasion miradme, hermanos míos!  
 ¿Nadie me ha conocido antes de ahora?  
 ¿Nadie se acuerda del hermano Alfeo?”  
 Al oír este nombre, un monje anciano,  
 El mas viejo de todos, dice: “Creo  
 Que hubo un tiempo en el claustro sabio hermano  
 Que se llamaba así: se complacia  
 En frecuentar la soledad augusta  
 De los vecinos bosques; era bueno  
 Y querido de todos; mas un dia  
 Salió del monasterio, cual solia,  
 A vagar por el campo, de la aurora  
 A los dulces reflejos;  
 Nadie á verle tornó; su fin se ignora:  
 Esto he oído contar á los mas viejos.”

Oyendo tal discurso  
 Alfeo, lanza penetrante grito,  
 Las manos cruza y, prosternado en tierra,  
 Así esclamó con ánimo contrito:  
 “¡Oh Dios piadoso que mostrar quisiste  
 A mi espíritu fiaco sus errores,  
 Cuando enojado viste  
 Que comparó las inmortales flores

De tu gloria infinita  
Con las flores del mundo pasajeras  
Que ajan los años y el dolor marchita!  
Todo un siglo he pasado  
Del santo paraíso al ave oyendo  
Dulcísima y canora,  
Y lo que á grato sueño fuí entregado  
Estáme pareciendo  
Que fué solo una hora!  
¡Señor, te apiada de las culpas mias!  
Lo que valen comprendo  
De tu mansion las santas alegrías.”

Dijo esto el monje y estendió los brazos  
En direccion del cielo  
Y, ya al romperse los vitales lazos,  
Sus labios, yertos casi,  
En señal de humildad puso en el suelo.  
Quedó luego tendido el cuerpo inerte;  
Mas el ánima al cielo se levanta,  
Y oye al ave que canta  
Por una eternidad.... ¡Dichosa muerte!



COMPOSICIONES DIVERSAS.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



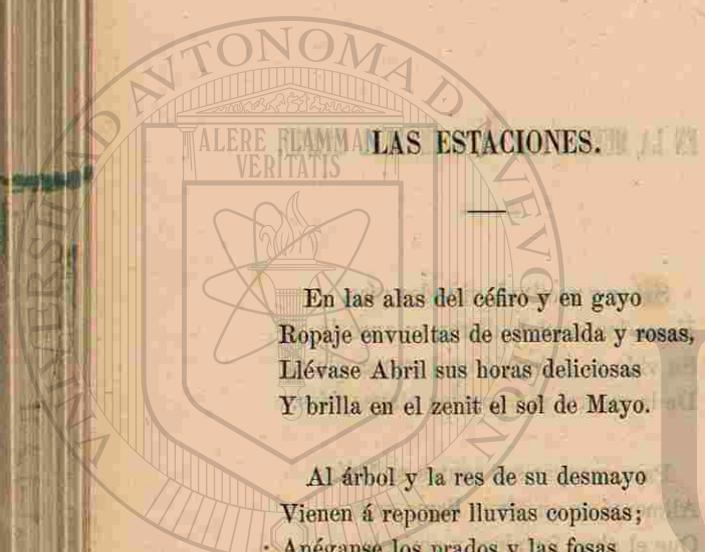
## EN LA MUERTE DEL SR. D. MANUEL CARPIO.

Saber y rectitud, virtudes pías,  
Fama inmortal, le dieron su aureola:  
Su vida se estinguió cual mansa ola  
De la muerte al besar las playas frías.

Para ensayar sus santas melodías  
Alimentó en su sér la llama sola  
Que el alma fortalece y acrisola,  
Cual un tiempo los labios de Isaías.

Guardó el sepulcro la materia impura,  
Y allí la gloria y la amistad terrena  
Palmas llevan y lágrimas de duelo.

Mas el alma con blanca vestidura  
Vuela al seno de Dios, y Dios la ordena  
Seguir cantando en la region del cielo.



ALERE FLAMMAM VERITATIS LAS ESTACIONES.

En las alas del céfiro y en gayo  
Ropaje envueltas de esmeralda y rosas,  
Llévase Abril sus horas deliciosas  
Y brilla en el zenit el sol de Mayo.

Al árbol y la res de su desmayo  
Vienen á reponer lluvias copiosas;  
Anéganse los prados y las fosas  
Y en la ira de Dios se enciende el rayo.

Las negras uvas que la parra encubre  
El labrador, con alegría interna,  
Cosecha en las mañanas del Octubre.

Llega el invierno helado, y en alterna  
Sucesion así el año nos descubre  
Sombras y luz de mágica linterna.

Á PESADO.

No del rayo el fragor imita acaso  
Tu lira, no; mas el rumor perene  
De rio que del Ande al ponto viene,  
Por selvas de laurel torciendo el paso.

Tu fama en su zenit, no tema ocaso  
Mientras el eco de tu voz resuene;  
Que al tono de Argensola unida tiene  
La dulzura de Lope y Garcilaso.

Blanda y celeste música el oído;  
Afecto el corazon; luz y sosiego,  
Fe y esperanza el alma, te han debido.

Y muestra ufana al ítalo y al griego  
América tu nombre, repetido  
Del ronco Bravo á la region del Fuego.

## IMITACION DE UN PENSAMIENTO DE JOHNSON.

Dispensa tu amistad al hombre fino,  
Y si se estrecha y luengos años dura,  
Hallas en sus modales la cultura  
Con que por vez primera á hablarte vino.

Mas el necio enfadoso que te vea  
De haberos conocido al otro día,  
Juzga que la llaneza es cortesía,  
Te echa la mano al hombro y te tutea.

1861.

## RECUERDOS DE UNA NOCHE DE ÓPERA.

À LA SEÑORITA DOÑA MARÍA DE LOS ÁNGELES GONZALEZ Y BOSSERO.

I

De gente el teatro mostrábase lleno;  
Tu voz de contralto de aplausos un trueno  
Que estalla y retumba, llegó á sofocar.  
Así de las fuentes apaga el sonido  
Con ronco bramido  
Viniendo á las playas, indómito el mar.  
Coronas el público  
De amor en ofrenda  
Te arroja, y tus sienes  
Circunda el laurel.

Si te ha oído estático  
 ¿Qué mucho que tienda  
 De mirtos y rosas  
 Alfombra á tus piés?

## II

Tu cándido rostro cual luna serena,  
 Tus dulces facciones velar, de AZUCENA  
 Un punto consigue el raro antifaz.  
 Y á tal apariencia tu voz sobrepuja:  
 Si horrible es la Bruja,  
 Su voz melodiosa no tiene rival.

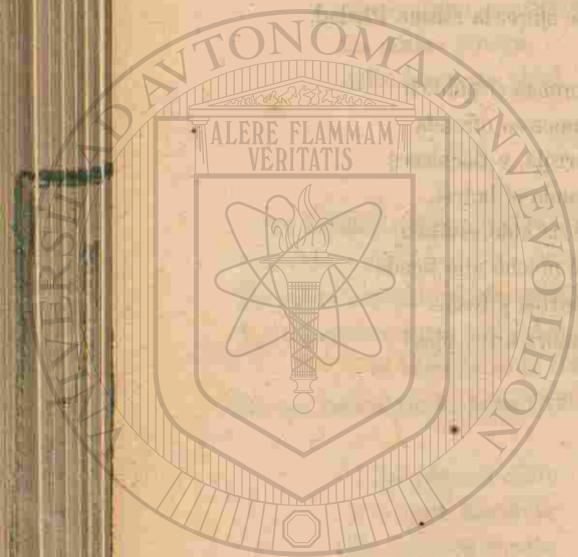
Así gime el céfiro  
 Y el agua murmura  
 En lecho de arenas,  
 Espejo del sol.  
 Y de liquidámbar  
 En fresca espesura  
 Lamenta sus cuitas  
 Así el ruisëñor.

## III

Queriendo dar tregua del pobre á la pena,  
 Modesta y temblando saliste á la escena,  
 Y en ella tus trinos conquistanle el pan:

Y México, absorta, en tí mira en tanto  
 La Musa del canto,  
 El bien del que sufre, la misma Piedad.

Coronas el público  
 De amor en ofrenda  
 Te arroja, y tus sienes  
 Circunda el laurel.  
 Si te ha oído estático  
 ¿Qué mucho que tienda  
 De mirtos y rosas  
 Alfombra á tus piés?



## VERSOS

ESCRITOS PARA QUE CELEBRARAN EL CUMPLEAÑOS DE UNA HERMANA  
DE LA CARIDAD, SUS ALUMNAS.

### I

#### ALOCUCION.

Hasta que el labio su existir proclama  
No alientan satisfechos  
Cariño y gratitud, si nobles pechos  
Hacen arder en generosa llama.

Anhelan tus alumnas que en tu día,  
Con risa placentera  
De sus afectos la espresion sincera  
Puedas oír en la palabra mia.

De mi mano recibe, á nombre suyo,  
Estos humildes dones  
Con que sus conmovidos corazones  
En elocuente idioma hablan al tuyo.

Flores son que, al influjo de las blandas  
Lluvias y el sol de estío,  
Nacieron hoy, como á tu ejemplo pío  
Nacen á la virtud tus educandas.

Mientras su gala el tiempo no consume,  
Simbolizan las flores  
Tu dulzura y modestia en sus colores,  
Tu ardiente caridad en su perfume.—

Así, propicio á nuestro voto, el cielo  
Te prolongue la vida,  
Haciéndote mayor la prometida  
Gloria al dejar el miserable suelo.

Y antes que libertad cabal recobre  
Tu alma, exenta de daños  
Podamos aclamarte luengos años  
Guía de la niñez, madre del pobre!

## II

## HIMNO.

## CORO.

Sin término alarguen los cielos tu vida,  
De enfermos y niños alivio y sosten;  
Tu acento nos llama, tu diestra nos cuida,  
Tu ejemplo nos abre la ruta del bien.

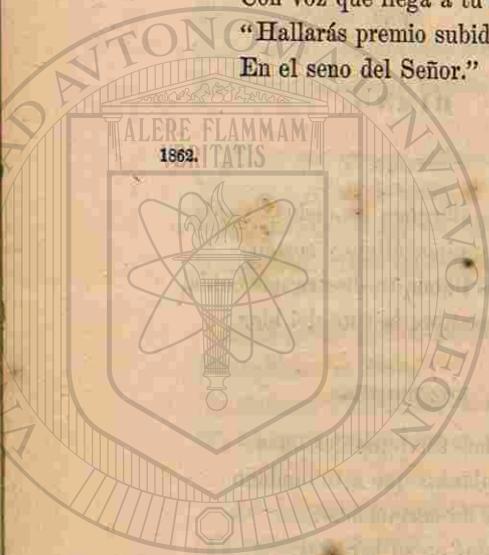
## VOZ PRIMERA.

Somos tus humildes hijas  
Cual plantas que á tu cuidado  
Eficaz ha encomendado  
El Señor en su heredad;  
Para que produzcan frutos  
A su Eterno Padre acceptos,  
Al riego de tus preceptos  
Y al sol de tu caridad.

## VOZ SEGUNDA.

Al ver cómo tal encargo  
Cumples con sublime anhelo,  
Te sonríe desde el cielo  
Nuestro Santo Fundador;

Y te bendice y esclama  
 Con voz que llega á tu oído:  
 "Hallarás premio subido  
 En el seno del Señor."



### LA NAVE DE SAN PEDRO.

Boga en oscura noche la barquilla,  
 Ruge la tempestad y airado el viento  
 La onda subleva en ímpetu violento,  
 A la luz del relámpago que brilla.

De terror llenos, mas con fe sencilla,  
 Los pescadores en aquel momento  
 Despiertan á Jesus: habla, y su acento  
 Enfrena el huracan, la mar humilla.

Salva la Nave ha sido y vencedora,  
 Desde tan cruda noche en Tiberiades  
 Hasta el deshecho temporal de agora.

Y surcando entre nuevas tempestades,  
 Lleva á la eternidad su firme prora,  
 Triunfante del error y las edades.

## RESURRECCION DE LA HIJA DE JAIRO.

Ante Jesus postrado y con fe cierta,  
La salud de su hija agonizante  
Jairo le pide, y en aquel instante  
Viene un mozo á avisar cómo ya es muerta.

La nueva al tierno padre desconcierta,  
Pero Jesus le anima y va delante:  
Oye en la casa lloro penetrante,  
Y ve á los tañedores á la puerta.

“Duerme tan solo” dice, y llega al lecho  
Do la agostada flor yace tendida,  
Marfil la faz, sin respirar el pecho.

Y manda, y, á su acento estremecida,  
Se alzó la muerta y caminó gran trecho,  
Por voluntad de Dios vuelta á la vida.

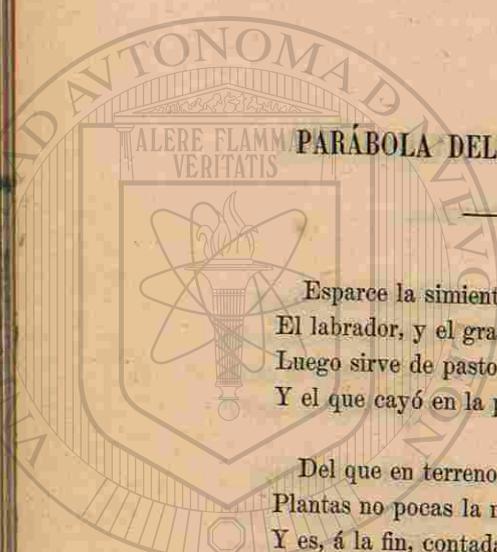
## LA CASA FUERTE Y LA DÉBIL.

Quien á las leyes del Señor atento,  
Para cumplirlas su favor invoca,  
Es cual varon que sobre inmoble roca  
De su fábrica puso el firme asiento.

No hay avenida contra tal cimiento;  
Jamás el rayo al edificio toca,  
Y en vano su pared con furia loca  
Baña lluvia otoñal y embiste el viento.

Mas ¡ay! quien sus pasiones no refrena  
Con el temor de Dios, le ofende impío  
Y su casa edifica sobre arena.

Y cuando sopla el aquilon bravío  
La arroja al suelo cual tronchada entena,  
O se la lleva en su creciente el río.


 PARÁBOLA DEL SEMBRADOR.
 

---

Esparece la simiente en el cercado  
 El labrador, y el grano de la orilla  
 Luego sirve de pasto al avecilla,  
 Y el que cayó en la peña es malogrado.

Del que en terreno fértil ha brotado,  
 Plantas no pocas la maleza humilla;  
 Y es, á la fin, contada la semilla  
 Que llega á producir fruto anhelado.

La palabra de Dios, semilla santa,  
 Nos arrebató el mal, ó en pecho frío  
 Muere, falta de jugo, tierna planta;

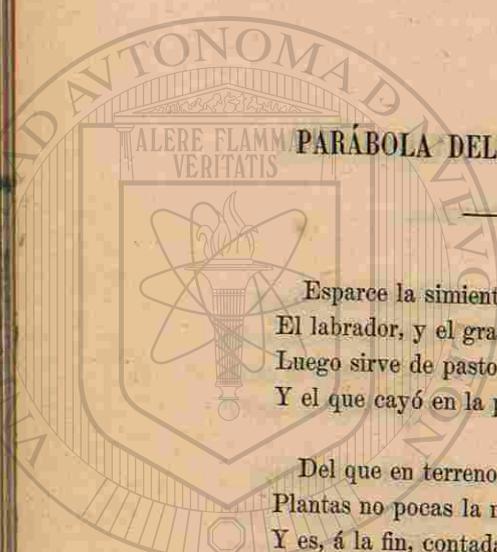
O á florecer no llega entre el sombrío  
 Zarzal de las pasiones; ó levanta  
 Flores y fruto al cielo en el estío.

1860.

 JERUSALEM.
 

---

A Solima infeliz, queriendo el alma  
 En su fin meditar, dirige el vuelo,  
 Y en su presente silenciosa calma  
 La huella busca del antiguo duelo.  
 Hallo refugio al pié de amiga palma  
 Contra el rayo de sol en limpio cielo:  
 Sopla en el Olivar la brisa pura  
 Y entre las rocas el Cedron murmura.


 PARÁBOLA DEL SEMBRADOR.
 

---

Esparece la simiente en el cercado  
 El labrador, y el grano de la orilla  
 Luego sirve de pasto al avecilla,  
 Y el que cayó en la peña es malogrado.

Del que en terreno fértil ha brotado,  
 Plantas no pocas la maleza humilla;  
 Y es, á la fin, contada la semilla  
 Que llega á producir fruto anhelado.

La palabra de Dios, semilla santa,  
 Nos arrebató el mal, ó en pecho frío  
 Muere, falta de jugo, tierna planta;

O á florecer no llega entre el sombrío  
 Zarzal de las pasiones; ó levanta  
 Flores y fruto al cielo en el estío.

1860.

 JERUSALEM.
 

---

A Solima infeliz, queriendo el alma  
 En su fin meditar, dirige el vuelo,  
 Y en su presente silenciosa calma  
 La huella busca del antiguo duelo.  
 Hallo refugio al pié de amiga palma  
 Contra el rayo de sol en limpio cielo:  
 Sopla en el Olivar la brisa pura  
 Y entre las rocas el Cedron murmura.

## II

Mas decidme ¿qué cántico lejano  
 Interrumpe el silencio en esta hora?  
 Tiene la voz influjo soberano  
 Si al cielo clama y se lamenta y llora.  
 A su acento el ejército romano  
 Vibra ante mí su espada vengadora,  
 Y la ciudad perece á hierro y fuego  
 Y es en escombros convertida luego.

## III

¿Voz que las celestiales profecías  
 A los oídos de Israel cantaba!  
 Con ella al pueblo amado Jeremías  
 El cautiverio y muerte le anunciaba.  
 Pasan los siglos cual se van los dias  
 Y el arpa del profeta no se acaba:  
 Hoy á sus notas de dolor profundo  
 Salem despierta y se conmueve el mundo.—

## IV

¿Cómo está solitaria y en ruinas  
 La ciudad noble y populosa y fuerte  
 Que dominó á la tierra? En sus colinas  
 Sentada, en orfandad llora su suerte.  
 Tributaria la hicieron sus vecinas;  
 Hála cubierto ya sombra de muerte;  
 Y al verla así, gozóse el enemigo  
 Y en adversario se trocó el amigo.

## V

Más veloces que el águila pujante  
 Vienen los extranjeros batallones,  
 Y ponen de los muros por delante  
 Tiendas, máquinas, carros y pendones.  
 Hiere el pesado ariete resonante  
 Las puertas y los anchos torreones,  
 Y lanza la ciudad de los profetas  
 Al sitiador cual lluvia sus saetas.

## VI

Mas ¡ay! acosa el hambre á los sitiados  
 Y les hace sufrir martirio lento,  
 Y el blanco de sus rostros agraciados  
 Trueca en color cobrizo ó ceniciento.  
 La piel junta á sus huesos descarnados,  
 Y al pié de la muralla, sin aliento  
 Les deja al fin, y es dellos envidiada  
 La dicha del que muere por la espada.

## VII

En las plazas y calles los infantes,  
 Abandonados á su propia suerte,  
 Alzan las manecitas suplicantes  
 Y no encuentran piedad sino en la muerte.  
 Y colgado del pecho, fértil antes,  
 Todo recién nacido resta inerte,  
 En el seco pezon los labios fijos;  
 Y las madres se comen á sus hijos!

## VIII

No creyeron los pueblos de la tierra  
 Que alguna vez Salem fuese rendida ;  
 Pero á Dios y su ley declaró guerra ;  
 Colmó de sus pecados la medida ;  
 De la piedad divina el arca cierra,  
 Y es uva en los lagares comprimida :  
 Su arco entesó el Señor y de su aljaba  
 Le dispara las flechas y la acaba.

## IX

Cayó Sion de lo alto y con mancilla  
 Quedan el sacerdote y el magnate,  
 Y el reino todo que la frente humilla  
 Al feroz vencedor tras el combate.  
 Segados por la bárbara cuchilla  
 Del enemigo al decisivo embate,  
 Cubren plazas y calles sus guerreros  
 Y sus puertas obstruyen y senderos.

## X

Sucumbe el sacerdote al pié del ara,  
 Y es el grandioso templo demolido :  
 De sus joyas sin par la copia rara  
 A todo aventurero ha enriquecido.  
 Que piedra sobre piedra no quedara  
 Del muro que á Salem ha circuido  
 Quiso el romano: en derribarlo emplea  
 Los restos mismos de la raza hebrea.

## XI

No hay ya fiesta ni sábadó, y desiertos  
 Sus caminos están: nadie visita  
 Sus anchas plazas y floridos huertos;  
 La ley no existe y pereció el levita.  
 Al mirar los escombros y los muertos  
 Oprime el corazon amarga cuita;  
 Faltó la inspiracion á los poetas;  
 Faltó vision de Dios á los profetas.

## XII

En vano los ancianos esparcieron  
 En sus cabezas polvo y el cilicio  
 A sus miembros ya débiles ciñeron;  
 Y, del hambre y la espada ante el suplicio,  
 Las vírgenes sus frentes abatieron  
 Porque el cielo á Israel fuera propicio.  
 Autor el pueblo de su propio daño,  
 Sometió la cerviz al yugo extraño.

## XIII

De Sion en el monte venerado -  
 El templo falta y la raposa anida:  
 Ya no el són de las arpas acordado  
 A los mancebos á danzar convida;  
 Ya de su propio hogar les han echado;  
 Del tirano su casa es poseída,  
 Y á su puerta no van los tañedores  
 Ni se sientan en ella sus mayores.

## XIV

Su leña y agua misma á peso de oro  
 Compra el pueblo infeliz á su verdugo:  
 Quiere sentarse en vano y vierte llo  
 Cansado el prisionero bajo el yugo.  
 Y, al fin, á tierra estraña y sin decoro  
 ¡Ay! al conquistador llevarse plugo,  
 De su legion triunfante tras las huellas,  
 Jóvenes, viejos, niños y doncellas.

## XV

Dios á Salem ha envuelto en noche oscura  
 Cual la que reina en el sepulcro helado;  
 Sus caminos cerró con espesura  
 De maleza, y sus sendas ha borrado.  
 Si la ve el caminante por ventura  
 Cuando pasa á lo lejos, asombrado  
 Pregunta: "¿Es esta la ciudad que un día  
 Fué de la tierra orgullo y alegría?"

## XVI

¡Jerusalem, Jerusalem! No hay duelo  
 Como el tuyo, y es grande tu quebranto  
 Como la mar. Tu faz convierte al cielo;  
 De Dios en la presencia vierte llanto;  
 Dile que en tu ruina sin recelo  
 Está engreído el enemigo en tanto.—  
 Y tú, hija de Edom, Babel altiva,  
 Humillada serás cual tu cautiva.

## XVII

Solo Dios permanece eternamente,  
 Y duermen á su pié las tempestades,  
 Y es de misericordias dulce fuente  
 Y guarismo no tienen sus bondades.  
 Su nombre sonará de gente en gente;  
 Dominará su solio las edades.—  
 Vuelve ¡oh Dios! á Israel tu rostro amigo.  
 ¡Grande su crimen fué! ¡Grande el castigo!

1860.



## ÍNDICE.

Prólogo.....	5
--------------	---

### LEYENDAS MEXICANAS.

Xóchitl ó la ruina de Tula.....	11
Emigracion de los aztecas hácia el Anáhuac.....	65
Division de los aztecas durante su peregrinacion.....	71
Esclavitud y emancipacion de los aztecas en Colhuacan..	75
Fundacion de México.....	83
Casamiento de Nezahualcóyotl.....	89
La princesa Papantzin.....	145
La Cuesta del Muerto.....	171

### CUENTOS Y BALADAS

DEL NORTE DE EUROPA. ®

El arpa maravillosa.....	261
La vuelta de una madre.....	269
La restitution.....	275
Poder de la música.....	279
La paz del alma.....	283

El epitafio.....	285
El guante.....	287
El conde de Hapsburgo.....	291
El cántico de la campana.....	299
El canto del ave del paraíso.....	317

## COMPOSICIONES DIVERSAS.

En la muerte del Sr. D. Manuel Carpio.....	339
Las estaciones.....	340
A Pesado.....	341
Pensamiento de Johnson.....	342
Recuerdos de una noche de ópera.....	343
Versos escritos para que celebraran el cumpleaños de una hermana de la Caridad, sus alumnas.....	347
La Nave de San Pedro.....	351
Resurreccion de la hija de Jairo.....	352
La casa fuerte y la débil.....	353
Parábola del sembrador.....	354
Jerusalem.....	355

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



U A N L

DAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECA

100